

UNIVERSIDAD SANTO TOMÁS

“Bogotá, ciudad narrada: La crónica periodística del Siglo XX como
consigna histórica de aprendizaje sobre las transformaciones de la
capital”

Trabajo de grado.

Juan Rodríguez Pérez.

Facultad de Comunicación Social para La Paz.

Semillero Neolenguas

Bogotá D, C

2018

Esta investigación se realizó durante el año 2018 en el semillero Neolenguas de la Universidad Santo Tomás, dirigido por el profesor Óscar Arbeláez Garcés.

A él y a los demás miembros del semillero mis más sinceros agradecimientos.

ÍNDICE:

Tema y problema.....	Pg. 4
Objetivos.....	Pg. 7
Justificación.....	Pg. 8
Estado del arte.....	Pg. 10
Contexto histórico.....	Pg. 23
Categorías.....	Pg. 52
Diseño metodológico.....	Pg. 64
Análisis ‘Los fotógrafos ambulantes, pescadores de imágenes’ de Ximénez.....	Pg. 65
Análisis ‘Una isla de naufragos en el mar urbano’ de Ximénez.....	Pg. 70
Análisis ‘Las escenas de horror y de miseria que Bogotá presencié durante la epidemia de gripa de 1918’ de José A. Osorio Lizarazo.....	Pg. 74
Análisis ‘Los bohemios bogotanos de principios de siglo’ de J. A. Osorio Lizarazo....	Pg.78
Análisis ‘El 9 de abril de 1948- La noche quedó atrás’ de Hernando Téllez.....	Pg. 82
Análisis ‘La calle para el que la camina’ de Antonio Morales Riveira.....	Pg. 89
Análisis ‘Elogio de las alturas’ de Antonio Morales Riveira.....	Pg. 93
Análisis ‘Siete veces Séptima’ de Rafael Chaparro Madiedo.....	Pg. 97
Análisis ‘Chicha, cerveza y adobe’ de Rafael Chaparro Madiedo.....	Pg. 101
Breves consideraciones.....	Pg. 104
Conclusiones finales.....	Pg. 106
Bibliografía y Cibergrafía.....	Pg. 109

Bogotá, ciudad narrada: La crónica periodística del Siglo XX como consigna histórica de aprendizaje sobre las transformaciones de la capital

TEMA: La crónica periodística de corte urbana en Bogotá como una forma de (re)conocer la evolución de la capital tanto en infraestructura como en códigos de diálogo con el territorio y formas de conducta trazadas por los espacios inconstantes y constantes de la ciudad.

PROBLEMA: En Bogotá se ha pensado la historia como un episodio que se trazó desde los procesos y el desarrollo de la colonia y que, de algún modo que en ocasiones no se analiza con la pertinencia correspondiente, aterrizó en la ciudad que se conoce en la actualidad. Las modificaciones en Bogotá y en cualquier ciudad latinoamericana tienden a conformar y configurar las conductas de los habitantes de las metrópolis. Esto se presenta por la consolidación de códigos dialógicos trazados por los espacios en los cuales se convive con el otro en sociedad. Así mismo, la importancia de estos espacios reside en la modificación fundamental que las aglomeraciones sedentarias hacen de su zona de hábitat: se traslada de pueblo o zona rural a ciudad, a partir de la construcción de edificaciones, la modelación de grandes avenidas y zonas de comercio en general. Ello, hace que las personas tengan la posibilidad, por lo menos como un prematuro reconocimiento en la ciudad, de tomar como referencia sitios construidos mediante los procesos de modernización de Bogotá, ‘nos vemos en el café de la esquina’ puede ser una premisa ejemplar que evidencia la importancia de los lugares urbanos en el reconocimiento y aprehensión de la alteridad social.

Ahora bien, se puede reconocer el ejercicio diario de diálogo con la ciudad mediante el trazo de puntos de referencia en el territorio, sin embargo, no siempre ha existido en Bogotá un ‘café de la esquina’. De hecho, los cafés y sitios de bebida en la capital han sido lugares insignes para el desarrollo clave de la actividad literaria e intelectual de todo el país en los inicios del Siglo XX. Unas buenas preguntas que se pueden desprender de la afirmación anterior son: ¿Qué pasó con aquellos cafés? ¿Continuaron a lo largo del Siglo XX fortaleciendo las tendencias intelectuales, por lo menos, de la capital?

Si se continúa con el ejemplo del sitio de café en Bogotá, se puede establecer que un poeta como León de Greiff frecuentaba un sitio denominado El Automático, donde llevaba a

cabo sus parafernalias con varios intelectuales y gente reconocida de la capital. Sin embargo, aquel sitio dejó de existir hace más de 40 años. ¿Por qué, siendo El Automático el sitio predilecto de un poeta de prestigio mundial, se acabó en Bogotá? La inquietud responde, paradójicamente, a los procesos de modernidad en Bogotá que tienden a la modificación de espacios y, con ello, a la transformación (o desaparición, en el caso de El Automático) de conductas, códigos y formas de coexistir como sociedad. Ya no es posible ir al Bar El Automático, no se puede establecer este sitio como un punto de referencia en el plano social actual. Quizá se podría evidenciar el edificio o el local donde existió este negocio como un epicentro histórico para el reconocimiento de procesos, literarios en este caso, de desarrollo de Bogotá.

El ejemplo, finalmente, responde al problema que se pretende desarrollar en este trabajo investigativo: la memoria histórica urbana en Bogotá. Uno de los puntos fundamentales para el desarrollo del trabajo es reconocer a la capital como una gran ciudad sobre otra gran ciudad que se modificó, se transformó, se borró, se extinguió. No es tanto el cambio arquitectónico lo que fundamenta este trabajo –sin embargo, de las modificaciones al entorno paisajístico de la ciudad se desprenden varios fenómenos sociales a analizar- sino los códigos, las formas dialógicas y de domesticación de la ciudad que han trazado los bogotanos a lo largo de los cambios significativos de la capital a nivel urbano.

Para ello, se tomará la visión de varios cronistas del Siglo XX que, mediante la narración del espacio urbano bogotano, consignaron el cómo las ciudades establecían sus códigos, en cómo el panorama de las calles, los callejones, los negocios, los barrios, las zonas verdes, el transporte público y tantas otras caracterizaciones de la capital consolidaban la idiosincrasia del ciudadano que habitaba la ciudad, se movía en la misma reconociendo los lugares y las acciones que podía ejercer en estos sitios, dialogando constantemente con la Bogotá que se narraba en los periódicos de esa época.

El Siglo XX tuvo en Bogotá un impacto considerable en cuanto el ingreso a los procesos de modernización, así como el avance y la masificación de la prensa escrita como pionera en la transmisión de información, documentos impresos en los cuales se distribuía la visión de la capital que consolidaban los cronistas a través de su tránsito por los lugares de la ciudad.

El ejercicio investigativo no sólo permitirá reconstruir las capitales planteadas por los cronistas en varias épocas del siglo pasado, sino comparar, por ejemplo, la Bogotá de 1935 de ‘Ximénez’ con la Bogotá de los años 80 de Rafael Chaparro y, por supuesto, la Bogotá del Siglo XX con la Bogotá que se lee en la cotidianidad actual.

Con ello, se pretende consolidar memoria histórica frente al territorio bogotano y, sobretodo, conciencia histórica sobre cómo las acciones que se efectúan en el diálogo cotidiano con el escenario social logran establecer tanto formas de conducta permanentes o consensuadas como modificaciones, deconstrucciones y extinciones –un ejemplo de esto último es El Bogotazo, que conllevó la reconstrucción de muchos lugares en la capital. Reconstrucción que significó el desarrollo de nuevos códigos para la domesticación de los nuevos escenarios que se erigían-.

OBJETIVOS:

Reconocer a Bogotá como un territorio que ha transformado tanto sus espacios como las formas de interacción con los mismos, mediante el análisis de crónicas urbanas de la capital realizadas a lo largo del Siglo XX.

OBJETIVOS ESPECÍFICOS:

Comprender los cambios en la ciudad como una forma de aprendizaje sobre el territorio en el cual se convive.

Reconocer a la crónica periodística como un género de escritura que consigna las formas de vivencia en la capital.

Establecer paralelos entre los relatos de las crónicas urbanas del Siglo XX con la realidad actual de Bogotá.

Resaltar la importancia de consignar a Bogotá desde las diversas formas de escritura (periodística, literaria, biográfica; entre otros).

Generar procesos de aprendizaje histórico sobre Bogotá a través del análisis de las crónicas urbanas del Siglo XX.

JUSTIFICACIÓN:

Bogotá, así como las ciudades latinoamericanas en general, han sido capitales que, constantemente, poseen modificaciones considerables en su estructura que, como fenómeno social, trazan las conductas y los códigos de los habitantes, conformando una idiosincrasia particular que permite el diálogo con la ciudad, con los espacios de interacción y los escenarios de convivencia. *“La capital reciente es una ciudad fragmentada tanto en su trazado urbano como en su imaginario. Esto hace que ciertas experiencias de ciudad sean posibles en Bogotá y que otras no”* (Hoyos, 2002; sin pg.)

Como lo define Hoyos, los imaginarios construidos a partir del panorama evidenciado para los habitantes de Bogotá recrea diversas formas de ver y comunicarse con el mundo: las conductas que se manejan en la zona norte de la capital no son las mismas que se presentan en la zona sur de la ciudad. Esta inconsistencia se presenta en Bogotá por su desarrollo incompleto de modernidad o *postergado*, como lo afirmaría Rubén Jaramillo.

Sin embargo, los cambios constantes en la ciudad no son una acción endémica de este tiempo, ni siquiera de este siglo. Bogotá ha tendido a modificar sus espacios y su conducta en su territorio a través de su historia. Esta capital con la que se encuentra cualquier transeúnte en la actualidad, no es la misma de hace 20, 30, 40 o 90 años.

Es así que, en ánimo de evidenciar la historia urbana de Bogotá a nivel social, se investiga la modificación de los espacios y, concatenado a ello como se explicará a lo largo del trabajo, la transformación dialógica del bogotano con la ciudad que pretende domesticar. *“La relación de la humanidad con su entorno oscila entre la conquista del topos y la definición del situs. Es decir, entre vivir en tránsito hasta encontrar un lugar para situarse, ubicándose y creando vínculos, o estar solamente en un lugar que puede ser reemplazado por otro”* (Jaramillo, 2003; pg. 83)

La relación del bogotano con su entorno, a propósito de la afirmación de Jaramillo, no podría ser de nomadismo total, dado que el hábitat del capitalino se establece en su ciudad. Pero ello no evita que el habitante de la ciudad tenga que transformarse paralelamente al cambio de su territorio.

El reconocer los cambios que suceden en una ciudad a lo largo de cien años –consignados estos en crónicas urbanas periodísticas- puede complejizar el reconocimiento de los habitantes con su territorio e invitar a la reflexión del verdadero sujeto ciudadano en su entorno, dándole paso a la memoria histórica, la conciencia de las modificaciones a lo largo del tiempo y el reconocimiento de una ciudad cambiante para un próximo futuro.

Para encontrar y reconstruir las ‘capitales’ antiguas se retoman crónicas urbanas que circularon con la prensa de su tiempo. A lo largo del Siglo XX, los cronistas urbanos se dedicaron a recorrer la ciudad y describirla, desmenuzarla para los lectores. Se consolidaba no solo un imaginario de la ciudad en la cual residía tanto el emisor como el receptor, sino también una serie de códigos, conductas, formas y aptitudes dialógicas propias para crear vínculos concretos con el escenario, entendiendo –y retomando con ello a Héctor Hoyos- la inconstancia de las ciudades latinoamericanas y las transformaciones a lo largo del tiempo.

La idea de reconstruir a la Bogotá del Siglo XX se presenta también con el ánimo de compararla con el relato de la capital actual. A partir de allí, se puede reflexionar sobre diversas inquietudes que asaltan al investigador y que esperan responderse con el desarrollo de este ejercicio investigativo riguroso ¿Verdaderamente ha cambiado Bogotá?, ¿Siguen habiendo códigos de relación social del siglo pasado en la actualidad?, ¿Tienen relación las modificaciones arquitectónicas de Bogotá con la transformación del bogotano mismo?

El proyecto se conecta con el campo de la comunicación en cuanto se observa la intervención de la prensa como medio de consolidación dialógica de Bogotá en el imaginario de los habitantes que frecuentaban el periódico, la prensa escrita en general, para configurar una idea de su ciudad. Así mismo, el proyecto posibilita la consolidación de propuestas educativas en procura de la ciudadanía, pues el rastreo histórico de la ciudad permitirá que el bogotano se identifique de manera más profunda con su territorio en cuanto tiene la capacidad de reconocer que el escenario en el cual a diario convive posee una historia trazada por diversas transformaciones urbanas, de las cuales los habitantes hacen parte fundamental. Como diría Rousseau *“Las casas hacen un espacio urbano, pero los ciudadanos hacen una ciudad”*.

ESTADO DEL ARTE:

La historia de Bogotá se ha investigado de diversas maneras, y algunos trabajos hacen un preciso énfasis en la consigna de los documentos o relatos que se pueden considerar como históricos en la medida que retratan una época, unas formas y unos códigos sociales que, cotidianamente, tejían y transformaban la idiosincrasia de los capitalinos.

Este panorama representa, en primera instancia, que las crónicas periodísticas –junto con los textos literarios y otros tantos documentos institucionales- son una fuente de consigna de los sucesos del pasado que posibilitan una reconstrucción paisajística en el presente y, en este caso, una consolidación de la imagen de Bogotá a lo largo del siglo XX.

Cabe aclarar que la brecha temporal –el siglo XX- es propuesta por esta investigación, mientras que los documentos que sirven de apoyo para la construcción de este estado de arte poseen elementos de investigación histórica que pueden trasladar el análisis de la ciudad a tiempos mucho más anteriores; por ejemplo, a la prensa de la Nueva Granada en un caso particular.

Otros documentos a analizar depositan su análisis más en el cronista que en sus escritos, investigando los antecedentes, por ejemplo, de Ximénez y la importancia del mismo en su época para la transformación del periodismo y la narración de los hechos en Bogotá.

Así mismo, otras investigaciones apuntan al nombre del medio de prensa escrita que buscaba la consolidación de un imaginario de la ciudad mediante sus escritos, como es el caso de un trabajo que analiza los semanarios ‘Clarín’ y ‘Sucesos’, para dar cuenta no solo del quehacer periodístico de la época, sino la considerable representación de estos tabloides masivos en la construcción de la sociedad bogotana.

La primera investigación se titula ‘Del espacio público en Bogotá en el siglo xx: una mirada histórica desde las prácticas sociales’, realizada por Mónica Cuervo Prados, en la cual da cuenta de las dinámicas que adquirirían los bogotanos a partir de su convivencia en el espacio público. Este trabajo, por ejemplo, se puede considerar como un documento de consigna, dado que retrata el cómo era la cotidianidad de la capital, asunto del cual se encargaban los cronistas urbanos que se analizan en la investigación.

El trabajo, publicado en 2009, da cuenta de cómo el análisis de la interacción en espacios públicos permite, como primera medida, generar un sentido de lo público en los ciudadanos que derive en una aprehensión de la ciudad, un reconocimiento del territorio y una valoración histórica y geográfica del mismo. Establecer vínculos con los espacios que se recorren a diario es uno de los puntos que configuran el sentido de pertenencia de un ciudadano en un determinado escenario social. *“La categoría de identidad de lugar aterriza desde dónde se mira la reconstrucción histórico social de las prácticas sociales de los ciudadanos, para desde su interpretación poder aportar a la comprensión de un espacio público ligado tanto a transacciones significativas y formativas, como a un diseño de la ciudad que deberá ofrecer las oportunidades para interactuar con ella”* (Cuervo, 2009; pg. 71).

La autora describe, desde la determinación categórica del trabajo, el uso de la identidad en un contexto de lugar y las posibilidades que permite en la formación ciudadana del sujeto ante la experiencia de convivir en un escenario de alteridad multitudinaria como la capital bogotana, en el caso de la investigación. Así mismo, resalta la importancia de la adecuación de los espacios públicos de la ciudad para la construcción de una idiosincrasia en los habitantes del territorio, lo que permite pensar que, a partir de los espacios en Bogotá del siglo XX, se posibilitó el desarrollo de dinámicas en común entre los capitalinos; formas que terminan retratadas en las crónicas a analizar y que se convierten en documentos históricos –partiendo también desde el punto de Cuervo- porque generan una idea del comportamiento del bogotano del siglo pasado y, así, consolida las bases de un análisis comparativo entre la realidad que se consignó y la que se configura actualmente en el diario vivir.

La posibilidad que permite el análisis histórico, según Cuervo (2009), está basada en el encuentro de aquellos roles y formaciones sociales que, con el paso del tiempo, se transforman o se consolidan en la ciudad capital. Lo que somos hoy como habitantes que interaccionamos con el espacio puede provenir de las experiencias de las sociedades anteriores que, de igual manera, consolidaron vínculos formales con los escenarios de la capital.

En ese orden de ideas, y siguiendo de paso las afirmaciones de Cuervo, las crónicas escritas en el siglo XX se pueden convertir en una especie de ‘lente’ que deje entrever una realidad bogotana del pasado, que desvelará otras claves de interpretación en escenarios

como la formación política –relacionado, si se quiere, con el encuentro en cafés de discusión-, la formación cívica y ciudadana, así como educativa y socio comunitaria; en síntesis, las narraciones del pasado darán a entender el cómo era la relación con el otro en el siglo XX en Bogotá.

Ahora bien, Cuervo (2009) resalta otro punto fundamental en el análisis del espacio público. La autora afirma que, a partir de los cambios en el espacio público, se modifican roles, identidades, formas de identificación y vinculación con la capital y con el otro. Con esto, se puede destacar el espacio público como la lógica esencial en la cohesión de las sociedades y los grupos de toda índole en Bogotá; si el espacio cambia, también lo hará la construcción de idiosincrasia y nociones de sentido del habitante de la capital. *“La calle privilegia al automóvil, se reducen las plazas, parques y calles como lugares de encuentro; el individuo se desterritorializa y el consumo se convierte en la única manera de estar por fuera. Innumerables lugares perdieron su centralidad, perdiendo su capacidad de aglomerar y convocar a los bogotanos”* (Cuervo, 2009; pg. 74)

Varios puntos de riguroso análisis plantea la autora en su cita anterior. En primera instancia, se encuentra el momento de valor del sujeto como ser individual que ingresa dentro de un escenario de convivencia para vincularse desde distintas formas a la sociedad misma y que, tras las modificaciones en el espacio público, se ve ‘obligado’ a conseguir vínculos de domesticación con otros espacios donde se posibilite –ante los nuevos cambios del panorama urbano que no dan cabida al encuentro público- la convivencia con el otro, la generación de códigos y conductas en común. Las plazas públicas del Centro, por ejemplo, fueron en el siglo XX espacios significativos de encuentro de la gran mayoría de habitantes de Bogotá. Si bien se puede evidenciar una especie de reducción de vinculados con estos espacios icónicos –en gran medida por la expansión de la ciudad: el Centro queda lejos para algunos, además de la oferta de nuevos lugares públicos- la investigación puede aclarar, mediante la comparación pasado-presente, el estado del espacio público concurrido el siglo pasado en la actualidad.

Cuervo (2009) afirma que el consumo se convierte en el nuevo paradigma en común para la consolidación de dinámicas homogéneas, sin embargo, la pertinencia de este trabajo para la investigación radica en el reconocimiento de los espacios públicos en una ciudad que,

a pesar de todo, se modifica a lo largo de la historia y, ante este panorama, las consignas periodísticas de dinámicas sociales serán la base para dar cuenta de los cambios históricos en la idiosincrasia bogotana –que también tiene un apoyo fundamental en los espacios sociales concretos, es decir, las construcciones arquitectónicas-.

“La ciudad más que un espacio físico es un espacio simbólico plagado de realidades que generan prácticas que deben revisarse permanentemente hacia un fin concreto que es el bienestar, el respeto, la justicia y la dignidad” (Cuervo, 2009; pg. 77) en este aparte, la autora da cuenta del propósito comunicativo- educativo de su investigación, pues la dinamización de los escenarios con la convivencia social debe permitir, como primer punto, la inclusión de todos los sujetos habitantes del territorio, así como del territorio mismo mediante vínculos con los espacios y representaciones a partir de sus estructuras; el decir ‘nos vemos en la esquina de este sitio’ o ‘discutamos en el café de aquel lado’ es producto del reconocimiento y significación del espacio público como sitio fundamental para el desarrollo de la sociedad.

La apuesta por conocer ese desarrollo y esa domesticación de los espacios en Bogotá a través de un lapso de tiempo pasado es el objetivo de esta investigación.

Ahora bien, este primer trabajo se realizó en torno a los espacios en Bogotá. El siguiente trabajo analizado está basado en el medio por el cual se dieron a conocer las dinámicas de los escenarios en la capital durante el siglo XX: las crónicas en prensa escrita.

El trabajo titulado ‘Antecedentes de la crónica urbana en Bogotá: Los semanarios Clarín y Sucesos’ es realizado por Valentina Restrepo y Lorena Otero en 2008. Como su nombre lo indica, la investigación da cuenta de dos medios impresos en Bogotá que se consideraron como pioneros en el escenario de la crónica, los relatos y las narraciones de los sucesos que acaecían en la capital.

En primera instancia, las autoras establecen un espacio temporal en el siglo XX en el cual se generó, según ellas, la base de la crónica como se conoce en la actualidad; bases tanto narrativas como temáticas, pues la reconstrucción de diversos hechos responde, principalmente, a acontecimientos noticiosos más allá de la realización de perfiles de personas o descripciones de efemérides, por ejemplo. Ante este panorama, uno de los puntos clave para que la crónica se desarrollara de la manera en que lo hizo fue la polarización del

país en torno a las dos fuentes políticas que existen desde el siglo XIX: el partido Liberal y el partido Conservador. Cada uno, desde la mirada de alguno de sus miembros, consolidó medios impresos y transmitió noticias y sucesos que buscaban beneficiar a la ideología que representara el medio.

Dilemáticamente, fue esta tensa situación política lo que generó, como base, la producción masiva de prensa, es decir, el énfasis periodístico tomó auge por el apoyo que parecía brindar al partido político que correspondiera. En uno de los momentos coyunturales del país como El Bogotazo, sin embargo, Bogotá tuvo una renovación ‘obligada’ –pues varios lugares de la capital habían sido destruidos- que empezó a consolidar una nueva etapa de la ciudad, lejana a la conocida, por ejemplo, durante los años 30 del siglo XX. Esta renovación empezó a dar cuenta de la descripción que se hacía de la ciudad para narrar el cómo se modificaban los espacios teniendo, por supuesto, el trasfondo político que acompañó a la prensa en el siglo pasado.

Así mismo, narrar a la ‘nueva Bogotá’ generó inquietud histórica por conocer qué había sido, entonces, la Bogotá anterior, en este caso, al nueve de abril del 48. Este ejercicio, por fortuna, se realizaba desde tiempo atrás. Durante todo el trayecto temporal del siglo XX, Bogotá y la ciudad se narró desde los sucesos que ocurrían en la misma, gracias a las plumas de periodistas dedicados a recorrerla, reconstruirla en sus escritos y darla a conocer a los lectores de los tabloides mediante el género de la crónica. Los analizados en este trabajo, como Ximénez, José A. Osorio y otros, dejaron plasmados en sus escritos periodísticos la ciudad antes de El Bogotazo y su reconstrucción, lo que permitió pensar en la ciudad como espacio narrado y la crónica como el género más acorde para ello.

“En Bogotá, fenómenos como la migración del campo a la ciudad capital, le abrieron espacio a narraciones no sólo políticas, y permitieron contar nuevas historias con carácter humano, las invasiones en los cerros de la ciudad, lugar en donde se ubicaron los nuevos habitantes y otros temas de carga dramática como los suicidios, el favorito de Felipe González” (Restrepo y Otero, 2008; pg. 31). La política fue lo que otorgó la importancia necesaria a la prensa escrita en Bogotá para masificarse en todos los escenarios sociales y, a partir de aquella apertura periodística, se presentó la crónica como una ventana hacia una descripción de la capital más allá de la dualidad ideológica estipulada. Como mencionan las

autoras, fueron los sucesos que iban consolidando a la capital –como la migración- los que se retrataban mediante los escritos de los cronistas, narrando a Bogotá desde ‘su origen’ en el siglo XX.

El *carácter humano* que se le dio a las crónicas permitía que, por ejemplo, los viajes de Ximénez por los rincones de la ciudad se convirtieran en el retrato en letras de lo que sucedía en aquellos grupos sociales ‘aislados’ del gran epicentro de Bogotá. La descripción que este hacía de las calles en Bogotá no era sino la elaboración del espacio para la narración de la historia de los sujetos inmersos en aquellas avenidas que el cronista recorría. Narrar a Bogotá implicaba –e implica- narrar las prácticas y las dinámicas de sus habitantes a partir del espacio físico en el que se desarrollen.

Las autoras, tras el contexto y la explicación del auge de la crónica en el siglo XX, ejemplifican sus afirmaciones con el semanario Sucesos, dado que en este se consolidaba el panorama de Bogotá, sus barrios, sus calles, sus espacios y la interacción domesticadora de la gente con los mismos. Gracias a ello, la crónica se ocupó en buena medida del acontecer cotidiano de la capital que no necesariamente debía contener algo de dramatismo noticioso o novedoso –como las movidas políticas de la época, por ejemplo, que siempre establecían el clima coyuntural de la sociedad-

“Es innegable la relación existente entre la historia y la literatura en el género de la crónica al estar ligado al entretenimiento de los públicos, a las ocurrencias cotidianas, los episodios urbanos que, de manera curiosa y anecdótica, eran contados por el cronista” (Restrepo y Otero, 2008; pg. 33). En definitiva, la crónica como género periodístico se asimila a la literatura en cuanto la narración permite el uso de ciertas figuras literarias en las descripciones de los hechos mientras no tergiversen la realidad. Cuando las autoras mencionan el *entretenimiento de los públicos*, dan cuenta de un punto importante en esta investigación, y es que una de las ventajas de la prensa escrita para describir a Bogotá, a comparación de otras formas de consigna como libros o documentos institucionales, es la masificación de los tabloides y el acceso de la sociedad a los mismos, además de convertirse en uno de los documentos a los cuales recurrían las personas a informarse y conocer el panorama del país. Junto con ello, y gracias al trabajo de los cronistas en el siglo XX, las personas también se enteraban de lo que sucedía en las zonas de Bogotá y el cómo eran las

calles a partir de la consolidación de imaginarios que lograba el periodista con sus textos descriptivos y cronológicos.

Sin embargo, el trabajo de Restrepo y Otero (2008) describe al semanario El Clarín como un periódico para la clase alta, en el cual el contenido exploraba una zona crítica del humano, pues el tabloide se componía de información y textos de ‘crónica roja’, es decir, las historias narradas tenían como protagonista a alguien pobre de la Bogotá de época que cometía delitos, robaba, asesinaba, entre otras acciones delictivas.

El semanario tenía una sección dedicada exclusivamente a Bogotá y la evolución de este escenario dentro del marco de lo urbano: se describían sus espacios, se exploraban las dinámicas de la gente y, sobretodo, se resaltaba la migración campesina como uno de los factores que reconfiguraría a la sociedad capitalina.

Por el lado del semanario Sucesos, las autoras describen la crónica de este tabloide de la siguiente manera: *“Las crónicas que hacen referencia a la Bogotá en crecimiento, con desarrollo urbanístico, emergencia de nuevos barrios como Chapinero, problemas de desplazamiento, basuras, personajes de la vida nocturna bogotana, fantasmas, Rock n´roll, costumbres, algo de política y Millonarios entre otros, develan un aporte en materia de lenguaje. Son ágiles, novedosas, atrapan al lector y hasta lo involucran. Incluyen historias de ciudadanos anónimos a través de las cuales se pueden leer problemáticas del distrito. Además, presentan estilos novedosos a manera de historias, con narraciones en primera persona o como si se tratara de una novela contemporánea”* (Restrepo y Otero, 2008; pg. 53).

Varios puntos de análisis. En primera instancia, la crónica en estos semanarios y como género periodístico logra identificarse por el uso del lenguaje que posibilita narraciones con mayor ingenio, que responde a otros interrogantes más allá de las preguntas convencionales de la noticia (qué, quién, cómo, cuándo, dónde, por qué). Así mismo, la crónica en Sucesos –y, probablemente, como género en todos los medios de prensa escrita- daba cuenta de elementos idiosincráticos de Bogotá, como hablar de fantasmas y del club de fútbol Millonarios, teniendo en cuenta el crecimiento del interés por este deporte que se mantiene en vigencia hoy en día.

Sin embargo, junto a la idiosincrasia o la descripción del quehacer del bogotano, se establecen escenarios físicos concretos gracias a la descripción de zonas emergentes de la capital que, al compararlas en la actualidad, hacen parte fundamental de la domesticación en Bogotá, como Chapinero.

La música compone otra parte importante del reconocimiento histórico social de Bogotá. Las autoras ya hablan del Rock en la capital y el impacto en la dinamización social que trae consigo la modificación de los ritmos de los bogotanos. Y, sin duda alguna, la crónica vuelve a ‘amistarse’ con la novela y la literatura en sí.

El trabajo realizado por Restrepo y Otero (2008) es una radiografía precisa del ingreso de la cotidianidad bogotana al periodismo, un escenario en el cual apenas si cabían las noticias de sucesos con relevancia política, económica o mundial. Mediante el análisis de dos tabloides de prensa escrita las autoras dan cuenta de la configuración de Bogotá que se refleja en las crónicas escritas durante unas épocas específicas del siglo XX que, sin embargo, tiene todo un cúmulo periodístico a lo largo de los cien años que lo compusieron. Una de las apuestas de esta investigación es afirmada en las conclusiones de Restrepo y Otero (2008) *“La oportunidad de conocer un periodo en el que la crónica tuvo tanta relevancia, nos ayudó a ver la crónica como un medio para conocer las transformaciones urbanas y socioculturales que ha vivido Bogotá desde que ingresó a la modernidad con aires de capital cosmopolita. Más que crónicas, nos arriesgamos a decir que son fuentes documentales de la historia bogotana”* (Restrepo y Otero, 2008; pg. 157).

Esta investigación concuerda con Restrepo y Otero en que la crónica, a lo largo del siglo XX, tuvo la posibilidad de convertirse en una fuente documental de consigna histórica de Bogotá, punto desde el cual parte la comprensión de la existencia de una historia urbana de una capital que se ha modificado a partir de sucesos significativos del pasado y, si es posible, continuará su modificación en el presente.

Otro trabajo que se analiza en este estado del arte también hace la reconstrucción de Bogotá mediante un medio de prensa escrita que consignó los inicios del siglo XX de la capital. El trabajo titulado ‘Bogotá a comienzos del siglo XX: el final de la ciudad bucólica. La imagen de la ciudad desde la revista Cromos (1916–1920)’ es realizada por Gilberto Martínez en 2013. Este texto da cuenta de la visión que una revista consignó de Bogotá en

los inicios del siglo pasado en una capital que estaba en medio de su consolidación ante la expansión de la ciudad por la migración masiva.

Martínez (2013) realiza una precisión importante que aporta en demasía a esta investigación. El autor afirma que, si bien estableció un periodo de tiempo específico y un medio de prensa escrita, su análisis no parte tanto de la historia de Bogotá oficial como de la imagen que Cromos daba de la ciudad; es decir, la imagen que Cromos ‘vendía’ de la capital no era completamente fidedigna a la realidad de ese momento. Este detalle es fundamental, pues esta investigación atraviesa un momento de análisis e interpretación de crónicas periodísticas que deben comprenderse desde la visión de sus autores pero, también, se deben contrastar con los hechos fundamentales que marcaron a la sociedad bogotana como ejes relevantes de la construcción del imaginario de la ciudad en el pasado.

Un ejemplo de ello es pensar en alguna crónica que, como el libro de cuentos ‘Opio en las nubes’, relata a Bogotá con mar, un puerto y un malecón. Un texto con tales características de anacronismo y reconfiguración alterada de la realidad no puede corresponder a una consigna histórica propiamente –más allá de, quizá, las cualidades narrativas que puedan señalar y analizarse- pues siempre existirán unas bases establecidas que relacionen los escritos con sucesos fácticos.

Ahora bien, retomando a Martínez (2013), Cromos buscaba captar la atención de las mujeres bogotanas de la época, por lo cual su línea editorial no era exactamente de interés general como se denominaba, sino de tendencias y temáticas que fueran atractivas para el público femenino.

La revista fue trascendente en la prensa escrita bogotana, entre otras cosas, por ser una de las pioneras en el uso de gráficos e imágenes para la narración. Así mismo, la revista, según Martínez (2013), buscaba ofrecer una de las primeras experiencias cosmopolita de la época, buscando informar sobre temas de interés nacional e internacional. *“un deseo por lo ‘moderno’ y lo sofisticado, lo cual queda explícito en una serie de textos que promulgan la europeización de la ciudad y la superposición de una ciudad nueva sobre la ciudad antigua”* (Martínez, 2013; pg. 53). En esta cita se puede evidenciar una de las primeras aspiraciones de la revista en torno a la modificación de la ciudad, pues una superposición de una Bogotá sobre otra implica, por ejemplo, que las dinámicas de los ciudadanos se modifiquen por

completo, adecuándose a códigos y nociones que vinculen los nuevos espacios pretendidos con los individuos que los habitan.

Cromos dedicó, según el autor, varios de sus escritos a la atención sobre las nuevas formas de modernidad que se establecerían, como los nuevos escenarios urbanos representados, por ejemplo, en los ferrocarriles. En el plazo de tiempo que Martínez (2013) estableció para su trabajo –de 1916 a 1920- una serie de textos analizados dan cuenta que la búsqueda de ‘modernización’ por parte de la revista desde todos los escenarios posibles, pues la descripción de las ciudades y la emergencia de sus nuevas estructuras, así como del panorama político y social del país, apuntaban a reconocer la trascendencia que tendría cada una de las acciones consignadas en una ‘nueva Bogotá’.

El trabajo de Martínez (2013) es fundamental para esta investigación en cuanto evidencia el interés de la prensa escrita por Bogotá y cómo la capital se convierte en el epicentro de reconocimiento de condiciones sociales, construcciones de sentido y nociones de alteridad. En definitiva, el escenario urbano es la base de todo tipo de convivencia e idiosincrasia.

La revista Cromos también pudo tener incidencia dialéctica en la descripción de las clases sociales, especialmente en un momento que el autor retrata a través del análisis de escritos de la revista: la epidemia de gripa de 1918. Aquella afección, según la revista, impactaba con mayor fuerza en la clase baja de la sociedad, es decir, en esos grupos de personas que, de manera dicente, Cromos describe como “pueblo desgraciado”, generando la noción de una Bogotá paupérrima o, cuanto menos, una sociedad bogotana inserta en ese momento en épocas anteriores a la modernidad o a la consolidación de escenarios urbanos de convivencia.

Así mismo, el trabajo de Martínez (2013) realiza ejercicios que se asimilan a los realizados en esta investigación. En primera instancia, analiza textos históricos que daban cuenta de una Bogotá que, aclara, es observada desde los ‘ojos’ de un medio de prensa escrita que pudo haber tenido incidencia en la tergiversación de algunas realidades no del todo fidedignas. En esta investigación se tuvo el cuidado necesario para interpretar cada narración crónica como una aproximación a la imagen de la capital del pasado, desde la visión del autor.

También, el autor resalta la prensa escrita del siglo XX como un documento que consignaba las modificaciones que iban sucediendo en Bogotá, modificaciones que no iban meramente apuntadas a la ‘modernidad’, sino también a la resignificación del territorio, la reconfiguración de dinámicas y la construcción de nuevos sentidos idiosincráticos, trazados y ligados permanentemente a los espacios públicos de la capital.

“Se pudo observar que los relatos periodísticos analizados permitieron construir una retrato, no visual, de la ciudad, en el que salen a relucir, como elementos importantes de interpretación, la vivencia y los deseos de una comunidad al respecto de su ciudad, sus espacios e infraestructuras urbanas, cargándolas de significación y posibilitando que se les atribuya ahora un nuevo valor, no solo como “monumentos”, sino como representación física de los deseos, las luchas y las experiencias de sus habitantes” (Martínez, 2013; pg. 63).

Esta conclusión del autor es clave en el desarrollo de esta investigación, pues la crónica como género periodístico en el siglo XX demostró tener un valor significativo en la construcción de imaginarios y cargas simbólicas respecto a lo que se narraba y, en este caso, el foco principal era el escenario bogotano, desde el establecimiento de puntos de referencia y vinculación con espacios físicos, hasta la consolidación de formas de ver el mundo a través de la experiencia con la capital en una época de constante transición en términos generales – arquitectura, significación del cuerpo, luchas sociales, artes, educación, ciudadanía- por hechos sociales específicos como El Bogotazo o el ingreso de tendencias y géneros musicales que planteaban una visión cosmopolita.

Ahora bien, el último trabajo a analizar es de Andrés Vergara (2011) y se titula ‘Crónicas bogotanas inspiradas en la literatura extranjera, 1925-1945. Los casos de dos neofolletinistas: Osorio Lizarazo y Ximénez’. Desde el inicio, el trabajo se antoja pertinente al explorar el ejercer de dos cronistas del siglo XX que hacen parte de esta investigación. José Antonio Osorio Lizarazo tuvo una vida periodística bastante amplia y lo mismo hizo Ximénez que, sin embargo, falleció a causa de una afección pulmonar contraída en medio del trabajo de campo de una de sus crónicas.

Los intereses periodísticos de estos dos cronistas fueron, como primera medida, lo que los llevó al reconocimiento público y a convertirse en pioneros de estilos narrativos en este

género periodístico que, como indica el título de la investigación, se basó principalmente en la influencia de la literatura europea. “*Lo más importante, lo que mejor los une, es su intención explícita de hacer una revista sobre la ciudad ‘miserable’ a través de sus crónicas; es decir, ellos se proponen, cada uno en su tiempo y en su estilo, presentar una especie de mapa urbano donde muestran en alto relieve al ‘pueblo’, a las ‘clases bajas’, es decir, a esos seres que se denomina ‘submundo urbano’*” (Vergara, 2011; pg. 207).

La consolidación de un mapa urbano de Bogotá ya los adscribe dentro de la narración de la ciudad, pues sus historias generalmente se basaban en acontecimientos capitalinos y reconstrucciones de escenarios históricos y dinámicas sociales en particular. Ximénez, por ejemplo, tuvo una época en la cual sus escritos estaban dedicados a retratar las calles aledañas al centro de Bogotá y que, en esos momentos, no se habían explorado por completo o no poseían relevancia alguna. Así mismo, la obra literaria de Osorio Lizarazo, por ejemplo, da cuenta de la intención de retrato del periodista, pues la mayoría de sus novelas reflejan hechos históricos de Bogotá que tienen como protagonistas a personas de zonas periféricas de la capital y que se consideran como ‘pobres’ por su mínima capacidad de adquisición económica.

Vergara (2011) define al neofolletinista como un híbrido entre el periodista y el creador de folletines, dado que los trabajos de reportería que hace el primero se combinan con las estrategias narrativas y literarias del segundo. El punto ideal es la no tergiversación de la realidad, de la cual Ximénez sí se aprovechó en algún momento de su vida como cronista con reconocimiento público –o su seudónimo–.

Ahora bien, son las influencias europeas de las que habla el autor las que hicieron de Osorio Lizarazo y Ximénez narradores polivalentes, pues Bogotá cambiaba a partir del suceso que se describía: podía ser una ciudad tranquila así como un *barco de la muerte*, según Vergara (2011). Este trabajo concuerda con aquel analizado anteriormente, en el que se comprendía la experiencia de dos revistas durante un lapso del siglo XX en Bogotá, dado que se resalta el carácter humano y cotidiano de las crónicas, junto con las características narrativas de los escritos que los hacían atractivos para el público lector, que se masificó en cuanto la adquisición de prensa escrita se convirtió en parte de las dinámicas del habitante de la capital.

El autor resalta diferencias entre los estilos de Ximénez y Osorio Lizarazo que no solo pasan por el relato literario o el modo de contar los sucesos, pues en esta investigación, al analizar las crónicas, es necesario reconocer el cómo el periodista observa la ciudad. En el caso de Ximénez los relatos pueden evidenciarse como ‘heroicos’, con historias con algo de humor en muchas ocasiones. Osorio Lizarazo, por el contrario, refleja constantemente la tragedia humana, sus condiciones y las particularidades de los escenarios donde acontece. Si esta reflexión se junta con el trabajo sobre la revista Cromos, en definitiva hay visiones de la ciudad e interpretaciones de la misma que, sin falsificar la verdad, generan un punto de vista consolidado por el autor de las crónicas que se leían en el siglo XX.

Este trabajo genera horizontes importantes, más allá del análisis de dos cronistas usados para la investigación. Reconoce, por ejemplo, el origen de muchos estilos narrativos que, sin duda alguna, han configurado la crónica desde ‘sus orígenes’ o como se conoce actualmente a nivel de estilo periodístico. Así mismo, da cuenta de la crónica como forma de consigna histórica mediante la narración de historias individuales o grupales. Los protagonistas de los diferentes escritos se convierten en una especie de ‘mediación’ entre el hecho concreto y el contexto retratado; un contexto que va desde el momento de la historia que incida en la consolidación de la capital, hasta en la dinamización y el encuentro entre los bogotanos y su escenario de convivencia.

Cabe aclarar que en este estado del arte se analizaron cuatro trabajos de considerable apoyo para la investigación, sin embargo, otros tantos documentos –e inclusive estos mismos desde diferentes ángulos o temáticas- hacen parte de otros puntos clave en el desarrollo de la investigación, como la categorización de conceptos o la reconstrucción histórica de Bogotá, así como en el análisis de las crónicas y la imagen que se recrea de la capital en las narraciones.

CONTEXTO HISTÓRICO:

La ciudad ha sido narrada desde los inicios de su consolidación, es decir, a la par de la aparición de grandes escenarios multitudinarios, se presentan escritores dispuestos a consignar los modos de vida en estos espacios y, a través del tiempo, la transformación de los mismos. Uno de los primeros grandes cronistas fue Charles Baudelaire quien, a pesar de describir situaciones cotidianas mediante el género de la poesía, consignó el relato de una ciudad que emergía en el siglo XIX y empezaba a consolidarse: París.

Este poeta transitó por diversos sitios de esta ciudad, por lo cual las situaciones pueden variar de tal modo que el relato de los días en París se establece en los museos y en lugares de la alta cultura, mientras que, por las noches y según sus relatos, Baudelaire frecuentaba bares y sitios relacionados con la vida nocturna, la bebida y la descripción un tanto ‘oscura’ de la ciudad.

WALTER BENJAMIN: POESÍA Y CAPITALISMO 2.

El texto de Benjamin es una aproximación a las primeras narraciones de la sociedad moderna desde la visión de Baudelaire, entendiendo que la urbanidad generaba nuevos códigos y formas de ver el mundo en sus habitantes. El mismo Baudelaire habla de las multitudes y la masificación de las personas en los escenarios de tránsito urbano y Benjamin se encarga de analizar estos textos, convirtiéndose en el mayor experto en la literatura ‘maldita’ del poeta francés.

Benjamin maneja tres conceptos importantes para entender la condición literaria de Baudelaire en su momento.

LA BOHEMIA: Desde Baudelaire, el poeta frecuentaba los lugares de ocio del nuevo escenario moderno. Los bares y sitios nocturnos se convertían en un escenario propenso al desarrollo de la inspiración de diferentes escritores. La conversación con la ciudad que se evidencia en el flaneur, ahora se vuelve dialógica en los ambientes de sociedad como las

tabernas y otros espacios. El gusto de Baudelaire, lo describe Benjamin (1972) como la posibilidad de sentir una sensación de vaho que sedimentaba sus pensamientos, surgiendo de las experiencias de la bohemia varios de sus poemas reconocidos; cita Benjamin a *le vins des chiffonniers*, historia de un encuentro de Baudelaire con el demonio en un bar, tras haber transitado como de costumbre la ciudad.

Esta bohemia descrita por Benjamin se traslada al contexto bogotano a finales del Siglo XIX, con la reunión de diferentes intelectuales y poetas en un solo escenario. Punto importante que se tocará más adelante.

EL FLANEUR: El escritor transita por la ciudad de manera dialógica. Se encuentra con la multitud y a su vez recorre todos los rincones del escenario urbano, lo que le permite una descripción precisa de su lugar central en la cotidianidad. *“Esos libros consisten en bosquejos, que con su ropaje anecdótico diríamos que imitan el primer término plástico de los panoramas e incluso con su inventario informativo, su trasfondo ancho y denso”* (Benjamin, 1972; pg. 49) Se nota pues, que los registros y descripciones del panorama que acompañan al poeta, empezaron a ser un punto importante al momento de concebir el escrito respectivo.

Empezaron a primar con el flaneur otras modalidades de interpretación de escenarios, entendiendo que ya no se discutía de manera concreta con el otro, sino con la ciudad. El acto de transitarla hacía que se dialogara con ella de manera permanente, a medida que se conocía y se reconocía hasta su último rincón. Como dice Benjamin *“Las relaciones alternantes de los hombres en las grandes ciudades (...) se distinguen por una preponderancia expresa de la actividad de los ojos sobre el oído”* (Benjamin, 1972; pg. 52)

LO MODERNO: Baudelaire empieza a incursionar junto con el flaneur a la poesía en prosa, describiéndose a sí mismo como héroe, según Benjamin (1972), pues su estilo literario continuaba vigente pese a las modificaciones que tanto el escenario urbano como el nuevo espíritu de época emergieron en él.

Se hablaba de su poesía como un esfuerzo corporal, dado que su conexión con la ciudad se acrecentaba en la medida que el flaneur mismo se volvía constante. Benjamin resalta al respecto la metáfora del luchador que permanecía vigente en Baudelaire. Aquel personaje que, de manera incesante, lucha por poder describir el nuevo panorama que se presenta en un

escenario característico de la modernidad. El oficio del poeta se complejiza, en la medida que la descripción de una ciudad y sus nuevas dinámicas requiere de otras formas de ejercer la escritura. Esto, dio como resultado la consolidación del *Spleen de París* (aburrimiento de París) una colección de prosa poética dedicada a la ciudad, en la medida que la representa como el escenario de acción de cada relato. Dice Benjamin (1972) respecto a las flores del mal, otra obra primicia de Baudelaire: *“La estrofa inicial de Soleil, único pasaje de Les fleurs du mal que lo muestra trabajando en su poesía. El duelo en que está cogido todo artista, y en el cual antes de ser vencido “grita de terror” se concibe en el marco de un idilio: sus violencias quedan al fondo y son sus gracias las que se perciben”* (Benjamin, 1972; pg. 86)

BAUDELAIRE Y LAS MULTITUDES DE PARÍS:

Baudelaire puede considerarse uno de los primeros cronistas de la ciudad por varios aspectos. Lo primero, es pensar en el escenario de sus escritos, pues sus recorridos a modo de flaneur por la ciudad –como se evidenció con la investigación de Benjamin- lograron consolidar el contacto del poeta con las circunstancias cotidianas, las cuales termina consignando con los respectivos toques literarios de la poesía.

Otra característica reside en la descripción detallada no solo de espacios sino de situaciones sociales amoldadas mediante la ciudad avanzaba. Las clases sociales, por ejemplo, se evidencian con algo de retrato en los escritos de Baudelaire, como aquel en el cual el poeta se conmueve con una familia pobre que lo observa desde la ventana del restaurante en el cual él está cenando. Para Sergio Ocampo (2018) la crónica resalta el aspecto humano de las historias y, sin duda, las narraciones de Baudelaire se centran en personajes de la ciudad que, de un modo u otro, representan las costumbres y la idiosincrasia citadina.

Ante este panorama, existe un poema de Baudelaire que resalta su experiencia en el recorrido de la ciudad, topándose con personas de todo tipo y, paradójicamente, a la vez con ninguna, pues se ve inmerso en una multitud, característica del aumento de población en las ciudades y la concurrencia de los habitantes por los espacios de convivencia.

En primera instancia, Baudelaire realiza una acotación importante, que bien puede acompañar al concepto de ciudad manejado por el poeta, evidenciada en esta primera parte del contexto: *darse un baño de multitud*. Ello, implica estar dentro de la multitud, ser capaz de ver rostros y observar de manera detallada lo que sucede en el rededor de la marcha. Según el poeta, eso solo lo logran quienes tienen el gusto por caminar, por recorrer las ciudades, por viajar, si se quiere; por practicar el flâneur.

El poeta resalta un punto importante tras el baño de multitud: la soledad. Baudelaire expresa la paradoja de la modernidad incrustada tácitamente en los primeros relatos de la urbanidad: la llegada de muchas personas a un sitio. El tránsito ya no le compete a los carruajes o diferentes formas de movilización en la ciudad sino a las personas, que crecieron en número mediante se desarrolló el proceso de modernidad en una ciudad como París, relatada por Baudelaire desde el buen hacer del flâneur: *“Multitud, soledad: términos iguales y convertibles para el poeta activo y fecundo. Quien no sabe poblar su soledad, tampoco sabe estar solo en medio de una muchedumbre atareada”* (Baudelaire, sin fecha; pg. 34)

Habla de los cuerpos como historias, resaltando la importancia del personaje o del aspecto humano en sus escritos. Dentro de la multitud cualquier sujeto puede ser quien quisiese ser, entendiendo la homogeneidad representada en la marcha citadina de millares de personas por las calles de París, en este caso *“El poeta disfruta de ese incomparable privilegio, porque puede ser él mismo y otro, según su voluntad. Como almas errantes que buscan un cuerpo, entra cuando quiere en el personaje de cada quien. Sólo para él, todo está disponible y si ciertos sitios parecen estarle vedados es que a su criterio no vale la pena visitarlos”* (Baudelaire, sin fecha; págs. 34-35)

A su vez, Baudelaire relaciona a la multitud con el encuentro de muchos seres que pasan a su lado, que tienen la capacidad, según el poeta, de prostituir el alma con tantas sensaciones fugaces que se pueden sentir en un momento. La multitud genera sensación en Baudelaire, quien puede pasar de estar en una expresión máxima de alegría, a ser encarado por la tristeza más profunda. Lo relaciona Baudelaire con la ebriedad.

Para finalizar el poema en prosa, Baudelaire señala el baño de multitud mencionado al principio como *“una felicidad superior a la suya, más vasta y más refinada”* (Baudelaire, sin fecha; pg. 35) en cuanto hace referencia a las personas que en una sociedad se consideran

felices por sus logros y liderazgo. Cita, por ejemplo, a un fundador de colonias, al pastor de algún pueblo o al sacerdote, personajes que según el poeta se relacionan con la felicidad y el gozo de ciertos aspectos de la vida. Más sin embargo no acceden al baño de multitud al que si tiene la posibilidad (con toda la dicha posible) el poeta parisino Baudelaire.

Este poema relaciona de manera agradable las dinámicas del poeta en el nuevo escenario urbano que se le presenta, caracterizado por la existencia de multitudes que transitan las calles de su ciudad. El encuentro con la multitud era algo novedoso en las narrativas de la época, especialmente en la poesía. Se demuestra, de manera efectiva, al dar cuenta el proceso estilístico de Baudelaire frente a los relatos y sus transiciones. Antes escribía versos, pero para las situaciones citadinas y modernas decidió el uso de la prosa, pues se hallaba de frente a los hechos cotidianos y la posibilidad de consignarlos.

Ahora, para acercar la investigación al punto central de análisis, se hablará de Bogotá y las primeras narraciones que tuvo en sus espacios, así como la transformación de los mismos a partir de diversas situaciones que afectaron a la sociedad.

JUAN RODRÍGUEZ FREYLE, EL PRIMER CRONISTA DE BOGOTÁ

El trabajo de Juan Rodríguez Freyle ha sido uno de los considerados como pioneros en la narración de la ciudad. ‘El carnero’, su obra maestra, es una recopilación de relatos sobre sucesos y asesinatos durante la época colonial en Santa Fe de Bogotá, resaltando aspectos narrativos de, aproximadamente, el siglo XVII. Su obra contiene aspectos afines a la crónica, dado que establece espacios y tiempos, así como se le añade una especie de subjetividad que alimenta el relato y, si se quiere, puede llegar a hacerlo atractivo al lector, comprendiendo que la narración de la realidad no siempre puede establecer dialécticas literarias entre quien escribe y quien lee. Para Martinengo (1964), Freyle realmente circunscribía su estilo narrativo a la educación medieval escolástica que poseía y, por ello, su escritura se asemeja, en esos momentos, al relato de la ficción. En este caso, para Sergio Ocampo (2018) si bien existen apuestas por el estilo y la narración en la crónica periodística, esta nunca puede llegar a la ficción.

Ahora, ¿Freyle fue cronista periodístico? Si bien sus relatos se hicieron en una época donde la prensa escrita no poseía la importancia que tiene actualmente, su labor en la consignación de hechos verificables, a pesar de su narrativa literaria, se asemeja a la labor del periodista que, con libreta en mano, va anotando todo lo que sea pertinente a una situación o suceso específico.

“En donde, sin embargo, se manifiesta la originalidad de Rodríguez Freyle es en la insistencia con que atribuye a la belleza femenina, a menudo hipostasiada en una fatalidad trascendente, el origen de los daños y de las culpas de que es víctima la humanidad” (Martinengo, 1964; pg. 279), lo particular de la cita anterior es el pensamiento del cronista o la reflexión sobre la situación establecida en el texto. Esto, probablemente, diferencie a Freyle de la crónica periodística ejercida en Bogotá durante el siglo XX- espacio de tiempo que resulta fundamental para la investigación-, pues la interpretación personal de un hecho o el establecimiento de una hipótesis se puede considerar ajeno al trabajo investigativo del periodismo que recrea hechos.

Freyle, por ejemplo, le daba a la mujer un papel ‘culpable’ en las situaciones de desenfreno bogotano cuando ocurrían siniestros o diferentes altercados en el escenario urbano de aquella época.

La crónica de Freyle, según Martinengo (1964), es una expresión de los valores existentes en la época en Santa Fe de Bogotá, dado que los juicios a situaciones o los dilemas ético morales lograban alterar la escritura de Freyle, quien era capaz de ‘amenazar’ las situaciones o los sentimientos que conllevaban a la consolidación de escenarios del Nuevo Reino de Granada: *“Muy interesantes no tan sólo desde el punto de vista ético religioso, sino también desde el de la historia del Nuevo Reino son las frecuentes lamentaciones sobre la rapacidad de los funcionarios españoles, fuente de miseria y decadencia de las colonias americanas. La triste constatación del estado actual de ellas, en doloroso contraste con el "siglo dorado" 18 del cual habían gozado precedentemente, unida a las recriminaciones sobre la avidez de encomiendas, "sudor ajeno", que caracterizaba la situación contemporánea de la Nueva Granada, sugiere a Freyle fuertes invectivas”* (Martinengo, 1964: pg. 284)

Ahora, alejando un poco el conocimiento de los juicios de valor emitidos por Freyle, este cronista cumplía con varios puntos que Baudelaire también ejercía a su modo. En primera instancia, Freyle describe la ciudad de la época: más allá de los tránsitos de los caminos y el estado de una capital en consolidación, aparecen, junto con las situaciones que destacan la obra ‘El carnero’, establecimientos del contexto de la época que generan una idea o un imaginario de cómo se configuraba la sociedad en el siglo XVII. Así mismo, sus diversas críticas a la corona o, cuanto menos, los descontentos que evidenciaba ante diversas situaciones establecen otros parámetros que, pese a la subjetividad, daban cuenta del pensamiento del cronista en aquella época, y con el pensamiento viene adherida la idiosincrasia, los códigos de comunicación entre las clases sociales y la existencia dialógica entre la ciudad, los espacios transitados y los habitantes de aquel antiguo Santa Fe de Bogotá.

A propósito del espacio público, los escenarios y la consolidación de conocimiento y diálogo con la ciudad, dice Cuervo (2009): *“Estos símbolos es posible construirlos aprendiendo del pasado desde una mirada crítica que retome conceptos teóricos que aporten a estudiar las prácticas sociales de los individuos, con un carácter social y cultural”* (Cuervo, 2008; pg. 70). La cita de la autora da cuenta de la importancia de Freyle como el primer gran cronista de Bogotá, pues las bases tanto narrativas como históricas dadas por sus relatos han tenido la posibilidad de configurar no solo el periodismo y la narración de sucesos, sino todo un género formal que puede desembocar en la consignación de formas y acontecimientos históricos.

Ahora bien, si consideramos a Baudelaire como uno de los primeros cronistas urbanos, y a Freyle como uno de los primeros cronistas de Bogotá, es pertinente aterrizar en el núcleo de la investigación: el Siglo XX. Ello, no sin antes hacer unas anotaciones rápidas sobre crónica en Bogotá.

Primero: Freyle fue un relator de hechos narrativos del siglo XVII, pero esta práctica continuó desde diversos relatos que daban cuenta de la historia de Bogotá y sucesos que enmarcaron sus transformaciones que, si en un primer momento eran políticas, se enramaban hacia todo tipo de modificaciones como las estructurales, las sociales, las idiosincráticas, entre otras. Una evidencia de esto, por ejemplo, es pensar en las grandes diferencias que

pueden existir entre una Bogotá todavía bajo el mandato de la corona española y otra Bogotá independiente, que alberga varios sucesos de los procesos de independencia.

Segundo: Según Sergio Ocampo (2018), la crónica históricamente se consolidó en un principio para la narración de viajes como sucedió, entre otros, con los viajes de Marco Polo, los relatos de Indias o las epopeyas de Homero. Esta tendencia se presentó incluso después de Freyle, pues una de las formas de consignar las batallas de independencia fue la narración de los hechos y el traslado a los lugares donde se presentaron las diversas confrontaciones. Un ejemplo de ello, lejano al contexto de las independencias, es una crónica que rescata Daniel Samper Pizano (2003) en la cual se describe un paseo por el salto de Tequendama.

Tercero: Una crónica que también es rescatada en una antología por Daniel Samper Pizano (2003) narra los últimos días de Policarpa Salavarrieta, una de las próceres del proceso de independencia en Colombia. Lo curioso del texto es que fue consignado por uno de los guardias que la custodiaba dado que, siendo testigo presencial de los hechos, podía dar fiabilidad de lo narrado. Esto puede proponer una tesis más que interesante, pues antes del periodismo consolidado durante el siglo XX, la crónica y la construcción narrativa sí buscaban la aprehensión histórica de acontecimientos en las ciudades. Es decir, la investigación pretende dar cuenta de la crónica como un modo de formación de memoria histórica y, tras experiencias como el relato mencionado, se logra orientar hacia la práctica educativa desprendida de la conciencia sobre la historia –narrar los últimos minutos y la algidez del proceso de independencia otorga relevancia al escenario en el que a diario se convive, pues fue ‘testigo’ de muchos acontecimientos y transformaciones sociales-.

CRÓNICA BOGOTANA DEL SIGLO XIX

Lo fundamental del siglo XIX tanto en Bogotá como en toda Colombia residió en la búsqueda de la independencia del país de la corona española. Una de las primeras evidencias de periódicos en Bogotá se centró en las impresiones realizadas por Antonio Nariño en contra de la corona y el periodo en el cual varios bogotanos tomaron el poder y desterraron al virrey; época que es conocida como el inicio de la patria boba. Así pues, más allá de las

investigaciones o las bases periodísticas conocidas hasta el momento, se presenta con mayor legitimidad una propuesta que Restrepo y Otero (2008) daban pero para otro contexto –el siglo XX- y es el uso de la prensa escrita o los documentos de difusión masiva como apuestas políticas fundamentalmente. Así sucedió durante el siglo XIX.

Además, cabe recordar que durante esta época el poder ejercido por el rey –e incrementado durante la reconquista de Pablo Morillo- era mucho mayor al que puede concebir, por ejemplo, un presidente de los últimos tiempos. Esto hacía de la prensa un acto inconcebible, sobre todo, si se piensa la impresión de ejemplares como uno de los pilares de opinión pública que refutaba las acciones de la corona –la insurrección de los comuneros y la falsedad de las capitulaciones, es uno de los episodios más sonados y uno de los que Nariño reclamaba en sus diversos panfletos-. *“El concepto de opinión pública durante la Reconquista se encontraría atravesado por múltiples tensiones semánticas. Su aparente identidad verbal en los impresos monárquicos no conseguiría encubrir su carácter plurívoco y discontinuo, signado por su reescritura cotidiana”* (Chaparro, 2012; pg. 130)

Como se evidencia en la cita anterior, el periodismo no era exactamente una práctica consolidada y constante. Los diferentes ejemplares que se imprimían en realidad representaban los pensamientos de quien los redactaba, lo que el autor denomina *reescritura cotidiana*.

Ahora bien, si la práctica periodística como tal no tuvo mayores incidencias en esta época, la impresión masiva de diversas informaciones sí se constituyó en un apoyo importante para la corona española durante la reconquista. Con este panorama, ¿se puede hablar de la difusión masiva en Bogotá como consolidación de idiosincrasia?, existe una gran probabilidad de que esta pregunta tenga respuesta afirmativa, pues quien leía lo que decían los documentos distribuidos lo sostenía como legítimo, es decir, lo aprobaba por ser un texto o una idea que se ha impreso y que se comparte en el escenario social establecido. *“En efecto, los impresos se constituían en una pieza fundamental del engranaje político conquistador, eran la voz del soberano en la Nueva Granada. Representaban su voluntad y la de sus ministros, permitían el reconocimiento del tipo de autoridad que gobernaba ahora el Virreinato”* (Chaparro, 2012; pg. 131)

Y aunque el panorama del periódico impreso se veía como político y legitimador de estructuras sociales, sí había indicios de crónica en la consolidación de uno de los primeros magazines en Bogotá: La Gaceta de Santa Fe. Samper Pizano (2003) rescata una crónica de este periódico en el cual se comentan dos asuntos quizá irrelevantes desde el panorama político, pero que daban cuenta de hechos humanos y cotidianos; aspectos propios del género de la crónica.

En el texto titulado ‘El parto interminable y el pescador muerto por rayo’ de La Gaceta, se narran dos acontecimientos más que particulares y unánimes ante los relatos políticos o de legitimación. En uno de ellos, literalmente, se habla de un parto interminable que termina como un aborto en Ubaté. Así mismo, el otro relato da cuenta de la muerte de un pescador, siniestro que sucedió cuando a aquel le cayó un rayo. Son historias particulares, humanas, atractivas y lejanas a la condición sociopolítica o la búsqueda de configuración de escenarios en los cuales se lograba sostener la corona española en el poder.

Ahora, tras conseguir la independencia colombiana, la sociedad empieza a configurarse y a establecer diversos roles sociales para el funcionamiento del país como territorio y nación. El reconocimiento de los espacios, por ejemplo, si bien tuvo acogidas en diferentes lugares que empezaban a emerger como ciudades, no fue el caso de Santa Fe de Bogotá en su mayoría. No, por lo menos, si se toma la descripción urbana desde los trabajos de Ximénez, cronista que arriba a la investigación desde su labor durante el siglo XX. Escobar (2012) da cuenta del panorama de la prensa como *espacio de sociabilidad* en Antioquia que pese a no ser el escenario de estudio de la investigación, en definitiva logra dar cuenta de cómo se iba estableciendo la prensa en las sociedades colombianas, convirtiéndose en artefacto fundamental para la consolidación de opinión pública, legitimidad de afirmaciones y premisas, junto con la formación idiosincrática de códigos y formas de ver el mundo, cimentando sus bases a partir de lo que decían los diversos medios impresos de comunicación.

Escobar (2012) resalta un punto fundamental que, comprendiendo el contexto nacional de la época, reafirma una de las funciones de la prensa en su momento: consolidación de imaginarios regionales. Por supuesto, el autor habla desde la experiencia de Antioquia en el siglo XIX pero, sin duda alguna, aquel intento por construir un relato homogéneo mediante

la difusión masiva de nociones y sentidos en textos escritos daba cuenta del principal interés de la prensa colombiana en sus inicios.

La crónica urbana no se quedó atrás en la identificación de los espacios que componían la nueva nación que había emergido y que, políticamente, todavía buscaba su estructuración formal.

Daniel Samper en la antología mencionada (2003) recopila relatos que, particularmente, se alejaban del clima político álgido de la época para narra diversas historias de viajes, de personajes y de lugares. Algunas de estas producciones se analizarán más adelante. Lo importante es reconocer que desde el siglo XIX la actividad de la prensa en Bogotá ha sido constante, activa, se ha logrado consolidar y ha derivado en los grandes medios impresos que acapararon el trabajo periodístico del siglo XX, escenarios mediáticos escritos de los que todavía sobreviven, principalmente, dos periódicos de alcance nacional: El Tiempo y El Espectador.

El reconocer el desarrollo de las impresiones informativas durante el siglo XIX es importante para configurar la memoria histórica del bogotano, que puede reconocer su territorio ligado a la prensa y las prácticas que allí se establecían y que a lo largo del tiempo han consignado narraciones que construyen el relato capitalino que, de algún modo a averiguar en el transcurso de la investigación, establece la relación dialógica entre el escenario de convivencia y los habitantes del mismo. *“Estos ‘medios de comunicación’ no son solo soportes que garantizan la materialidad de lo literario, sino que también la organizan y la condicionan guiados por consideraciones ideológicas, resultan ser, pues, instancias censoras y críticas”* (Bedoya, 2011; pg. 104) El autor resalta una de las identificaciones que aparecen al momento de ‘contactar’ con la historia de la prensa y la importancia fundamental de la difusión masiva en la historia bogotana, especialmente, la consignada durante el siglo XIX.

Por último, y para generar el puente necesario entre el siglo XIX y el siglo XX, hay que resaltar algunas consideraciones:

Primero: La transformación de la ciudad a lo largo del espacio de tiempo descrito tuvo grandes repercusiones a partir de las guerras civiles y las posiciones políticas encontradas

que acompañaron las confrontaciones entre dos grandes bloques de poder: los liberales y los conservadores. La república pasó por grandes fases que, vistas desde este lado de ‘la ventana’ al pasado, retrasaron su consolidación como ciudad y le impidieron un desarrollo arquitectónico que incidiera en la idiosincrasia capitalina. Bogotá fue un escenario menor al conocido actualmente que se regía por un epicentro en la Plaza de Bolívar y todo lo que lo rodeaba.

Segundo: Las experiencias con lo escrito tuvieron incidencias mayores en la búsqueda de la consolidación independiente de la nación. Un hecho que corresponde a siglos anteriores – XVIII- sin embargo, da cuenta del impacto de la difusión masiva: Manuela Beltrán rompió con sus manos el panfleto que indicaba los impuestos al tabaco y otros productos, lo que generó la insurrección de los comuneros (Arciniegas, 1973), un episodio que puede pensarse como la base de las batallas de independencia. Así mismo, Antonio Nariño llamó la atención de la corona por confrontarla mediante prensa escrita. Junto a ello, se narraron las historias – crónicas del siglo XIX- de guerras y ‘héroes’ que caen durante las batallas o que de algún modo perecen y quedan consignados históricamente, como es el caso de Policarpa Salavarrieta.

Tercero: En cuanto a la literatura, poco distanciada de la crónica periodística, fue José Asunción Silva quien, mediante el desarrollo de su estilo literario, ingresó las letras bogotanas a la modernidad, siendo la base de muchas formas de escritura que se evidenciaron a lo largo del siglo XX y que no fueron ajenas a la prensa y la narración de historias. En este caso, la crónica puede pretenderse como el género con mayor ‘libertad narrativa’ y, por lo tanto, más cercano a la literatura y los estilos de relato.

EL SIGLO XX EN BOGOTÁ

El siglo XX comienza tras hechos políticos importantes en Colombia, como la Guerra de los Mil Días y la pérdida de Panamá como territorio colombiano. Según Restrepo y Otero (2008) la prensa colombiana continuaba en el estado polarizador en el que había quedado a

finales del siglo XIX, sin embargo, la crónica tuvo un auge fundamental en este siglo que se analizará y que, finalmente, es el espacio de tiempo que compete a la investigación.

A principios del siglo XX se empieza a consolidar la narrativa moderna en la narración dentro de las ciudades. Uno de los mayores pioneros fue Luis Tejada, uno de los personajes que Restrepo y Otero (2008) consideran fundamentales en la inclusión o visibilización de elementos en los relatos de las crónicas periodísticas. Entre otros aspectos, Tejada destacó el lado humano y poético de las situaciones, así como el relato de hechos que despertaban diversas sensaciones tanto por lo cotidiano de los acontecimientos como por el estilo subjetivo que disponía varias sensaciones para el lector: un escrito podía dar risa, así como podía generar tristeza.

Durante el siglo XX, casi inmediatamente después de la Guerra de los Mil Días, inicia un periodo de migración hacia la capital que empieza a configurar una nueva realidad en Bogotá, pues la ciudad vio como única salida la expansión para lograr albergar a todas las personas que llegaban y quienes, sin embargo, se asentaban en los lugares periféricos de la ciudad. Ello no impidió que hubiese una convivencia multitudinaria con quienes transitaban por el escenario capitalino durante esa época.

“Los periodistas (...) se vieron enfrentados a un lento proceso de industrialización, y a un acercamiento con la literatura y el periodismo latinoamericanos, que influyeron sus escritos. Del mismo modo, en Bogotá, fenómenos como la migración del campo a la ciudad capital, le abrieron espacio a narraciones no sólo políticas, y permitieron contar nuevas historias con carácter humano, las invasiones en los cerros de la ciudad, lugar en donde se ubicaron los nuevos habitantes y otros temas de carga dramática como los suicidios” (Restrepo y Otero, 2008; pg. 31) en definitiva, la estructuración de la nueva sociedad capitalina hacía que la crónica tuviese diversos temas en los cuales se ocupó y que, finalmente, derivaron en el reconocimiento de los espacios y los códigos desarrollados a partir de los mismos.

El periodismo, entonces, se vio intensificado y nuevamente delineado por las discrepancias políticas entre uno de los dos partidos que ostentó el poder a lo largo de todo el siglo XX. La crónica tuvo la capacidad de ocuparse de los asuntos ‘humanos’, cotidianos

y sociales que permitieron la consolidación de idiosincrasia del bogotano de a pie, a partir del imaginario que el cronista difundía mediante sus escritos masivos en los periódicos.

Es durante los años 20 que aparecen los primeros periodistas fundamentales para la investigación: José Joaquín Jiménez ‘Ximénez’ y José Antonio Osorio Lizarazo, periodista que, por cierto, tiene una abundante obra literaria que describe, mediante historias ficcionales, a Bogotá durante el siglo XX, la consecuencia de los procesos de migración y la configuración de las clases sociales, los oficios y las nociones de sentido en la capital que se construía paulatinamente.

Ximénez, por su parte, realizó varias crónicas en las cuales describía los espacios de Bogotá y daba cuenta de los códigos dialógicos que los habitantes utilizaban en los diversos escenarios para domesticar su propio territorio. Por ejemplo, en muchos casos Ximénez describió barrios obreros y definió, a partir de un recorrido por los senderos bogotanos, el propósito del nombre de las calles –Calle del Real, Calle del Pecado Mortal, entre otros- y las particularidades que los caracterizaban. *“De este modo, los cronistas ofrecieron un marco de interpretación para la aparición o el aumento de fenómenos perturbadores como la pobreza urbana, el crimen y la inseguridad, propios de una ciudad en crecimiento”* (Vanderhuck, 2017; pg. 215) el autor hace esta cita a propósito del trabajo fundamental de Ximénez y Osorio Lizarazo quienes, por cierto, fueron colegas en el periódico El Tiempo.

Sin duda alguna, los fenómenos perturbadores, como según los denomina el autor, hablan de las nuevas situaciones que se presentaban en la cotidianidad de Bogotá y que tenían incidencia directa en la construcción de sentido del capitalino, quien para ese momento ya era ajeno a la época de Bogotá como pueblo reducido del siglo XIX e inicia su interpretación del mundo a través de la expansión y el crecimiento tanto del territorio como de su número de habitantes.

Así mismo, el epicentro de la ciudad se ‘reemplazó’ por lugares ubicados al norte de la ciudad, las que hoy se conocen como localidades empezaron a ser la ubicación urbana de varios personajes de la clase alta bogotana, quienes finalmente se alejaron de La Candelaria –como gran foco histórico de la capital- para conformar el panorama general de hoy: las clases altas conviviendo en zonas del norte de la ciudad.

“Los lugares están ligados a la existencia social y cultural de un grupo, y que ésta se expresa en las actividades desarrolladas en esos lugares, en las relaciones interpersonales que allí se dan; en otras palabras, en las reglas que regulan las prácticas sociales en dichos lugares” (Cuervo, 2009; pg. 71). La autora da cuenta de la importancia de los lugares y la interacción con los mismos, una interacción que se pudo haberse visto alterada por el ingreso de las personas de otros lugares a la ciudad y que, más allá de la expansión de la ciudad, derivó en la búsqueda de otros núcleos de convivencia que, probablemente, estratifican y clasifican las clases sociales dentro de los mismos espacios de la ciudad: hay una población específica que concurre los bares de la Avenida Primera de Mayo, por ejemplo, y otra diferente que acude a la zona rosa de Bogotá, en la Calle 85.

Ahora, cronológicamente hablando, hubo una experiencia fundamental para el desarrollo narrativo de la ciudad y la combinación de la literatura y la política, experiencia que se compara a lo sucedido con Baudelaire en medio de la domesticación de sus espacios en la París del siglo XIX. El establecimiento de los lugares para una función específica, la regulación y la construcción –y, en ocasiones, deconstrucción- de códigos para la consolidación idiosincrática cultural de Bogotá: el café literario en la ciudad.

LOS CAFÉS LITERARIOS EN BOGOTÁ

En varios cafés y bares de Bogotá, desde finales del Siglo XIX, se reunían los poetas, escritores, intelectuales y políticos a debatir sobre las ideas que rondaban en su creación narrativa, las diferentes visiones del mundo y el encuentro con la realidad social y política de Colombia.

Uno de los primeros sitios de reunión frecuentados fue el bar la Botella de Oro, un sitio de encuentro histórico por los personajes que vio pasar.

Le sucedió La Gruta Simbólica, una tertulia formada en la casa de Rafael Espinosa Guzmán, a principios del Siglo XX. Las reuniones intelectuales llevadas a cabo en dicho recinto siempre eran acompañadas por música típica de Bogotá y licor; lo cual inducía el aspecto bohemio de la discusión. Parecía requisito beber en estas reuniones.

La Carrera Séptima empieza a tomar protagonismo en las reuniones de bohemia en Bogotá. La Gran Vía se funda entre las carreras 17 y 18 sobre esta avenida, en donde se destacó la presencia, entre otros poetas y escritores, de Tomas Carrasquilla.

Siendo pionera en su momento, La Gran Vía no fue sino un primer esbozo de lo que sería toda una época de bohemia en los lugares del Centro de Bogotá. Uno de los más destacados fue El Automático, lugar en el que resaltó la presencia de León de Greiff. Otros, como el Windsor en la Calle 13, tuvieron en sus asientos a personalidades políticas e intelectuales de la época, como Alberto Lleras, Rafael Maya y Luis Vidales.

En sí, la época de la bohemia en Bogotá lograba reunir a personalidades políticas con intelectuales y escritores, en su mayoría poetas. Ello, genera una relación interdisciplinar de diálogo, ya que mediante se compartían las ideas y los versos, se gestaba una práctica social bogotana por excelencia que acompañó al Siglo XX en su consolidación moderna. La particularidad de los sitios de bohemia es que todos se ubicaban (y algunos actualmente se ubican) de forma cercana a las avenidas y calles principales de Bogotá, a lo largo del epicentro histórico de la ciudad.

La bohemia bogotana destaca por dos particularidades. En primera instancia, se empezó a consolidar una ‘cultura literaria’ que respondía a la construcción de una narrativa moderna de la ciudad capital y que no era ajena a los estilos adquiridos por los cronistas y los grandes periodistas de la época, algunos quienes combinaban los dos grandes oficios –escritura literaria y periodismo- en sus vidas. En segunda instancia, la bohemia fue una forma de establecer códigos dialógicos con la ciudad, de consolidar una práctica que se fundamenta en la idiosincrasia de la capital. En la época de los cafés literarios se sabía que allí se acudía en busca de poetas, al encuentro de discusiones tanto políticas como literarias; es decir, se empezaron a consolidar puntos de encuentro y de referencia en Bogotá que también denotaban prácticas particulares.

Un encuentro en el café, por ejemplo, implicaba la posibilidad de beber y charlar un largo rato, así como posibilitaba encontrarse con figuras representativas de las artes literarias.

Al respecto de la bohemia, dice Monje (2012) *“Esa interrelación expresaba y configuraba las jerarquías sociales, religiosas, políticas y económicas que tenían lugar en*

Bogotá durante esta época determinada. Los cafés resultaban una de las condiciones para que estas jerarquías tuvieran lugar; espacios que se convierten, así, en elementos que generan y proyectan tensiones y conflictos sobre los distintos ámbitos sociales. En los cafés, en otras palabras, se fijaban algunas de las relaciones sociales existentes; pero en los cafés también se reforzaban y se configuraban (se creaban). El espacio público, de esta manera, expresado en los cafés, no puede ser un simple recipiente, pues él mismo, decíamos anteriormente, es un actor vivo que influye en la construcción del entrettejido social” (Monje, 2012; pg. 7)

Se evidencia, entonces, que quien asistiera en su momento a las reuniones de bohemia tenía la posibilidad de entrelazar un diálogo con políticos y figuras públicas intelectuales de la época. Parece algo complejo, sin embargo, dado que quien asistía a los café, debía poseer también un nivel intelectual considerable para tener la posibilidad de unirse a la conversación. De allí, podría partir una actividad formal que acompaña al bogotano del nuevo milenio: invitar a tomar una café, con el fin de establecer un contacto dialógico con sus pares.

Dentro del trabajo de Monje (2012) la consolidación de los cafés en cuanto al incentivo de la bohemia se produce en el gran sesgo de la historia del Siglo XX en Bogotá: El Bogotazo. Al morir Jorge Eliécer Gaitán, caudillo del partido Liberal, se presentó una reyerta urbana que trajo consigo destrozos al escenario urbano de la capital. Así mismo, inició la época de la violencia en Colombia, pues la rivalidad entre Liberales y Conservadores pasaba (formalmente) de un plano político a una rivalidad de vida, que se solucionaba a partir de la otra cara de la moneda: la muerte.

La combinación entre literatura y política que evocó las reuniones de Bohemia, permitieron a su vez consolidar ciertos rastros históricos en crónicas y narraciones de los sucesos importantes, en este caso, de Bogotá.

La división política de la capital no solo se ejerció en los ámbitos institucionales, sino que la bohemia misma, desde su estructura de desarrollo, tuvo modificaciones jerárquicas mucho más delimitadas: *“Sin embargo, en la ciudad de Bogotá, a mediados del siglo XX, dos espacios eran bastante diferentes, a pesar de tener incluso la misma raíz lingüística en su denominación. El café burgués, en efecto, no era lo mismo, aparentemente, que el cafetín arrabalero. Se trataba de dos lugares que apelaban a distintos usos y usuarios, y que se*

encontraban ubicados en lugares distantes. Si al primero, el burgués o clásico, lo visitaban poetas o políticos, al segundo acudían limpiabotas y prostitutas; si el primero asumía funciones “literarias”, en el segundo tenían lugar escenas criminales; si los alrededores de la actual carrera séptima servían de base del café burgués, las cuadras del “turbulento” barrio de San Victorino eran el núcleo de los pequeños cafetines. Si el primero, en suma, era visto como una especie de prolongación del café francés, el segundo era siempre el de los bajos fondos” (Monje, 2012; pg. 10)

Sin embargo, una de las significaciones de la bohemia fue el desarrollo de una narrativa encontrada entre la ficción literaria y la política, la situación crítica de la realidad. El surgimiento de diálogos de personajes configuró una especie de identidad alrededor de dichos establecimiento. Al hablar de El Automático, no se dialogaba solo de un café bohemio de la ciudad, sino del sitio donde habitaba frecuentemente León de Greiff.

La bohemia como estructura se caracterizó por no poseer un ambiente académico o pertinente para un diálogo político- literario; sino que acomodó ciertas costumbres del ser humano desde su sociabilidad: beber licor y fumar mientras se escuchaba música, así como se discutía, se generaba el diálogo pertinente, se domesticaba la práctica del café.

Si bien en un apartado -más adelante de este documento- se analizarán las crónicas con rigurosidad, es pertinente retomar a Ximénez y una crónica en la cual recorre una calle que deriva en las características de un café que, con ciertas divergencias con los escenarios de la bohemia, también recrea códigos y conductas particulares de domesticación.

Retomando a Ximénez, la crónica titulada ‘La Calle del Pecado Mortal’ narra un recorrido del escritor por lo que hoy se conoce como Calle 21 entre las Carreras segunda y tercera. Allí, el primer panorama consignado por Ximénez es la indicación de cómo llegar a aquella vía que cita el título *“Vamos a la calle de El Ocio; la calle de La Fatiga; a la calle de Las Angustias (...) ¿La Fatiga? ¿El Amor? ¿El Ocio? ¿La Angustia? Son modales de la ciudad; de esta ciudad mística hasta el asombro”* (Ximénez, 1996; pg. 27) Como se puede evidenciar, el cronista le daba su toque particular y literario a la descripción citadina pues, pese a que aquellos sí eran nombres de calles bogotanas, él era capaz de hablar de una mística que convergía en la capital y hacía que los nombres de los caminos maravillaran a quien los transitaba.

Más adelante, al llegar a la Calle del Pecado Mortal, Ximénez la describe como una larga calle tortuosa, en pendiente, oscura, zigzagueante. La descripción del autor, más allá de la sorpresa y fascinación que causó este tipo de escenarios en Ximénez, va configurando un imaginario de cómo poder transitar sin problemas en aquella calle, comprendiendo que es oscura y difícil de andar.

“En la esquina, funciona un cafetín arrabalero (...) el empresario es gordo; de ancho rostro. Usa manteca para alisarse los cabellos rebeldes. Fuma un tabaco (...) Allí, los obreros de la fábrica juegan carambolas y “palonegro”. En las mesillas, se hacen tenidas de tute. A la vuelta, un gran fogón anuncia sus viandas con una hoja de col, enastada en un palo de chusque” (Ximénez, 1996; pg. 27). El autor inicia a configurar la calle en el imaginario de quien leía la descripción a partir de un espacio que reúne y cohesiona socialmente tanto a transeúntes como habitantes de las cercanías: un café. El espacio urbano no se queda como un mero indicativo en el escenario sino que, desde adentro, Ximénez describe lo que sucede para dar a entender la idiosincrasia del lugar: se sabe que el dueño se peina con manteca y que los obreros frecuentan el sitio para jugar y darse un descanso. Así mismo, empieza a construir escenas aledañas que indican los pasos a seguir, como al hablar de la preparación de alimentos a la vuelta del sitio. Más que construir un panorama, establece los códigos que permean el lugar y, así mismo, construyen aquella pequeña sociedad que, dado el caso, se compone de obreros y personal del café que se reúne en un escenario capitalino.

La bohemia, entonces, tras la demarcada división de clases sociales, dejó un legado histórico en las costumbres de Bogotá, otorgó a las futuras generaciones una manera de crear un correlato entre las artes literarias y las discusiones de la agenda pública en la cotidianidad. Si bien esa dinámica interdisciplinar se puede plantear en otros escenarios, quizá con más formalidad académica, es cierto que con la bohemia, el beber y fumar entre intelectuales, se puede relacionar con un proceso mayéutico, en el cual las ideas surgían mediante más nostálgico se presentaba el escenario en la urbanidad.

Ahora, tras resaltar una de las mayores costumbres de la literatura, que fue un impulso a los estilos narrativos de la crónica, se reconocerá el cómo se consignaba el imaginario de Bogotá mediante los relatos del escenario urbano.

EL RECORRIDO POR LOS ESPACIOS URBANOS

Para seguir el hilo de uno de los apartados anteriores, se puede retomar a Ximénez y su recorrido por la Calle del Pecado Mortal, dado que realiza una descripción urbana bastante particular y que permite la identificación de elementos que se han transformado, mantenido o eliminado a través del tiempo. El cronista estableció en su texto una especie de ‘panorama ciudadano’ que puede parecer más labor de predicción: *“Por el lecho del río San Francisco, los vagabundos van buscando sobras. Llegan allí; y como el sol ampara y alumbra para todos, se buscan los piojos sin que nadie les cause molestia. El policial de servicio en este puesto conoce a su clientela. Sale de por acá un aliento de lúpulo. Huele a cerveza y a cebada. Pero entonces ¿dónde está el pecado mortal? Está en su calle. En esta calle, a donde llega uno de todas maneras”* (Ximénez, 1996; pg. 28)

Hay un sinnúmero de elementos de análisis que se tocarán brevemente. En tan solo un párrafo, se reconoció lo que veía Ximénez hace más de 70 años en la capital. Una escena que, pese al tiempo transcurrido, no es del todo ajena al haber actual del Río San Francisco: habitantes de calle que arriban al sitio como un espacio natural con posibilidades asépticas dentro de sus propios límites. Los olores en Ximénez ayudan en la construcción de espacios, por lo cual se puede discernir que, en aquella época, al pasar por las cercanías del Río San Francisco a la plazuela de Las Aguas se expedía un olor particular de licor. Habría que observar si existió un cambio dentro del escenario o no.

Así, similar a la crónica anteriormente citada, Ximénez recorrió la ciudad y la describió de diversas maneras. Ante el panorama de una capital que se configuraba a partir de los movimientos de población, los cronistas recorrieron los espacios de Bogotá e identificaron sus códigos, sus espacios y las sociedades que convivían dentro de los mismos.

Ximénez y Osorio Lizarazo fueron dos de los mejores cronistas en la descripción de espacios y la consolidación de un imaginario de Bogotá, teniendo sus plumas y sus estilos como los lentes que precisaban la realidad con las características propias del género periodístico del cual fueron grandes precursores.

Fueron diferentes en sus estilos narrativos aunque los dos ‘cumplían’ con reconstruir a Bogotá mediante la descripción de sus espacios y las historias de quienes los habitan. Si bien más adelante se enfatizará en la obra de estos cronistas, cabe reconocer que los espacios, demarcados por las anécdotas cotidianas, tuvieron dos interpretaciones que, sin embargo, nunca se alejaron de los denominados ‘bajos fondos’ de la ciudad, o los escenarios periféricos en los cuales la prensa no prestó la misma atención como sí lo hacía en el caso de la elite y la aristocracia capitalina. Benjamin, estudiando a Baudelaire, señalaba que al poeta le agradaban los que denominaba como ‘héroes de la ciudad’, que eran los ladrones, los vagabundos, las prostitutas y todo aquello que ante los ojos de la elite puede considerarse como malo, perverso, inmoral. Pues bien, en esa misma tónica era que Ximénez reflejaba la ‘osadía’ de sus personajes, las descripciones de sus personalidades y el constante diálogo con los espacios de Bogotá, moviéndose por sus rincones y convirtiéndola en un personaje más.

Osorio Lizarazo, sin embargo, reflejó mayor crudeza en la narración de sus historias, pues la decadencia bogotana se consignaba en sus escritos con algo de pesadumbre y resaltando las condiciones paupérrimas derivadas de la división de clases en la ciudad emergente que era -¿o es aún?- Bogotá. “*Si Ximénez convirtió los barrios populares en escenarios de una absurda obra teatral, Osorio Lizarazo los convirtió en laboratorios donde tenían lugar experimentos brutales sobre los cuerpos de los individuos y sobre el cuerpo social como un todo*” (Johnson, 2013; sin pg.)

Johnson (2013) plantea una palabra clave que da cuenta de Bogotá como un *escenario* en el cual convivieron las historias de estos cronistas y se conjugaron en un enorme imaginario que enmarca tanto espacios estructurales y arquitectónicos como espacios dialógicos, códigos establecidos por los habitantes, formas y nociones de ver el mundo de aquella Bogotá anterior a uno de los hechos fundamentales de la ciudad: El Bogotazo.

De todas formas, la época de escritura de estos cronistas urbanos es fundamental para el reconocimiento de una ciudad cambiante dado que, a partir de los procesos de migración y los primeros indicios de la modernidad, Bogotá comenzó a reflejar los cambios que caracterizaron este lapso de tiempo y que tuvieron fuertes repercusiones desde el 9 de abril de 1948. “*La construcción de dicho entorno urbano, gracias a la coyuntura económica, permitió que se iniciara una explosión de formas modernas que se alzaron para simular una*

cultura de masas extranjera, cuya máscara, estandarte y humo, fue esa ciudad en construcción” (Salive y Lozano, 2015; pg. 180)

La cita anterior da cuenta de un punto bastante importante para comprender las primeras modificaciones en Bogotá, pues estas ocurrieron cuando apenas estaba la ciudad en construcción, es decir, el origen de las modificaciones en la ciudad fue más sintomático y se apreció más en las conductas socio culturales que en, probablemente, la base de la ‘modernización’ de una ciudad: su arquitectura.

Las conductas modernas se evidenciaron también en los medios impresos que, más allá de resaltar el futuro de algunos proyectos de arquitectura, establecían bases idiosincráticas de los códigos necesarios para ‘convivir’ dentro del panorama moderno en una ciudad crítica.

Martínez (2013), concluye en su trabajo, por ejemplo, que “*“Se pudo observar que los relatos periodísticos analizados permitieron construir un retrato, no visual, de la ciudad, en el que salen a relucir, como elementos importantes de interpretación, la vivencia y los deseos de una comunidad al respecto de su ciudad, sus espacios e infraestructuras urbanas, cargándolas de significación y posibilitando que se les atribuya ahora un nuevo valor, no solo como “monumentos”, sino como representación física de los deseos, las luchas y las experiencias de sus habitantes”* (Martínez, 2013; pg. 63). Ello, da cuenta del espíritu de época que, más que acompañar al bogotano, buscaba la prensa que tuviese el habitante de la capital como casi que una proyección o una expectativa sobre el devenir de la ciudad.

De ello se desprenden elementos importantes para comprender las nociones de una sociedad frente al encuentro dialógico con su territorio, espacio que era narrado y recorrido para dar cuenta del relato de los habitantes. Sin embargo, se logró consignar históricamente a una ciudad que, para antes de El Bogotazo, se ubicó idiosincráticamente en constante cambio, siempre alerta ante las posibles transformaciones de su entorno. Cambios que, tras un buen tiempo, sucederían.

Luis Tejada dio pie a la crónica moderna en el contexto colombiano, le siguieron José Antonio Osorio Lizarazo y José Joaquín ‘Ximénez’ en la narración de una Bogotá que emergía ante el imaginario de sus propios habitantes, pues dicho espacio esperaba con ansias el ingreso de la modernidad. Ahora, la ciudad se ha narrado desde otros momentos de tiempo,

rescatando las crónicas y los relatos de Rafael Chaparro Madieto, uno de los escritores y periodistas urbanos más prolíficos de finales del siglo XX, así como los relatos de los años 70 y 80 de Antonio Morales Riveira. Serán sus trabajos periodísticos los principales insumos del análisis de la crónica en Bogotá y la historia de la ciudad residida en dichos textos.

Sin embargo, antes de hablar de los cronistas—entre otros tantos periodistas que en su haber realizaran alguna crónica urbana- es necesario recalcar uno de los episodios históricos que hacen, entre otras cosas, ubicar dos momentos principales de Bogotá en la investigación: una capital pre- Bogotazo y una capital pos- Bogotazo.

EL BOGOTAZO: LA IMPLICACIÓN DE UN ASESINATO QUE SACUDIÓ A LA CAPITAL

El nueve de abril de 1948 fallecía Jorge Eliécer Gaitán, un caudillo liberal, producto de tres disparos propinados por Juan Roa Sierra. En toda la acera de la Avenida Jiménez con Carrera Séptima, al caer Gaitán, se alborotó la gente que observó el suceso. Persiguieron al magnicida, lo acorralaron, lo golpearon y finalmente lo asesinaron. Pero eso no fue suficiente: una ola de violencia colectiva, de cólera e ira convulsa, destruyó a Bogotá, dado que sus habitantes destrozaron tiendas, quemaron medios de transporte y configuraron uno de los episodios más caóticos recordados por la historia de Colombia misma, tanto por los hechos como tal del momento como las consecuencias de violencia que derivaron tras los actos delictivos.

Ahora bien, este acontecimiento es fundamental por lo que implicó para Bogotá: una reconstrucción en todos los aspectos -física, idiosincrática, política y económica-. Más allá del abatimiento en el que quedó la capital, este escenario logró reconstruir sus espacios y añadió otros estilos de arquitectura que posibilitaron una transformación de todo tipo pero, por cuestiones de la investigación, principalmente fue una transformación cultural e idiosincrática.

Según Armando Silva (2003), la transformación de la ciudad quedó a cargo del arquitecto suizo Le Corbusier, quien incluyó diseños europeos y de influencia

norteamericana en las nuevas estructuras de la ciudad, detalle que, para el encuentro dialógico con la ciudad, posee relevancia.

En primera instancia, es a partir de la interacción con los nuevos escenarios elaborados tras la destrucción que la idiosincrasia de Bogotá empieza a modificarse, pues las tendencias de todo tipo dan cuenta de una apertura de las particularidades culturales extranjeras a Bogotá.

“La presencia de Le Corbusier a mediados de siglo, luego del vandalismo, los incendios y la destrucción de parte importante de la arquitectura del centro de la ciudad que dejó El Bogotazo, condujo a hechos positivos (...) En los años cincuenta y sesenta también pesó la influencia norteamericana y europea en el diseño de los nuevos edificios capitalinos” (Silva, 2003; pg. 45-46)

En definitiva, Bogotá tuvo cambios fundamentales tras El Bogotazo. Fue, por ejemplo, momento de álgida criminalidad política en las zonas rurales de Colombia, que incrementó las migraciones hacia la capital por cuestiones de violencia. Así mismo, se originó una dictadura en Colombia –Gustavo Rojas Pinilla sube al poder en 1953 por medio de un decreto, es decir, sin necesidad de votaciones democráticas- que, se podría pensar, buscaba ordenar nuevamente el equilibrio político y social.

Ahora, este hecho fundamental para la transformación de Bogotá no estaba exento de poseer su propia crónica urbana. Hernando Téllez, un cronista del siglo XX, retrató lo que sucedió durante los varios días que duró el caos social. También, dio cuenta de la imposibilidad de la prensa por informar sobre los hechos y, siendo la prensa escrita el único material de información de los bogotanos, los habitantes no tenían una idea muy completa sobre lo que sucedía en su ciudad y que derivó en la necesidad de una transformación fundamental de la capital. Varios fragmentos de un artículo publicado en El Tiempo durante este año por este servidor da cuenta, brevemente de lo que señalaba la crónica de Téllez, escrito que será analizado junto con las crónicas urbanas en un apartado más adelante de este documento investigativo.

“El 24 de abril de 1948 Hernando Téllez, un cronista bogotano, publicó en Semana un texto que daba cuenta de la reconstrucción de los hechos de El Bogotazo desde una mirada política, pues compila detalles de las reuniones entre liberales y conservadores con el fin de

detener la ola de violencia, hasta la vista ‘panorámica’ de una Bogotá sumida en el desenfreno, el robo, los incendios y “el más dramático trance de la normalidad al caos que haya conocido la historia política de la nación”, como resalta Téllez en su relato (...) Téllez relata que, tras los fulminantes tres disparos de bala –y un cuarto que, por fortuna, no hirió a nadie-, Juan Roa se escondió en la Droguería Granada, evitando ser víctima de los testigos del asesinato. Sin embargo, de poco sirvió su intento de refugio, dado que la multitud lo atrapó, lo torturó y lo asesinó. El martirio de Roa Sierra, según el cronista, inició con un ‘cajonazo’ que le propinó un embolador enardecido por el magnicidio.

Roberto García-Peña, director de EL TIEMPO en 1948, realizaba un sinnúmero de llamadas con el fin de poder enlazar los hechos y, a pesar de no haber podido imprimir los ejemplares del periódico ante el apocalíptico panorama bogotano, su columna apareció en el periódico El Liberal, dirigido por Alberto Galindo en ese momento” (Rodríguez, 2018, artículo de El Tiempo)

En este sentido, se puede pensar que la conmoción nacional derivada de El Bogotazo culminó con una nueva etapa para el siglo XX que, en definitiva, estuvo marcada por los cambios, la generación de nuevos códigos y las significaciones con las nuevas tendencias culturales que, de algún modo, se apoyaban a las formas y expresiones provenientes del exterior, especialmente de la cultura norteamericana.

Con las nuevas estructuras diseñadas por Le Corbusier los ciudadanos reconfiguraron sus códigos dialógicos para establecer la domesticación y los vínculos necesarios con la nueva Bogotá que se erigía y que continuó con una tarea particular: el repensar a la ciudad en los nuevos lineamientos y los esquemas que se disponían.

(RE)CONFIGURANDO LA CAPITAL

Cuando Le Corbusier es llamado a Bogotá para realizar las respectivas modificaciones a la ciudad, ocurre el episodio de El Bogotazo y, tras ello, se reconstruyó la ciudad ‘desde

cero'. Silva (2003) afirma que, con la llegada de este arquitecto suizo, inició en Colombia una especie de *fiebre del urbanismo*, síntoma que fue contagiado por otras grandes ciudades como Cali y Medellín dado que los estudios de Le Corbusier se basaban en diversos modelos y estudios norteamericanos de infraestructura que posibilitaron una nueva noción de la ciudad a partir de sus espacios.

Ahora bien, uno de los espacios arquitectónicos de Bogotá que quedaron en disonancia al contexto urbanístico fue el Banco de La República en el Centro de la ciudad, una estructura que deriva de los diseños italianos de la posguerra que, como lo afirma Silva (2003) denotó la influencia de los diseños fascistas. Esto se puede notar, por ejemplo, en la rigidez cuadrangular del edificio y la ausencia de ventanas con espacios considerable para observar. *“Es reiterativa la intención de este banco de construir, en todas las ciudades grandes del país, edificios que crean disonancia con el entorno. El resultado es una marca vulgar donde se destaca el poder económico en detrimento de los intereses arquitectónicos y culturales”* (Silva, 2003; pg. 46)

Junto con las modificaciones a la ciudad, se ingresó, a su vez, en un proceso de nuevas significaciones de los espacios urbanos capitalinos. La Calle Real pasó a denominarse la Carrera Séptima ya de manera consensuada, es decir, las convicciones de los bogotanos para la dirección y la ubicación espacial radicaban en nombrar las calles por numeraciones y no por sus antiguos nombres –La Calle del Pecado Mortal, por ejemplo, de la que hablaba el prolífico Ximénez-.

Con la consolidación de una ‘nueva’ Bogotá, según Silva (2003) se construyeron barrios de estilo europeo y californiano, que conservaron los nombres de las grandes haciendas a las cuales pertenecieron alguna vez los terrenos que eran construidos: Chapinero, Rosales; entre otros.

Con la novedad de las estructuras europeas y la construcción de zonas de vivienda, a la par de la expansión de la ciudad que seguía vigente, se consolidaron zonas de interacción entre los miembros de la sociedad como los parques, las avenidas principales y los diferentes entornos dialógicos a lo largo de la ciudad: los cafés, las tiendas de abarrotes y otros espacios de encuentro. *“Cuando a los transeúntes se los interroga por sitios de paseo, de encuentro,*

de esparcimiento familiar, de diversión dominical, coinciden en señalar los parques como un nuevo emblema” (Silva, 2003; pg.54)

Se podría decir que los años cincuenta fueron, para Bogotá, una época de transición arquitectónica que derivó en una transformación cultural en el momento de realizar la nueva domesticación de los espacios reconfigurados. En esa lógica, la década de los sesenta es recordada por el ingreso de nuevas tendencias, principalmente juveniles, que se asentaron en la base de la construcción de sentido de los bogotanos de la época. *“Los estudiantes de la década de los sesenta recuerdan con nostalgia su época de jóvenes peludos, de minifaldas, de música de los Beatles, de hippies y revolucionarios” (Silva, 2003; pg. 57).* Se evidencia, entonces, la influencia de las tendencias extranjeras y los movimientos juveniles en las sociedades bogotanas que merodeaban, temporalmente, la segunda mitad del siglo XX. Así mismo, desde los años sesenta se acentuó el conflicto armado en Colombia que si bien enfatizó su acción en las zonas rurales del país, no fue ajeno a las ciudades, dado que impulsó tanto nuevos procesos de migración como la consolidación de grupos insurgentes urbanos, como el M19, creado a mediados de los setenta. También, la tendencia dual de la guerra fría –capitalismo vs socialismo- tuvo repercusiones a nivel global, dado que los diferentes territorios adoptaban uno u otro modelo y, dentro de ese sistema en consolidación, se formaban grupos de contrapeso que simpatizaban con la ideología distinta. Un ejemplo claro es observar que en Colombia, siendo un país capitalista y simpatizante de Estados Unidos, se gestaron movimientos armados que elevaban la ‘bandera’ de otras formas de pensamiento como el marxismo, el leninismo, el maoísmo o el castro guevarismo en el caso del Ejército de Liberación Nacional (ELN).

Es importante señalar la situación de la época dado que, a raíz de ello, se consolidan las diversas relaciones sociales y los espacios de encuentro empiezan a tomar significaciones distintas, probablemente, a la de solo relacionarse con el otro. Benjamin señalaba la bohemia de Baudelaire como un elemento de subversión, es decir, el encuentro en cafetines y bares era realizado por la clase oprimida de la sociedad que buscaba confabular contra el *establishment* del momento. ¿Se podría pensar en una nueva ‘bohemia’ en diversas reuniones juveniles orientadas con una ideología específica en Bogotá? Es probable.

Sin embargo, el retrato de la Bogotá ‘joven’ de la segunda mitad del siglo XX se refleja, entre otras grandes plumas, con las crónicas de Antonio Morales Riveira, un periodista que observó los cambios de la ciudad y la configuración de los sentidos que los capitalinos adoptaban a partir de las nuevas formas de pensamiento y el encuentro con espacios novedosos, que venían en construcción a lo largo de este aparte del texto con Le Corbusier y el proceso del ‘pos Bogotazo’.

Este cronista resalta, entre otras características, la relación de la juventud setentera bogotana con los ritmos extranjeros y una especie de reivindicación que existió de los grupos juveniles, quienes obtuvieron mayores atenciones respecto al panorama de los actores sociales. Evidentemente, las crónicas de un periodista responden a su experiencia personal de encuentro con el mundo, sin embargo, el espíritu de época de sus escritos da cuenta de las tendencias de una sociedad bogotana que emergía a partir de lo ‘novedoso’. *“La llegada del Rock a Bogotá, a mediados del siglo XX, generó nuevos modos de habitar la ciudad que resignificaron la experiencia urbana en la capital y lograron configurar un referente cultural en torno a la ciudad, los jóvenes y la música”* (Díaz, 2015; pg. 271)

Junto con Morales Riveira, Rafael Chaparro Madiedo fue otro gran narrador que dio cuenta de una Bogotá con mayores tintes de consolidación, aproximándose a los años ochenta y que, por ejemplo, planteaba los grandes bulevares como su apuesta ad portas del siglo XXI. En una crónica, Chaparro da cuenta de la transformación de la ciudad al recordar, de manera nostálgica, sus juegos en el potrero en el que se erigió el centro comercial Bulevar Niza. Chaparro, siguiendo la estela de Morales, resalta las nociones y significaciones juveniles de los años ochenta y noventa, en el cual aparecen elementos que acentúan la adopción de aspectos extranjeros como las comidas rápidas y las grandes avenidas festivas –repletas de bares para todo tipo de música-.

Cabe aclarar que, para esta época, otras tantas crónicas acompañarán la reconstrucción de Bogotá a partir de los relatos y las narraciones hechas sobre la ciudad.

LA CRÓNICA COMO EL RETRATO DE LA CIUDAD

En un breve repaso por el siglo XX, que se complementará con el análisis de las crónicas pertinentes, se pudo evidenciar que la crónica ha sido el modo de consigna de la época en los relatos se relacionan el habitante y su espacio, se explican sus modos de convivencia y los códigos que genera con el fin de establecer vínculos con el sitio que habita. La ciudad se ha domesticado desde los inicios del siglo, ya sea por el encuentro en cafés literarios o por la transversalidad de la polarización política. Así mismo, un hecho considerado lamentable como El Bogotazo tuvo la particularidad de ser el punto de partida de una reconstrucción de la ciudad que derivó en nuevas interpretaciones que, en esa ocasión, estaban más adheridas a los sentidos del espectro global de las sociedades de otros países.

La Bogotá ‘cachaca’ que relataron Ximénez y Osorio Lizarazo tuvo modificaciones y nuevos elementos culturales que fueron percibidos –y, prácticamente, vividos- por Morales Riveira y Chaparro Madiedo. Gracias a sus escritos, y otros más que algunos periodistas albergan en su haber periodístico, es que Bogotá ha ‘evidenciado’ sus muchos rostros en el transcurso del tiempo y, para efectos de esta investigación, a lo largo del siglo XX.

CATEGORÍAS:

CRÓNICA URBANA:

Si bien desde Benjamin en su interpretación de Baudelaire se pudo detectar un primer indicio de descripción de escenarios de la ciudad, la consolidación de esto como género narrativo se gesta con la masificación de la prensa escrita.

La crónica urbana se considera como la narración de sucesos y acontecimientos concatenados que resultan de un trabajo de reportería y observación, “*cada viandante tiene distintas percepciones de la ciudad a través de lo que ha vivido y explorado*” (Escobar y Ortega, 2015; pg. 40), esto, da a comprender que la construcción de los imaginarios sociales, que se desprendía de las crónicas publicadas en diversos periódicos, se consolidaban a partir de la visión del escritor o cronista. Esto le proponía un reto mayor al periodismo, reto que se mantiene vigente hoy en día: la fidelidad cronológica de los hechos. Una gran descripción de ciudad en un texto le brinda las bases necesarias al lector para establecer vínculos con ese territorio que, principalmente en las capitales latinoamericanas, se considera heterogéneo.

El relato de hechos cronológicos verídicos y en unidad, tomó un giro narrativo con el ingreso de Luis Tejada al periodismo. “*Luis Tejada es quizás uno de los cronistas más importantes por su carácter de visionario, se acercó al lenguaje literario para jugar con figuras tales como la paradoja, que le permitió abordar con humor muchas temáticas. Asimismo, le imprimió un carácter más humano a sus relatos*” (Restrepo y Otero, 2008)

La crónica entonces retoma un poco los elementos dejados por Baudelaire en sus expresiones poéticas escritas, dado que la mayor participación en el relato por parte del cronista lo convertía en algo más profundo que un mero observador: se interpretaban situaciones, se describían los lugares con figuras literarias y reflexiones finales respecto de lo que se estuviese escribiendo.

Los escritos periodísticos de crónica se mantuvieron por mucho tiempo con la dirección heredada por Luis Tejada, pues la descripción de los escenarios se acentuó a pesar de no

olvidar las situaciones, sucesos o eventos que se narraban. Carlos Monsiváis, uno de los cronistas mexicanos más importantes del siglo XX, definió la ciudad –en su caso, Ciudad de México- como un “*escaparate, una vitrina*” (Monsiváis, 1966; pg. 12) lo que implicaba que, para el cronista, la ciudad y los escenarios urbanos, con sus particulares expresiones, dramas, acciones y códigos construidos con propósitos dialógicos y de vinculación, eran una gran ventana panorámica a descifrar. La crónica en el sentido de Monsiváis, que no es nada ajeno a los aportes de Luis Tejada al género, se trata de un relato donde confluyen todas las miradas del escenario ciudadano, que se contraponen, se interpretan, se combinan (Salazar, 2003; pg. 13) o, con el paso de los años –principal aporte de esta investigación- se diluyen y desaparecen.

Sin embargo, el describir la ciudad no responde a la ignorancia frente a otros fenómenos cotidianos que ocurrían en Bogotá, ya aterrizando en la unidad de análisis de la investigación. Dicen Restrepo y Otero “*Los periodistas anteriormente nombrados se vieron enfrentados a un lento proceso de industrialización, y a un acercamiento con la literatura y el periodismo latinoamericanos que influyeron sus escritos (...) en Bogotá, fenómenos como la migración del campo a la ciudad capital, le abrieron espacio a narraciones no sólo políticas*” (Restrepo y Otero, 2008; pg. 31). Los procesos ‘lentos’ de la ciudad invitaron a que los periodistas en medio de sus recorridos conocieran la capital y sus estructuras urbanas.

El ritmo no tan álgido de vida –que no es común en los procesos de modernización- produjo que la prensa escrita llenara algunos espacios con descripciones de la ciudad que no se hallaban meramente en la relatoría urbana, pues siempre había un suceso que permeaba el conocimiento, mediante la lectura, de los espacios urbanos transitados. Ximénez, el reconocido periodista de los años 30 en Bogotá, consignó escritos de descripción de la ciudad, donde aquel pasaba por las calles y, a modo de fotografía, las escribía.

Como dato para resaltar y para reforzar los lentos procesos de industrialización en la capital evidenciados por Restrepo y Otero, Ximénez en algún momento de su carrera empezó a escribir en el periódico El Tiempo sobre un bandido llamado ‘rascamuelas’, quien empezó a ser un dolor de cabeza para la policía. Era un ladrón imaginado por Ximénez. Al pertenecer a la imaginación del intrépido cronista, evidentemente, jamás lograron capturarlo. “*Él se imaginó a Bogotá como un espacio donde la modernidad ya estaba operando con plena*

fuerza. Bogotá no se estaba convirtiendo en Chicago. Bogotá era Chicago” (Johnson, 2013; sin pg.). Johnson afirma esto, a propósito de un titular que, desde la crónica urbana, empezaba a configurar un imaginario para los lectores, en este caso, del periódico El Tiempo: *‘Una escena de Chicago en pleno centro de la ciudad’*, relato en el que Ximénez narró el tiroteo entre unos policías y unos ladrones en 1932.

Con Luis Tejada, con Ximénez y con Monsiváis en México, la crónica urbana en el contexto latinoamericano empezó a tomar forma. Las narraciones, por ejemplo, de Juan Rodríguez Freyle, rinden plena visión de lo que fue la crónica desde los inicios de la idiosincrasia del continente, de los escritores y los periodistas que mantenían al tanto de la ciudad mediante narraciones: siendo así, la crónica *“Se trata del relato específico de determinados detalles, circunstancias o personajes (...) el cronista apenas toma un átomo de la realidad, lo investiga y se esmera en narrarlo con estilo ágil y elegante”* (Samper Pizano, 2003; pg.34)

MEMORIA HISTÓRICA:

El concepto de memoria histórica se encuentra ligado totalmente a los estudios sobre la historia y la cronología de sucesos procesuales en la humanidad. Lo relacionaría Malaver (2013) afirmando que: *“La historia, como aquello que queda en la memoria de los pueblos, es un producto cultural tejido de múltiples versiones. Todo aquello que pueda contar un historiador o crear un escritor de ficción no es más que una de las tantas posibles interpretaciones de los hechos del pasado”* (Malaver, 2013; pg. 46)

Ese producto cultural como definición de memoria histórica permite ligar de manera inmediata la categoría con la temática del trabajo: La crónica.

Valdata (2009) habla que para delimitar un concepto de memoria desde el análisis de los estudios culturales se requiere de bases sociales, históricas, geográficas y humanas que permitan el desarrollo del *recuerdo de algo*. Para comprender la existencia de una memoria histórica es necesaria la implicación de un acontecimiento que, por alguna razón, sucedió en el pasado y ha quedado en el olvido. Paradójicamente, el primer paso para el desarrollo de

una memoria histórica, es el reconocimiento del olvido en las sociedades. Dice Valdata “*Un pasado que entra en acción necesita de alguna articulación para devenir en memoria; de él surgen variedad de interpretaciones: pasado como un tiempo anterior, pasado como estructura de la verdad, pasado como experiencia traumática, son ejes que vertebran a este concepto*” (Valdata, 2009; pg. 173)

Por ello, las acciones que generan procesos de memoria histórica requieren de una importancia previa, no tanto al hecho en sí, sino a las consecuencias desenlazadas por el mismo. El hecho como una causalidad del pasado que se ha quedado en el olvido. Más sin embargo sus devenires perviven en el presente.

El campo de la historia como disciplina ha logrado la consolidación de la memoria como un proceso de construcción, derivado en otros conceptos emergentes desde la problematización de la categoría. Bien se ejemplifica con la verdad histórica, concepto que, según Valdata (2009), radica en la narración de la verdad de los acontecimientos pero supeditada a la subjetividad del historiador.

Frente a esto, y en relación con la narrativa, Malaver (2013) afirma que: “*Es como si el escritor, dado que quiere ser tanto historiador como artista, tuviera que adoptar alternadamente dos personalidades que pretendieran, sin lograrlo del todo, mantenerse alejadas la una de la otra: la del historiador objetivo y la del creador de ficción*” (Malaver, 2013; pg. 39). Este aparte señala el cómo la misma subjetividad del historiador en cuanto a la interpretación histórica puede asimilarse por el escritor en sus obras literarias, las cuales poseen el mismo fin al que acude el historiador al configurar la cronología de hechos: construir memoria.

Sin embargo, el abordaje de la memoria histórica no le ha competido solamente al campo de los historiadores y su visión de los hechos. Las microhistorias y las experiencias con la narración oral permitieron una nueva visión frente a la construcción del pasado en las sociedades. Valdata menciona un concepto construido alrededor del factor testimonial que provee elementos para la consolidación de memoria histórica: *la historia reciente*. Esto nos dice que la memoria se vincula a la idea del recuerdo, es decir, una narración en el momento actual sobre los sucesos del ayer, con proyección a futuro, esperando la no repetición de dicho accionar (Valdata, 2009; pg. 174)

Dice Valdata frente a la narración en el continente (evidentemente, aparte que compete al análisis de Bogotá como escenario de memoria histórica) *“La literatura latinoamericana ha sido un campo muy prolífico en la descripción del pasado borrado u olvidado entre ellas no pueden dejar de mencionarse obras como La casa y el viento de Héctor Tizón (Argentina), Rumbo al sur deseando el norte de Ariel Dorfman (Chile), así como gran parte de la producción ficcional de Augusto Roa Bastos (Paraguay), entre otras. Es loable la empresa llevada a cabo por la Universidad Nacional de Misiones, Argentina, en relación con Los libros de la memoria”* (Valdata, 2009; pg. 176)

PRENSA ESCRITA:

La prensa escrita ha sido el método de difundir información en la ciudad de Bogotá desde que se estableció como espacio de convivencia hace más de dos siglos. Por ejemplo, fue a través de panfletos de información que se les hizo saber a los comuneros sobre los impuestos, hecho que desencadenó la recordada Insurrección. Así mismo, Antonio Nariño promulgó los derechos del hombre mediante lo que se podría considerar una de las primeras gacetas informativas de Bogotá que, si bien no tuvo ediciones o formalización como medio informativo, cumplió con ‘la tarea’ de difundir un relato a la sociedad.

“El periodismo como construcción y práctica social es el lugar, o ámbito intelectual, desde donde se conforma su teoría. Cabe destacar que desde 1638 ya se producía un trabajo periodístico en América Latina” (Osorio, 2013; pg. 8) Según Osorio, ha sido el periodismo una de las tendencias de mayor auge en América Latina. Juan Rodríguez Freyle, por ejemplo, fue uno de los primeros cronistas que dio a conocer información sobre asesinatos en la antigua Santa Fe de Bogotá, alrededor del siglo XVII.

“Pero no son las empresas, con sus vaivenes, los protagonistas de esta historia, sino los periodistas. De ellos tomamos sus ideas sobre el periodismo, producto de su formación intelectual, ilustramos sus maneras de escribir y de interpretar el país, y seguimos su trayectoria (...) Son estos retratos sin afeites ni adulaciones, a menudo irreverentes, los que revelan la condición humana, esa que da sentido a la obra periodística tan cercana a la

literatura. Y lo que se demuestra hasta la saciedad es que el periodismo en Colombia, quizá más que en ningún otro país latinoamericano, está indisolublemente unido a la literatura” (Osorio citando a Vallejo, 2013; pg. 9). En este sentido, el revelar la condición de los humanos ha sido una de las tareas de la prensa escrita en Colombia y que puede tener gran énfasis en el género de la crónica, un espacio en el que, según Ocampo (2018) no hay *fuentes* sino *personajes*.

La prensa, como afirman Restrepo y Otero (2008) tuvo una dualidad política que marcaba el accionar informativo de cada medio. Sin embargo, fue ese panorama de la prensa escrita lo que permitió que la crónica fuese uno de los géneros más atractivos del siglo XX, dado que revelaba tintes estéticos y literarios que tomaban distancia de las posibles pugnas por el poder entre liberales y conservadores.

Los primeros relatos de Colombia, mientras el país se configuraba a mediados del siglo XIX, derivaron en estilos y formas de narrar dentro de los periódicos que consiguieron, más allá de los retratos, situaciones y hechos, un legado de cómo realizar periodismo o como ‘escribir’ para los lectores y la sociedad masiva que adquiría las publicaciones. *“El periodismo como objeto de estudio y la importancia de la reflexión teórica sobre su proceso histórico nos llevan a conocer los espacios y tiempos de los periodistas de las diferentes épocas, a fin de valorar adecuadamente el presente. Se trata, pues, de ampliar el alcance de los estudios de periodismo”* (Osorio, 2013; pg. 11).

Se ha evidenciado que la prensa escrita, junto con otros elementos para la consolidación de sociedades, también se adscribe a los estudios históricos o puede considerarse como un documento de consulta sobre el pasado, dado que el retrato de la información de una época tiene la posibilidad de dar cuenta del comportamiento de los habitantes anteriores de un territorio y, en el caso específico de esta investigación, en Bogotá, donde surgieron publicaciones como La Gaceta de Santa Fe, La Bagatela, Cromos, El Nuevo Siglo, El Espectador y El Tiempo, dos medios impresos todavía vigentes en el panorama de la ciudad.

“El periodismo es un hábitat de diversidad y complejidad, que se mueve y vive en el tejido social de nuestras realidades (...) es una noción abierta, compleja, multidisciplinar, que se interesa por los acontecimientos y sus conexiones. Es el camino de la pluralidad, con sus métodos e investigaciones sobre los sentidos humanos” (Osorio, 2013; pg. 12).

En definitiva, se puede evidenciar que la prensa escrita ha hecho parte importante de la sociedad y la cohesión de diferentes grupos con su realidad, la cual no siempre está al alcance de la vista y menos en un territorio tan amplio como Bogotá.

Concretamente, los elementos de la crónica en la ciudad son los que han configurado un imaginario del habitante de la capital, de cómo establecerse en diversos espacios y como dialogar con los escenarios pertinentes de Bogotá. Ello, se debe, en gran medida, a las ‘libertades’ estéticas de la narración en la crónica que, sin desviarse de la veracidad de los hechos, atrae por su narración y da cuenta de los hechos sociales a partir de su distribución masificada a modo de prensa escrita. *“El periodismo y la ficción, asociada a literatura, son dos universos diferentes, pero hay producciones en las que se presenta un amplio escenario para indagar cómo pueden encontrarse la literatura y lo fáctico, en textos periodísticos que pueden tener valor estético”* (Puerta, 2011; pg. 50).

DOMESTICACIÓN:

Este concepto es usado por el profesor Juan Carlos Jaramillo (2003) en un artículo en el cual plantea la consolidación de relaciones que tiene el transeúnte urbano con su espacio de dinamización y experimentación en la sociedad. Según Jaramillo, la ciudad actual *“Se invade y se evade”* (Jaramillo, 2003; pg. 82), lo que implica la aparición de nuevas formas, tejidos, dinámicas o métodos para interactuar con el territorio urbano específico. En este caso, el bogotano cómo logra entablar vínculos con su escenario capitalino.

Pero la maleable búsqueda de dinamización en la dualidad territorio- individuo no es una cuestión que le ha competido solo a la modernidad o a los procesos de urbanización de las zonas representativas de un país. Según Jaramillo (2003) es inherente en el ser humano el buscar siempre lugares y establecerlos en dos categorías, que consolidan o no un vínculo que, si no es permanente, por lo menos tendrá durabilidad óptima para la caracterización de un territorio como parte de la idiosincrasia social *“La relación de la humanidad con su entorno oscila entre la conquista del topos y la definición del situs. Es decir, entre vivir en tránsito*

hasta encontrar un lugar para situarse, ubicándose y creando vínculos, o estar solamente en un lugar que puede ser reemplazado por otro” (Jaramillo, 2003; pg. 83)

El *topos*, entonces, es aquel lugar al que se llega por la naturaleza errática de las sociedades o grupos y se convierte en *situs* cuando el escenario es concebido como propio, adquiere significaciones y moldea parte de sus hábitos cotidianos, hereditarios e incluso tradicionales. Bogotá, cuando se ha logrado establecer un vínculo con sus espacios, sus climas, sus diferentes características como escenario de vivencias, puede ser un *situs* para el bogotano, o para quien habite la ciudad.

Ahora, el domesticar un territorio, el crear vínculos con él, permite a su vez la identificación con sus vulnerabilidades, cualidades o ventajas. Esto quiere decir que quien logre una significación con los espacios de la capital puede ser capaz de transitarla varias veces sin perder el rumbo, recordando por lo menos particularidades de cada lugar sobre el cual sus pies se posan. Crear vínculos es fomentar la unidad, la concepción de relaciones dialógicas con el entorno, cosa que hace la crónica cuando Bogotá es relatada como pieza clave ya sea por sus espacios, por sus climas, por sus costumbres, por su terreno geográfico; por ser el territorio domesticado por los protagonistas de las historias.

Ello, implica también que exista algún recelo por la ciudad domesticada, pues aquella ‘toma forma’ para ser un personaje más no solo inmerso en narraciones de crónica, sino en la cotidianidad de los bogotanos. Dice Jaramillo *“El sitio domesticado por unos se convierte en lugar invadido por otros. La morada es amenazada con lo extraño y terribles divisiones se crean entre los habitantes tradicionales y los recientes”* (Jaramillo, 2003; pg. 84)

Y, con la vista fija en el aparte anterior, se puede realizar la descripción de las ciudades desde cualquier ángulo visible e invisible, como propondría Calvino. Las divisiones en la ciudad son generalmente tan marcadas que la inestabilidad del escenario social puede ampliarse en la medida que el territorio se expande a nivel geográfico. Bogotá, por ejemplo, fue una ciudad a la cual migraron bastantes personas desde mediados del Siglo XX, por lo que dentro de la infraestructura tanto social como arquitectónica hay varios relatos y discursos divergentes uno frente al otro, que componen la idiosincrasia incidente de lo que se conoce, se concibe y se relata como capital de Colombia. Lo que Jaramillo denomina *“Mosaico de territorios vividos en distinta forma”* (Jaramillo, 2003; pg. 87)

La crónica urbana ha tenido eso en cuenta para el desarrollo de sus diferentes historias: Bogotá relatada no es solo grandes edificios y lugares tradicionales, pues el tránsito por la ciudad permite la adquisición de nuevas concepciones, construcciones de sentido y visiones del escenario urbano que se relativiza mediante las calles son caminadas. Como dice Hoyos (sin fecha) las capitales latinoamericanas han tenido procesos de consolidación tan complejos que reúnen varias visiones en un solo escenario, que a su vez se clasifica y se determina. Se es capaz de domesticar la ciudad a partir del lugar en el que se transite, tanto lugar territorial como lugar cronológico. Es diferente la concepción que se tenía del barrio Santa Fe en la década de los 50 a la significación que le otorga un habitante capitalino en la actualidad.

Ahora bien, una razón para justificar la investigación desde la mirada narrativa se presenta cuando el territorio o escenario de dinamización empieza a obtener la importancia del grupo que lo habita. Una importancia capaz de configurar códigos, crearlos, legitimarlos o desaparecerlos, dependiendo el interés del domesticador, que dialoga (no obliga) al domesticado, en este caso, al lugar domesticado “(...) *Es justamente lo que la humanidad ha demostrado a lo largo de la conquista de un espacio para habitar y domesticar: deseo de vincularse al lugar y situarse ante él demostrando pertenencia. Cuando esto se logra se definen tanto la identidad del ser como la del lugar (ciudad y/o morada)*” (Jaramillo, 2003; pg. 84)

Estas formas de domesticación mediante el identificar puntos de vinculación dialógica frente al escenario hacen parte también de comunicación- educación, pues el impulso de procesos comunicativos en procura de la construcción (o deconstrucción) de tejidos sociales y estructuras de sentido en la sociedad debe poseer dicho componente dialógico que es capaz de constituir el proceso domesticador frente a un tema imperativo para cualquier bogotano: el encuentro con su espacio de vivencia cotidiana. No un encuentro pasivo como si de un *topos* se tratase, sino un encuentro en el *situs*, aquel con el que dialogo, en el que convivo y al que soy capaz de adaptar frente a mis convicciones, concepciones y construcciones desde el sentido social.

Empero, el proceso dialógico reiterado con anterioridad no debe presentarse solamente entre los espacios de un territorio urbano y quien lo transita, sino con otros transeúntes con

los que se cruza en su camino. El reconocimiento del otro es un pilar clave para la construcción de ciudadanía y de una sociedad que estructuralmente pueda evolucionar frente a la actuación grupal. Una actividad a la que se puede remitir desde la Comunicación-educación, y que se sustenta mediante la consecuencia o consecución a la domesticación de espacios por parte de los habitantes.

La relación social, generalmente en territorios específicos, puede presentar un encuentro de alteridad eficaz en cuanto un punto en común de identificación es la domesticación existente en el espacio de encuentro, es decir, la consolidación de prácticas que (en el caso de la investigación) involucren no solo a un sujeto vinculado a su escenario urbano, sino a varios que se sientan igual de identificados tanto con la práctica como con la legitimidad del escenario mediante la misma. Ante esto, expone el profesor Jaramillo *“Las relaciones de unos y otros pueden realizarse tanto en lo público como en lo privado y su punto de partida está en el concepto de sociabilidad y visión del espacio”* (Jaramillo, 2003; pg. 86)

La existencia de legitimaciones públicas, privadas o íntimas, es capaz de configurarse mediante la relación que el sujeto sustentado en esas tres esferas tenga con su espacio cotidiano.

Y esta afirmación da cuenta entonces de una relación más a nivel investigativo: la domesticación de espacios presente en la crónica. Dicha práctica textual ha tenido la capacidad de consignar hechos que perduran mientras haya quien lea en el territorio. Dentro del escenario urbano que exponen crónicas que frecuentan a Bogotá como espacio suceden diferentes acciones que normalizan o normativizan los propios partícipes intangibles de la narración. Mientras las hojas van pasando más se demuestran prácticas cotidianas o que adquieren significación por realizarse en la ciudad y no en otros lugares o territorios *topos*.

Empezando porque una característica que identifica a Bogotá desde sus inicios es la lluvia como clima que frecuenta el rostro de la metrópoli capitalina. Una forma de domesticar el espacio, pese a ser un ejemplo no del todo científico, es aprender a llevar sombrilla en los recorridos por las calles de la capital, a pesar del establecimiento de un sol incesante en el momento.

La domesticación de los espacios es clave a su vez para que el habitante de Bogotá se dé cuenta de lo que realiza en su ciudad, cómo concibe sus espacios y cómo es capaz de habitarlos ya sea con prevención, con sosiego, con zozobra, con recelo, con nostalgia; en fin, resalta el hecho de despertar sentires frente a un escenario urbano que se transforma, principalmente en sus dinámicas, apoyadas o cimentadas por los mismos cambios en las estructuras sociales.

Comprender, también, que dicha significación con la ciudad logra fomentar el arraigo por la misma, el vínculo del que Jaramillo habla en su artículo. Esa vinculación tiene la capacidad de configurar un sentido crítico ciudadano en quien logre identificarlo, pues reconocerá la importancia de diversos espacios heterogéneos que lo rodean. Lo más probable es que represente sus códigos, sea capaz de aprehenderlos y los configure mediante su deseo lo permita. Esto tiene la capacidad de evocar en el cuidado y el cultivo de valores frente a su escenario de vivencia cotidiana, lo que construye al sujeto dialógico, aquel que puede proponerse desde el campo de la Comunicación- educación.

A su vez, dentro de la investigación misma se propone la existencia de cierto tipo de sujetos que transitan la capital, ya sea con condición de concepción, como por mera práctica errática. Jaramillo plantea dos nominaciones: el vagabundo urbano o sonámbulo superficial, y el emigrante o transeúnte nómada. Esto responde también, a cómo es la relación directa del sujeto con el lugar bajo sus zapatos: si observa un *topos* común y corriente, o concibe un *situs* en el escenario que se encuentra.

El sonámbulo superficial (Jaramillo, 2003) es capaz de caminar y transitar la ciudad sin que aquella despierte algún sentido de significación en él. La observa como un territorio digno de normatividades, reglas, deberes y normas establecidas para el bienestar urbano, sin embargo, no hay un verdadero vínculo de manera directa. El sonámbulo sabe que es peligroso pasar por ciertos sectores de la ciudad, pero el recelo no le produce una inquietud frente a cuestiones como ¿Verdaderamente es peligroso ese lugar?, ¿Manejan códigos que desconozco?, ¿No será solo una interpretación diferente del vínculo con el escenario?

La otra cara de la moneda es el transeúnte nómada. Aquel es capaz de dialogar con la ciudad por donde transita, debido esto también a su condición errática cotidiana, lo que le permite recorrer las calles que lo abrigan diariamente. Este recorrido le permite el

reconocimiento de códigos y convertirse en lo que Jaramillo (2003) denomina *Hijo de la ciudad y el espacio público* pues desde estos escenarios es que concibe, domestica, traduce, codifica y aprehende la ciudad.

Todas estas expresiones se podrían consolidar mediante una investigación etnográfica de prácticas bogotanas, entonces ¿Para qué indagar dentro de relatos de crónica?, pues bien, la consigna que los textos narrativos da cuenta de formas de memoria en la capital. Recordar, fortalece el vínculo que existe con la ciudad domesticada. Dar cuenta de una historia, de momentos anteriores, de pasos sobre los pasos, de concepciones de mundo diversas a la concepción actual, genera una construcción de sentido mucho más consistente, en cuanto la ciudad logra imaginarse desde diversos ángulos, que van más allá de los puntos de vista, para observar el territorio. Dice Jaramillo *“La ciudad se ajusta a una memoria de otras memorias que llevan a recordar o a imaginar, a ir y venir, a buscar y a encontrar otras ciudades que cada cual guarda dentro de sí, como legado, como forma de imaginación o representación”* (Jaramillo, 2003; pg. 87)

Así pues, el profesor Jaramillo da cuenta de las diferentes concepciones de ciudad que puede desprender la memoria, en este caso, la crónica como una forma de ello. Es un método porque relata historias (en el caso investigativo) del Siglo XX. Dichos relatos crean una Bogotá que se imagina porque ya sucedió cronológicamente hablando. O se transformó, o se desapareció, o se legitimó; pero era una Bogotá con diferente operatividad a nivel de domesticación.

En todos los casos, lo que impera es reconocer la existencia de las ciudades dentro de los relatos del género periodístico de la crónica, una misma Bogotá concebida desde diferentes percepciones, condicionadas a su vez por el espíritu de época que gobierna. Reconocer que, en este momento, mientras se transita por diferentes lugares de la capital, ya se está configurando un sentido frente a dichos escenarios. Lo que se haga, lo que se practique cotidianamente, es una forma de domesticar la ciudad, crear vínculos para, finalmente y desde esa gran vitrina como la denomina Jaramillo, construir ciudadanía.

“La ciudad (...) ha sido la posibilidad de construir relaciones de sentido en un escenario cultural o público (...) alterando las relaciones iniciales con los sitios y las cosas privadas” (Jaramillo, 2003; págs. 90-91).

DISEÑO METODOLÓGICO

Para la investigación se llevará a cabo el análisis de una serie de crónicas periodísticas urbanas en las cuales se realizan descripciones de Bogotá: sus modificaciones, sus costumbres, su idiosincrasia y sus nociones. Para ello, se elaborará una especie de matriz basada en el ejercicio realizado en la investigación de Benito (2018), que rescate elementos principales de las narraciones –protagonistas y antagonistas del relato, funciones de cada uno, breve reseña, tiempo histórico narrado; etc.-. Así mismo, y tras desmenuzar la crónica en los elementos representativos indicados, se comparará el relato periodístico con la realidad de los lugares que se mencionan haciendo un breve recorrido por la capital.

Para el ejercicio se manejará la teoría de la opinión pública en los medios masivos –a sabiendas de que la investigación observa escritos de prensa masiva de Bogotá- de Martín Serrano (sin fecha). Según lo establecido por Serrano, las crónicas a analizar se adscriben a la *parábola*, concepto que acuña el acontecer cotidiano narrado en los medios masivos mediante la búsqueda de un premio-castigo, el establecimiento de protagonistas- antagonistas a partir de juicios valorativos y, muy probablemente, la exposición de acciones sucedáneas comunes puede apuntar a la configuración de una moraleja o enseñanza. *“Los relatos que se refieren a la cotidianeidad también median entre las necesidades de los sujetos particulares y las constricciones sociales”* (Serrano, sin fecha; pg. 2). En definitiva, este tipo de categoría enmarca las crónicas urbanas que se presentarán a partir de sus aspectos cotidianos.

Así mismo, la importancia del narrador-periodista-cronista como mediador en el relato es fundamental para pensar el papel un tanto literario de quienes recopilaban estos relatos y los hacían ‘atractivos’ al público lector. Es a partir de su juicio como testigos y traductores de la realidad que los lectores –en este caso- interpretarán y configurarán sus sentidos sobre las historias relatadas.

“En la descripción del mundo cotidiano, las interacciones con los más próximos aparecen sutilmente instrumentadas. Están destinadas a satisfacer objetivos socialmente necesarios (producir, reproducir, consumir, entre otros)” (Serrano, sin fecha; pg. 4).

ANÁLISIS DE LAS CRÓNICAS

MATRIZ DE ANÁLISIS:

MEDIO DE PUBLICACIÓN Y FECHA: Publicado en El Tiempo el 23 de junio de 1941- Recopilado en la antología ‘Las famosas crónicas de Ximénez’ con prólogo de Juan José Hoyos.

TÍTULO: Los fotógrafos ambulantes, pescadores de imágenes.

AUTOR: José Joaquín Jiménez ‘Ximénez’.

JUICIOS VALORATIVOS: Desde el título se le da una nominación particular tanto a los fotógrafos como al oficio ejercido por ellos al asimilarlos como ‘pescadores’ de imágenes, es decir, son aquellos que ‘cazan’ o recogen con su implemento de trabajo los elementos visuales de su alrededor. Gracias al título, también, su categoría de simples trabajadores es elevada a un reconocimiento dentro de la urdimbre social, en este caso, de la capital.

DESCRIPCIÓN DE LOS ACTORES:

José Joaquín Jiménez: En los relatos de Ximénez era común verlo como un personaje que, a través de sus recorridos por la ciudad, daba cuenta de las observaciones que realizaba, las acciones que detectaba y la interpretación de elementos urbanos que detallaba con precisión. En este caso, va en su calidad de reportero a dialogar con los fotógrafos del Parque Santander para averiguar cuál es el problema que en ese momento los agobiaba.

Dos fotógrafos del Parque Santander: Durante la crónica Ximénez entrevista a dos de los doce fotógrafos que trabajan dentro del Parque Santander, quienes piden que se reserve su identidad. Así mismo, son ellos quienes le exponen al cronista sus penurias y la fecha máxima dada por la municipalidad para que dejen de trabajar en ese sitio, lo que causaría el absoluto desempleo dado que otros puntos ambulantes de fotografía ya están cubiertos por otros de sus compañeros de oficio –otros pescadores de imágenes-.

FORMATO DEL TEXTO: Impreso en el libro recopilatorio de las famosas crónicas de Ximénez.

RESEÑA DEL RELATO: El texto presenta a los fotógrafos de imágenes como sujetos ciudadanos inmersos en una dualidad: por un lado, son aquellos que se dedicaron a un difícil oficio que no da demasiada ganancia, quizá lo básico para subsistir. Por otro lado, para Ximénez, son artistas, son osados, son personas referentes para el buen hacer en la ciudad, que suplen una de las máximas necesidades de los habitantes de Bogotá: retratarse en una fotografía. Sin embargo, en el Parque Santander pretenden que los fotógrafos se vayan del sitio por tratarse de trabajadores informales, siendo este espacio urbano el que más ‘pescadores’ alberga –doce-. Dos fotógrafos le brindan testimonio a Ximénez quien, mediante los recursos literarios característicos de su pluma, narra el día a día de estos trabajadores. La conclusión a la que llega el cronista es que el oficio del fotógrafo es un arte indispensable que debería continuar en ejercicio dentro del Santander.

OBJETO DE REFERENCIA: Los fotógrafos del Parque Santander están próximos a ser desahuciados de su sitio de trabajo.

PERSONAJES DEL RELATO:

Protagonistas: Tanto los dos fotógrafos como el cronista hacen parte principal del relato al enlazar las situaciones mediante diálogos y puntos de referencia u opiniones. Así mismo, cualquier persona relacionada con el oficio de la fotografía en la ciudad o zonas cercanas a la urbe se considera como un protagonista dado que es por ellos quien ‘aboga’ Ximénez al recoger sus vivencias, sus cotidianidades y sus penurias.

Antagonista: No existe concretamente un antagonista, sin embargo, lo que Ximénez denomina ‘municipalidad’ es aquel parámetro legal que, dentro de poco en el relato, exigirá la salida de los fotógrafos del Parque Santander, expulsión que causará desempleo y aumento de las necesidades tanto de las familias como de los ‘pescadores’ mismos. Aunque el ejercicio de desahucio se realiza en un marco legal, no deja de causar conmoción negativa en los fotógrafos. Y Ximénez se establece de su lado en la crónica.

SUJETOS DE LA INFORMACIÓN: Ximénez da cuenta de los fotógrafos casi como sujetos que vinculan a las personas con su paso por la ciudad. Con las diversas formas de retratar a una persona, los ‘pescadores de imágenes’ crean una especie de cohesión con los espacios en los que realizan sus capturas y los sujetos capturados en las instantáneas. Así mismo, es la municipalidad –que Ximénez no aclara con precisión pues se concentra en los fotógrafos y su oficio- un actor vinculado al relato que busca dentro de un marco legal la expulsión de los fotógrafos del Parque Santander, uno de los lugares emblemáticos de la ciudad que, pese a los cambios, pervive dentro del escenario capitalino actual.

ACTORES DE ACTIVIDAD SOCIAL:

La crónica no da cuenta de actores precisos que ejerzan un rol específico en la sociedad a nivel institucional, sin embargo, la municipalidad –a la que Ximénez ‘culpa’ de buscar la expulsión de los fotógrafos- es la que ejerce presión sobre los ‘pescadores’ para que no realicen su oficio en las inmediaciones del Santander.

GÉNERO INFORMATIVO: Crónica.

TIEMPO HISTÓRICO: Años 40.

TIEMPO SOCIAL: Entre Junio –como mes de elaboración y publicación de la crónica- y julio –mes en el cual se desalojaría definitivamente a los fotógrafos- de 1941.

TIEMPO EXISTENCIAL: Aproximadamente tres días de seguimiento al día a día de los fotógrafos.

ANÁLISIS DE “Los fotógrafos ambulantes, pescadores de imágenes”.

Ximénez, desde el inicio, establece la situación que desenvuelve –incluso que pudo servir como justificación para la creación del texto- la crónica: los fotógrafos del Parque Santander están a punto de ser desalojados de su sitio de trabajo. Siendo así, el deseo del cronista es mostrar cómo el ejercicio de expulsión por parte de una ‘municipalidad’ –como aspecto legal- a los ‘pescadores de imágenes’ podría considerarse como injusto.

Para ello, Ximénez se vale de descripciones realizadas con fidelidad a su estilo. Entre otras cosas: resalta lo ‘miserable’ de ser fotógrafo por las estrechas ganancias, la dificultad de transportar el aparato y la posible infravaloración del oficio del retrato de imágenes. También, asimila a los fotógrafos ciudadanos como artistas que, de un modo u otro, hacen parte del entretenimiento de Bogotá y de sus visitantes. Esto tiene relación, a su vez, con la investigación realizada, dado que el fotógrafo en Bogotá durante esa época tenía la posibilidad de establecer vínculos entre los escenarios urbanos y los transeúntes que por estos pasaban al plasmar la realidad de los espacios en una foto que, en cualquier momento de la vida, puede evocar recuerdos al observarla.

Ximénez usa un recurso clave para la narración de esta crónica: los diálogos. Mediante preguntas y respuestas se van tejiendo los verdaderos intereses y ‘confesiones’ de los fotógrafos y esto da mayor peso a los argumentos del cronista sobre la ‘injusticia’ a realizar con los trabajadores.

Un aspecto clave del texto es comparar el Parque Santander de ese ayer narrado por Ximénez con el escenario establecido en el día de hoy. Efectivamente, el Parque continúa en vigencia en la ciudad, sin embargo, el oficio de los fotógrafos en este espacio ha desaparecido. Esto puede responder a otras lógicas, como la fácil adquisición de una cámara fotográfica en la actualidad que, incluso, viene incorporada a los aparatos más utilizados en esta década del siglo XXI: el teléfono celular.

Así mismo, Ximénez muestra a través de su relato que era casi tradicional visitar el Parque Santander en cualquier momento del día, especialmente los fines de semana o feriados en general. Un plan familiar podía ser recorrer el Parque y sus inmediaciones y ¿por qué no?, tomarse una foto con aquellos ‘pescadores’ que Ximénez vitaliza en su texto.

Hoy en día el Parque Santander puede ser recorrido pero mediante otros atractivos como el Museo del Oro, por ejemplo. También, el Edificio Avianca alberga gran cantidad de trabajadores que, en ocasiones, recorren el Parque ya sea por ocio o porque hace parte del trayecto hacia otro sitio de la zona central de Bogotá.

En definitiva el Parque se ha modificado, pero permanece entre los principales espacios de la capital. Ya lo retrataba Ximénez: *“Por allí queda el Hotel Granada. Y la estatua del prócer... Y unas fuentecillas... Y, es claro, el provinciano gusta de que su silueta destaque contra un fondo solemne, pomposo, heroico o rico”* (Ximénez, 1996; pg. 123)

La estatua del prócer que le da su nombre al escenario, Francisco de Paula Santander, continúa vigente entre los elementos del icónico Parque. Lo mismo sucede con las fuentecillas de agua y con el ‘fondo solemne’ que ahora tiene algunos edificios de mayor tamaño que los establecidos en aquella época.

Que ese haya sido un espacio simbólico para la toma de fotografías queda claro tras la enumeración de elementos ‘pomposos’ que deja el cronista en su texto. Remata dando su

calificativo a un oficio recordado en la ciudad y que ha desaparecido, por lo menos, del radar del Parque Santander.

“No. Que no se les remueva. Sería injusto cambiarles el agua, el mar, el lago, el río, a estos pescadores de imágenes...” (Ximénez, 1996; pg. 123)

MATRIZ DE ANÁLISIS:

MEDIO DE PUBLICACIÓN Y FECHA: Publicado en El Tiempo el 17 de agosto de 1939-
Recopilada en la antología ‘Las famosas crónicas de Ximénez’.

TÍTULO: Una isla de naufragos en el mar urbano.

AUTOR: José Joaquín Jiménez ‘Ximénez’.

JUICIOS VALORATIVOS: El título evoca el mar como el escenario que más se asimila a la cotidianidad de la ciudad pero, sobre todo, da cuenta que aquellos personajes de los que se relatará no son propiamente ‘marineros’ u otro término que evidencia practicidad en el mar. No. Son ‘naufragos’, es decir, los que tropezaron en el mar de la ciudad y sobreviven a la deriva o, en este caso, en la periferia de la capital.

DESCRIPCIÓN DE LOS ACTORES:

Madre de familia: Ximénez entrevista a quien parecer ser una anciana pero que realmente ostenta nada más 40 años. Ella solicita durante la charla que su nombre no sea divulgado, teniendo en cuenta que el buen cronista iba en calidad, nuevamente, de reportero. Cabe resaltar que Ximénez otra vez hace presencia al realizar las preguntas a la anciana.

Personajes del arrabal: Aunque no se profundiza plenamente en ninguno de ellos, varios son los habitantes de San Vicente que hacen presencia en el relato: una niña que juega con una cometa, un infante que tiende la cama en la que durmió, un anciano con muletas; entre otros.

FORMATO DEL TEXTO: Impreso en el libro recopilatorio de Las famosas crónicas de Ximénez.

RESEÑA DEL RELATO: Ximénez describe con magnífica precisión su paso por San Vicente, un barrio al filo de una de las montañas que rodean a Bogotá. Allí, el ambiente empobrecido le sorprende y desea conocer, en términos generales, la idiosincrasia de quienes sobreviven en paupérrimas condiciones –casas semi construidas, nulidad de vías, simbolismo religioso como único resguardo-. Por ello, mientras dialoga con una de las habitantes del sitio va exponiendo las diversas acciones ejercidas por otros habitantes, relatando la cotidianidad de uno de tantos sectores marginales que Ximénez visitó durante su vida periodística.

OBJETO DE REFERENCIA: Ximénez desea descubrir qué o quiénes se esconden tras las paupérrimas condiciones de vivencia de San Vicente, sitio donde finaliza la carrera cuarta con calle 24.

PERSONAJES DEL RELATO:

Protagonistas: Prácticamente en el relato todos son protagonistas. A través de las diversas imágenes recreadas por el cronista, se evidencia que la nobleza de estos sujetos que conviven en precarias condiciones los convierte en una especie de ‘héroes’ que, a través del martirio del arrabal, muestran máximos esfuerzos de vida que se asimilan como un acto heroico.

Ese heroísmo –que Ximénez comparte con Baudelaire sobre personajes marginados de la ciudad- se expresa en otras situaciones: las tragedias que ha vivido la mujer entrevistada y los sacrificios que realiza por sus hijos; las mujeres que esperan entre el ‘barro’ y tomando el sol a sus maridos; los niños que se entretienen con bolitas de papel o cometas y que, de alguna manera, logran distraerse de la miseria que los acoge.

SUJETOS DE LA INFORMACIÓN: Solo hay periodistas como sujetos de información o ligados a alguna institución dentro de la crónica. Los demás son personas comunes que transitan levemente su cotidianidad y se retratan en las letras de Ximénez.

GÉNERO INFORMATIVO: Crónica.

TIEMPO HISTÓRICO: Finales de la década de 1930.

TIEMPO SOCIAL: 1939

TIEMPO EXISTENCIAL: Un día, el cual es narrado por Ximénez.

ANÁLISIS DE “Una isla de naufragos en el mar urbano”.

Ximénez inicia, como la gran mayoría de sus crónicas, con la descripción de un espacio marginal que nos evoca la idea de otros tantos espacios marginales de la ciudad existentes en

la actualidad. Poseen características como: ubicación en las montañas, no es un espacio exactamente urbano, las casas erigidas son artesanales y de una precaria factura.

Esos escenarios, que ya Ximénez visitaba en 1939, aún hacen parte del panorama de la ciudad. Quizá el mayor ejemplo de ello sea la localidad de Ciudad Bolívar o varios barrios del sur de Bogotá que, independientemente de la connotación marginal que se le pueda dar, al establecerse sobre las faldas y los espacios de las montañas capitalinas se alejan de la noción de urbanidad como conglomerado ‘unido’ de edificaciones, sobre todo, centralizadas.

Esto también es una particularidad del cronista: Ximénez convivió constantemente con los bajos fondos de la ciudad, los arrabales y los espacios más alejados de la Plaza de Bolívar, considerada como el epicentro de Bogotá.

José Joaquín no escatima en utilizar términos relacionados a lo miserable, a la podredumbre y a la tragedia. Evoca a los habitantes del barrio San Vicente como héroes pero en un ‘reino’ de miseria, de pobreza, de limitaciones. Dar a conocer la historia de la mujer –que, particularmente, el cronista a primera vista la detecta como una anciana pero en realidad tiene 40 años- puede ser el ejemplo para reconocer las dificultades existentes en las historias de vida de los habitantes de dicho barrio.

La mujer es viuda, ha mendigado de todas las maneras posibles siempre pensando en el bienestar de sus hijos. Ella misma aclara, en el testimonio retratado por Ximénez, que su condición si no es igual por lo menos roza lo similar a los sucesos ocurridos con todas las otras mujeres que habitan San Vicente.

La crónica resalta un aspecto bastante importante que, de algún modo, también continúa vigente en la capital: la religiosidad. Ximénez escribe que, tras una sesión de oración con el rosario, los habitantes se ‘distraen’ de las precariedades que siempre los asaltan.

A esto, el cronista le suma un hecho que le da mayor connotación de pesadumbre al relato al adentrar la ‘mala suerte’ entre los malestares de la gente de San Vicente: un niño es tan desafortunado que tropieza y se golpea con una piedra.

Pero la verdadera división social, la que da cuenta de una situación presente desde mucho tiempo atrás, Ximénez la retrata contundentemente para finalizar el relato: *“En lo bajo, en la lejanía, en la ciudad, se encienden, con múltiple brillo, las primeras bombillas”* (Ximénez,

1996; pg. 101). Con esa pluma que maravilló el trayecto de la investigación, José Joaquín traza con crudeza la distancia abrumadora entre la ciudad y los barrios de los cerros capitalinos. Allá, con luz eléctrica, acá, con perpetua oscuridad que acompaña a los habitantes por dentro y por fuera de sus almas.

La verdadera reflexión es: si la crónica fue escrita en 1939, ¿es válido pensar en la situación narrada como algo que todavía subyace en la agenda cotidiana de Bogotá?

Personalmente temo que sí.

MATRIZ DE ANÁLISIS:

MEDIO DE PUBLICACIÓN Y FECHA: Publicado en El Tiempo el 19 de febrero de 1939- Recopilado en la antología ‘Novelas y crónicas de J. A. Osorio Lizarazo’.

TÍTULO: Las escenas de horror y de miseria que Bogotá presencié durante la epidemia de gripa de 1918.

AUTOR: José Antonio Osorio Lizarazo.

JUICIOS VALORATIVOS: Sin duda alguna el título es dicente y acorde con el cuerpo del relato: las imágenes recreadas por Osorio Lizarazo dan cuenta del caótico panorama que vivió Bogotá ante una epidemia que fue mortal para la gran mayoría de los contagiados. El horror y la miseria se denotan con las muchas vidas perdidas y los pocos escenarios que podían utilizarse para mantener los cadáveres, que cada día aparecían por montones.

DESCRIPCIÓN DE LOS ACTORES:

Pascual Goya: Osorio Lizarazo utiliza un testimonio literario para evidenciar los alcances de la gripa mortal que azotó a Bogotá. Goya habla en el texto en primera persona –no sabremos nunca si es una invención o alguien que José Antonio conoció en el hospital- y se trata de un enfermo que contrajo la gripa y va describiendo, poco a poco, tanto el avance colérico de la enfermedad y el contagio como el desolador panorama de las calles y los hospitales de la capital.

Doctores: Para la crónica aparecen enfrascados en los textos y los artículos científicos, buscando una explicación no encontrada. Hacen lo posible por detener la epidemia pero aquella los vence constantemente.

Personas que mueren: A Goya lo rodean otros tantos enfermos que van cayendo y que, a su vez, enlazan y le dan estructura al contagio de la gripa. Primero, una mujer falleció en un tren, y fue conocida como la primera víctima mortal del virus; otro sujeto murió mientras abordaba un tranvía; un albañil agoniza en el hospital en presencia de Pascual Goya; los enfermeros empiezan a padecer los síntomas y mueren de manera repentina; todo esto sucedía en el hospital y el panorama en la ciudad era similar: caían ciudadanos de todo tipo, aurigas, vendedores, campesinos y demás.

FORMATO DEL TEXTO: Impreso en el libro recopilatorio de Novelas y crónicas de J.A Osorio Lizarazo.

RESEÑA DEL RELATO: Uno de los enfermos de gripa, desde el hospital, narra el trágico acontecer cotidiano tras la llegada de un bacilo de peste a la ciudad. Con su implacable efecto, el virus empieza a exterminar a la población capitalina y a la de los pueblos aledaños a Bogotá. El panorama desolador se traza tanto en el hospital, como lugar de acción principal de la búsqueda de cura para la enfermedad, y en la ciudad, como el escenario principal que albergó varios muertos en sus calles y señales simbólicas en los edificios que daban cuenta de los sitios en los cuales el contagio había ganado la batalla.

OBJETO DE REFERENCIA: La epidemia de gripa que azotó a Bogotá en 1918 acabó con miles de vida y dejó un trágico panorama en la ciudad.

PERSONAJES DEL RELATO:

Protagonistas: Pascual Goya, un personaje ficticio de Osorio Lizarazo, es quien nos narra la historia de la epidemia desde la cama de un hospital. Va relatando diversas muertes, especificando en algunas pero dando a entender que la mortalidad es el clima general de la capital. Más que héroes, Osorio Lizarazo retrata a los que perecen por el virus como aquellos que sucumbieron a la tragedia pero que, a través de su muerte, dieron cuenta de la actuación del virus y la agonía de la vida que se consumía. Son mártires en un terrorífico escenario.

ACTORES DE ACTIVIDAD SOCIAL:

Los médicos son los principales actores del relato a nivel institucional. Desde el hospital San Juan de Dios –el sitio donde está Pascual Goya-, tratan de hacer frente a la mortal y masiva epidemia aunque, en algunas ocasiones como en el caso de los enfermeros, les costara la vida. Así mismo, en las afueras de los hospitales, en la ciudad sobrecogida por la intemperie de un bacilo furibundo, se elevaban diversos centros médicos de emergencia que, según la crónica, realmente sirvieron para acumular los muertos que iban cayendo en las calles y avenidas capitalinas.

Así como el aspecto científico busca una explicación, también se trata de comprender el fenómeno viral desde la religión. Al principio, se presumía que quien moría estaba señalado por un designio divino y, por ello, se elevaron plegarias innumerables a los cielos y hasta se ‘confrontó’ a la imagen del señor de Monserrate para que intercediera desde el plano metafísico por los bogotanos desamparados.

GÉNERO INFORMATIVO: Crónica.

TIEMPO HISTÓRICO: Octubre de 1918.

TIEMPO SOCIAL: 1918

TIEMPO EXISTENCIAL: Varios meses de duración de la epidemia de gripa en 1918, la cual tuvo su cumbre en octubre de ese año.

ANÁLISIS DE “Las escenas de horror y de miseria que Bogotá presencié durante la epidemia de gripa de 1918”.

Osorio Lizarazo se da una pequeña licencia en esta crónica para construir el personaje principal. Pascual Goya habla en primera persona en el relato, lo que ya le da un ligero toque de invención, además, no se sabe con certeza de la existencia de algún testimonio dado por un señor Goya para la crónica. Sin embargo, su aparición en la investigación se hace imperativa porque habla de un fenómeno crítico para Bogotá en el siglo XX: la epidemia gripal de 1918.

La cantidad de muertos, según la crónica y lo que se sabe del suceso, fue masiva. Muchos capitalinos perecieron por un virus que se tomó por asalto la ciudad y sin duda turbó su tranquilidad.

Por ejemplo, el Bogotazo fue a los edificios lo que la epidemia gripal fue a las vidas humanas en la ciudad. Fueron dos situaciones que, en sus justas proporciones, modificaron la cotidianidad de la ciudad, la construcción de nociones de sentido con un punto en común: la significación a través de la tragedia.

Hay dos escenarios principales que en la crónica aparecen y con toda razón: el hospital y Bogotá en sí misma.

Por un lado, Pascual Goya está recluido en el San Juan de Dios, uno de los centros médicos emblemáticos de la capital y que en definitiva, durante la epidemia, fue el albergue de varios contagiados que sucumbían ante la muerte o, como el señor Goya, lograban sobrevivir.

Este hospital solo fue uno de tantos centros de atención que padecieron las consecuencias de la terrible enfermedad. La misma crónica resalta que en varios espacios de la ciudad se

erigieron centros artesanales de emergencia que, de todos modos, también fueron arrollados por la letalidad de la gripa.

En la ciudad el panorama, según el ‘relato’ de Pascual Goya, pintaba todavía más desolador. Varios edificios eran adornados con banderas blancas que anunciaban que allí el contagio había sido inminente, que la enfermedad había ganado la batalla en esas estructuras bogotanas. Las avenidas y las calles, a su vez, atestiguaron la fatalidad súbita de los que fallecían tras el contagio, sin mayores lapsos de agonía. La tensión de la ciudad era abrumadora en cuanto el número de los fallecidos crecía con una constancia inédita.

Las pequeñas historias contadas por Goya también resumen un poco lo sucedido en 1918: este virus no distinguía ningún tipo de clase social o lugar de vivencia en la ciudad, pues afectaba masivamente y a todos por igual. Un virus democrático, lastimosamente.

Lo fundamental de la crónica es retratar uno de los episodios más complejos del siglo XX en Bogotá; además, no hay mucha información o el tema no se ha estudiado con tanta profundidad como sí se hizo con otros trágicos sucesos como El Bogotazo, para retomar una ejemplificación anterior.

La gripa ha sido una de las enfermedades más comunes en Bogotá. Los climas generalmente fríos de la ciudad hacen que un contagio sea propenso, y aunque para 1918 –según la crónica– ya se premeditaba que la gripa acudiese a los bogotanos, ninguno jamás imaginó que por este virus se pudiera fallecer.

Es una crónica enriquecedora que da cuenta de un suceso fundamental para reconocer, de algún modo, el desenvolvimiento de Bogotá durante la primera mitad del siglo pasado, mientras la ciudad continuaba en crecimiento y en desarrollo de diversificación de escenarios, de costumbres, de nociones y de prácticas de vínculo con el espacio urbano que vio fallecer a millones en una epidemia nunca antes detectada en la ciudad.

El hospital San Juan de Dios, que entre sus pasillos resguarda las macabras historias de este episodio tétrico de la capital, hoy en día no está en funcionamiento. Otro de tantos espacios que han desaparecido con el paso del tiempo en Bogotá.

MATRIZ DE ANÁLISIS:

MEDIO DE PUBLICACIÓN Y FECHA: Publicado en El Tiempo el 21 de mayo de 1939-
Recopilado en la antología ‘Novelas y crónicas de J.A Osorio Lizarazo’.

TÍTULO: Los bohemios bogotanos de principios de siglo.

AUTOR: José Antonio Osorio Lizarazo.

JUICIOS VALORATIVOS: El título por sí mismo da cuenta de una ‘transportación’ del relato a otra época que, si bien en este caso no es tan lejana, no corresponde a una descripción fresca, actual. Ese ‘principios de siglo’, establece un espacio de tiempo preciso del cual derivará la narración y los sucesos. El relato como producto histórico –pues habla de inicios del siglo XX en 1939- pudo utilizarse en su momento para un ejercicio similar al desarrollado por la investigación.

DESCRIPCIÓN DE LOS ACTORES:

Enrique Murcia: Osorio Lizarazo lo presenta como uno de los pioneros de la bohemia en la ciudad, como aquel del que los demás poetas y artistas aprendían el oficio de la tertulia con licor y humor.

Julio Flórez: Uno de los poetas que, para Osorio Lizarazo, marcó significativamente el movimiento bohemio y literario de Bogotá y de Colombia misma.

El poeta: La figura del poeta toma excelso protagonismo en el relato dado que, a través de la enumeración y exaltación de diversas características, el cronista le da forma al bohemio y lo presenta a los lectores, creando una idea de cómo vivían, cómo vestían, qué pensaban y qué hacían.

Clímaco Soto Borda: Uno de los poetas que sobresalieron del movimiento bohemio en Bogotá. Osorio relata algunas de las acciones de este artista en vida, así como su deceso.

Efraín de la Cruz: Otro de los resaltados por Osorio Lizarazo. En general cuando el cronista describe la conducta de nombres propios, establece escenarios como los cafés literarios en los cuales los bohemios se dedicaban a beber y a componer relatos.

Delio Seravile: El cronista lo presenta con afectado dado que fue, según relata, uno de sus íntimos amigos. También describe como tópico principal su conducta bajo los efectos del licor.

FORMATO DEL TEXTO: Impreso en el libro recopilatorio de Novelas y crónicas de J.A Osorio Lizarazo.

RESEÑA DEL RELATO: José Antonio establece una especie de paralelo –similar a este ejercicio investigativo- en el cual relata detalles sobre la bohemia en Bogotá y los aspectos favorables para la ciudad de este movimiento que, según narra con nostalgia, ha ido desapareciendo hasta ese instante de todos los escenarios previsibles –arquitectura, literatura y memoria, por ejemplo-. El hablar de la bohemia en este relato es para el cronista rescatar un aspecto que se ha extraviado de la remembranza bogotana. Si la bohemia ingresó al olvido tan solo treinta años después del auge del movimiento, ¿qué podrá pasar con la noción de bohemia hoy, después de más de cien años?

OBJETO DE REFERENCIA: Las ventajas artísticas, culturales y sociales de la bohemia de principios del siglo XX en Bogotá en comparación con los años 30 de ese mismo siglo.

PERSONAJES DEL RELATO:

Protagonistas: Los bohemios son quienes, en el relato, revitalizaron la importancia de las diversas expresiones artísticas; le dieron una pizca de validez a la literatura y a la música, principalmente, para que la ciudad empezara a constituir sus nociones a partir de bases humanísticas. Pero los bohemios en la crónica no realizan su trabajo con suma autonomía: la ciudad misma, los componentes de la zona urbana de la capital, funcionaron como puente o vínculo entre el movimiento artístico y el desarrollo metropolitano de Bogotá.

Antagonista: Particularmente Osorio Lizarazo acusa a su generación de olvidadiza dado que no le brindan la relevancia suficiente a un tema de suma importancia artística. Entre la memoria selectiva y la configuración de sentido de las nuevas generaciones se construye un antagonismo para la relevancia de la bohemia en la capital.

ACTORES DE ACTIVIDAD SOCIAL:

Más que actores de actividad social, las diversas tiendas fueron los escenarios principales, según la crónica, para el desarrollo de la bohemia y las tertulias literarias. La adquisición de una costumbre –ir a los cafés en los cuales se reunían los poetas y otros artistas- derivó, por supuesto, de la disposición de algunas zonas en la ciudad.

GÉNERO INFORMATIVO: Crónica.

TIEMPO HISTÓRICO: Primera década del siglo XX.

TIEMPO SOCIAL: Desde 1900 hasta, aproximadamente, 1910.

TIEMPO EXISTENCIAL: Ocho o diez años, aproximadamente.

ANÁLISIS DE “Los bohemios bogotanos de principios de siglo”

Pareciera que entre el tiempo señalado por el título y el tiempo de la creación del relato han pasado unos buenos años... sin embargo apenas 30 años separan lo relatado en la crónica con el tiempo real del cronista, de José Antonio Osorio Lizarazo.

Una posición inicial lleva de la mano al lector en el transcurso del relato: para el cronista la ciudad evolucionó en algunos aspectos pero involucionó en otros, como en el ritmo de la vida cotidiana de la ciudad: cada vez Bogotá tomaba mayores nociones de urbe o de metrópoli, cuanto menos de centro del país. Señala, entre otras cosas, que el pitido de los carros, los nuevos ritmos musicales y la fascinación por la radio, derrumbaron prácticas como la bohemia y, para mayor zozobra, las sepultaron de la memoria capitalina.

Osorio busca desde el inicio de la crónica reivindicar el movimiento literario adscrito a la bohemia, el cual se congregaba en sitios a beber licor y, a partir de la gesta éflica, componía versos, escritos, coplas, toda muestra artística que estuviese a su alcance.

Así mismo, Osorio reprende a su propia generación por la endeble memoria que poseen, la que olvidó a la bohemia como si no hubiese tenido relevancia en lo que se constituían como sociedad en ese momento. El cronista va revelando anécdotas, situaciones y nombres propios que dan cuenta del peso literario de esos encuentros. Muchos de estos personajes los recordamos en la actualidad –Julio Flórez o Clímaco Soto Borda, entre otros-.

Esta crónica es completamente pertinente a la investigación por un aspecto principal: realiza un ejercicio de memoria similar. Osorio Lizarazo le expuso a miles de lectores –pues su relato apareció en las páginas de El Tiempo- la existencia de modificaciones culturales en la ciudad que fueron perjudiciales para la bohemia. Da cuenta, por ejemplo, que en esa época uno de los ‘ruidos’ más comunes era el tiple que tocaba Julio Flórez cuando asistía a las tertulias,

mientras que en ese momento –años 30 del siglo XX- eran los pitidos de los carros el sonido principal que emanaba de todos los rincones de la ciudad.

José A. Osorio descubrió un cambio en la ciudad, una modificación de comportamientos y sentidos que también tuvieron repercusiones en la desaparición o transformación de escenarios urbanos específicos: La Gran Vía era uno de los cafés en los que se reunían los bohemios a principios de siglo y, si bien aquel negocio aún existía en los años 30, ya no es el sitio predilecto e indispensable de poetas, músicos, artistas gráficos y demás.

Hoy en día, la transformación urbana ha sido de tal envergadura que no existe rastro alguno de La Gran Vía. De hecho, son escasos los cafés literarios o sitios de tertulia que aún perviven en la ciudad. El último de los ‘icónicos’, el Café San Moritz, cerró sus puertas en el 2017 y en la entrada que antes resguardaba un rechinante piso de madera, unas mesas cuadradas y un techo lejano y empinado, ahora solo queda un aviso en el que se acusa a la negligencia por el patrimonio de derrumbar el café.

Retomando: José Antonio expone cómo a través del licor y la composición de productos literarios se aligeraban las tensiones de la ciudad, se podía vivir quizá con mayor alegría, tal vez con óptimas relaciones entre ciudadanos. El contar algunas historias de los bohemios es también narrar la ciudad, narrar los personajes que culturalmente edificaron Bogotá en un momento álgido de la república –cumbre de la Guerra de los Mil Días y primera presidencia de Rafael Reyes, según reseña la crónica-.

El ejercicio de memoria de Osorio Lizarazo es fascinante. Él escribe en 1930 sobre 30 años antes y ahora esta investigación rescata ese escrito, más de cien años después del tiempo social establecido. La bohemia no solo es fundamental reconocerla a nivel cultural sino también a nivel urbano dado que, mientras los contertulios asistían a sus cafés para componer versos y burlarse un poco del tedio cotidiano, la ciudad se expandía paulatinamente, crecía hasta ser el gran escenario de estructuras arquitectónicas conocido por Osorio Lizarazo.

Creció, y sigue creciendo, hasta ser la metrópoli abrumadora que a diario recorreremos.

MATRIZ DE ANÁLISIS:

MEDIO DE PUBLICACIÓN Y FECHA: Publicado en Semana el 24 de abril de 1948- Recopilado en ‘Antología de grandes crónicas colombianas Tomo I’ por Daniel Samper Pizano.

TÍTULO: El 9 de abril de 1948- La noche quedó atrás.

AUTOR: Hernando Téllez.

JUICIOS VALORATIVOS: El título da cuenta de la profunda crisis vivida en Bogotá durante las dos semanas siguientes a la muerte de Jorge Eliécer Gaitán, caudillo Liberal, el 9 de abril de 1948. Se llevaron a cabo diversas sublevaciones que derivaron en acciones vandálicas; se resalta la quema de varios edificios y tranvías. Asimismo, la publicación del texto de Téllez se hace posible hasta el 24 de abril de 1948, producto de los desmanes en las calles capitalinas.

DESCRIPCIÓN DE LOS ACTORES:

Jorge Eliécer Gaitán: El personaje principal que se convierte en ‘mártir’. Es su muerte lo que desata la sublevación. Al momento de recibir los disparos, Gaitán estaba con otros tres compañeros del partido Liberal. La participación de él en el relato, más allá de la interpretación implícita de su figura en lo sucedido, se reduce a algunas horas que contextualizan el momento que atravesaba el líder liberal antes de su muerte: había ganado un caso como abogado en la madrugada del 9 de abril y salía a almorzar antes del deceso.

Juan Roa Sierra: Su participación en el relato es mínima pero fundamental: acciona el arma que asesina a Jorge Eliécer Gaitán y desata la ira de una buena parte de los bogotanos. La persecución dura poco pues la multitud logra atraparlo en la Droguería Granada, a tan solo pasos del sitio donde cometió el crimen. Su cuerpo es uno de los primeros que recibe la ira de los capitalinos que participaron en las revueltas. Roa Sierra logra ser identificado gracias a la perspicacia de un periodista que logra ver los documentos de identificación cuando el magnicida ya es un cadáver. De igual manera, el cronista da cuenta de quién era Juan Roa a partir de los testimonios de sus allegados.

Darío Echandía: Tiene un papel importante en la crónica dado que, con el deceso de Gaitán, queda como la cabeza visible del partido Liberal y decide entablar diálogos con el conservador Mariano Ospina Pérez, presidente en ese momento. Acompañado de otros líderes liberales como Alberto Lleras Camargo, Echandía se muestra en el relato como

alguien dispuesto a realizar cualquier tipo de vínculo político que prometiera el restablecimiento del orden en la ciudad, apuesta principal que acompaña los diversos escenarios recreados en el texto.

Mariano Ospina Pérez: Era el presidente de Colombia en el momento de El Bogotazo. Ospina Pérez busca el restablecimiento del orden invitando a una especie de ‘coalición de gobierno’ con los liberales. La primera gran acción que desata un dilema en el presidente es la renuncia a la que lo convocan. Finalmente desiste de ello y re-administra cargos en su gobierno de tal manera que se evidenciase un intento de equidad política.

FORMATO DEL TEXTO: Impreso en el libro recopilatorio de Daniel Samper Pizano.

RESEÑA DEL RELATO: La crónica da cuenta de los sucesos ocurridos durante y después de la muerte de Jorge Eliécer Gaitán a manos de Juan Roa Sierra, hecho que desata la ira de muchos bogotanos. El relato traza dos momentos paralelos: en uno, se da la búsqueda de soluciones a la insurrección capitalina por parte de las figuras políticas, y en otro, se narra lo que sucedía en la ciudad mientras avanzaba el caos a diversos escenarios y edificaciones. Todo transcurre en aproximadamente 16 días, aunque los hechos principales que se describen como “el más dramático trance de la normalidad al caos”, ocurren en una semana.

OBJETO DE REFERENCIA: La muerte de Jorge Eliécer Gaitán desató una ola de violencia que tuvo episodios críticos en Bogotá durante los días posteriores al 9 de abril de 1948.

PERSONAJES DEL RELATO:

Protagonistas: Jorge Eliécer Gaitán, quien aparece como ‘mártir’, pues su muerte desata la ola de caos en la ciudad. Darío Echandía y Mariano Ospina Pérez, liberal y conservador respectivamente, buscan la creación de un consenso político que estabilizara los ánimos en la ciudad. Junto con ellos, aparecen otros políticos como Alberto Lleras Camargo, Laureano Gómez, Germán Ocampo, Juan Lozano y Lozano; etc.

Antagonista: Juan Roa Sierra, el victimario de Gaitán y, paradójicamente, la primera víctima de la ira de la multitud que se conglomeró. Así mismo, la multitud se muestra como un grupo iracundo que solo deja destrucción a su paso. Ello, convierte la sublevación en un antagonista para Bogotá desde diversas nociones –política, estructural, económica- entendiendo a la capital como el escenario que acoge los acontecimientos y se ve destruida por ellos.

SUJETOS DE LA INFORMACIÓN: Hernando Téllez establece varias fuentes a las que consultó en el transcurso de los hechos. Por ejemplo, habló con Plinio Mendoza Neira, uno de los que presenció el tiroteo a Gaitán. Habló con María de Jesús Forero, esposa de Juan Roa Sierra, para construir el ‘retrato’ social del asesino. De igual manera, logró conseguir testimonios de quienes atendieron al líder liberal en el Hospital y, junto con la reconstrucción de los hechos, consiguió los nombres de todos los médicos que estuvieron presentes durante el intento de reanimación.

Dentro del relato también aparecen los medios de comunicación impresos y sonoros. La radio, según el texto de Téllez, cumplió labores de provocación en las multitudes iracundas, dado que alentaron a los desmanes e, implícitamente, alentaron a una revolución que decantó en episodios históricos de disturbio.

En cuanto al periódico, EL TIEMPO aparece como un medio que, al mando de Roberto García-Peña, hacía lo posible por transmitir la información que le llegaba desde las afueras. Sin embargo, la edición del periódico no pudo salir, por lo menos, en la semana donde la insurrección estuvo en su cumbre. García-Peña escribió una editorial que fue publicada en El Liberal, dirigido por Alberto Galindo, periódico que se ‘salvó’ de las principales catástrofes de la sublevación, siendo posible su publicación.

Otras tantas anécdotas no tienen un perfil testimonial concreto, como la muerte de algunos fotógrafos y militares, así como de agentes de la policía. Sucede lo mismo con las arengas en las que Téllez es enfático pues, al parecer, las voces secundadas por la multitud eran las que dirigían el accionar de la sublevación.

ACTORES DE ACTIVIDAD SOCIAL:

Los agentes de la Policía y los militares cumplieron una labor importante en el relato, dado que son quienes tratan de hacer frente a la multitud, buscando detenerlos y controlar el caos presente en Bogotá. Aquí, en estos personajes, existe la creación de una mitificación –incluso el subtítulo para mencionarlos es ‘Héroes’- dado que Téllez habla de ciertos soldados valientes que murieron “en el cumplimiento de su deber” y a los cuales se les ha rendido homenaje de diversas maneras.

La mitificación de la conglomeración bogotana es distinta, pues se evidencian como personas ansiosas de destrucción, de desahogo, de desastre. La cólera y otros tantos sentimientos negativos son los que guían a las personas que participaron de la insurrección. Sobre todo, aquel gentío adquiere cierta ‘sobrenaturalidad’, pues se armaban con cualquier artefacto que encontrasen y, aun así, eran capaces de doblegar a los frentes armados del estado.

Los políticos, como Echandía y Ospina Pérez, aparecen realizando diversas acciones diplomáticas en procura de evitar la continuidad del caos. Su papel reside en el cumplimiento de las leyes y la búsqueda de consensos, siempre bajo el manto de la ley.

GÉNERO INFORMATIVO: Crónica.

TIEMPO HISTÓRICO: 9 de abril de 1948

TIEMPO SOCIAL: 1948

TIEMPO EXISTENCIAL: Aproximadamente dos semanas.

ANÁLISIS DE “9 de abril de 1948- La noche quedó atrás”.

El texto de Hernando Téllez, al pertenecer al género de la crónica, utiliza elementos literarios que, en términos generales, dan cuenta de la devastación causada por las personas tras enterarse de la muerte de Jorge Eliécer Gaitán.

La narración de Téllez hace énfasis en los valores negativos que conllevaron la sublevación de los bogotanos. Dentro del texto se menciona la revolución como un concepto que, en teoría, dirigió las acciones desde el 9 de abril hasta el 16 de abril de 1948. Sin embargo, lo que se describe en la crónica se relaciona con la destrucción, los efectos coléricos del alcohol y otras sustancias, incluyendo los asaltos a diversos negocios y el robo de objetos que, finalmente, no responden a la búsqueda de una modificación en la estructura social.

“Las gentes tenían ansia de destruir. Era una incontenible fuerza devastadora, un ciclón”. La frase anterior es una de las que define con mayor precisión los términos usados por Téllez para definir la situación crítica desatada por los disparos de Juan Roa Sierra al cuerpo del caudillo liberal.

El ‘establecimiento del orden’ es la directriz básica con la que Téllez construye el hilo narrativo, pues el seguimiento a la ciudad y la destrucción de los edificios, los negocios, los medios de transporte y la conglomeración en diversos lugares clave –como el hospital en el que atendieron a Gaitán o la residencia del caudillo, donde fue enterrado-, va paralela a la reunión de los líderes políticos en la búsqueda de controlar la situación.

Téllez resalta la importancia de los personajes liberales y conservadores que, ante el panorama caótico de la capital, buscaron la consolidación de consensos que apuntaban al restablecimiento y ‘recuperación’ de la ‘patria’, entendida esta como la sociedad en sí, en la cual la Plaza de Bolívar, en ese momento, se convertía en un “campo de batalla”.

El cronista da nombres propios de edificios y zonas de la ciudad que se vieron completamente afectadas por El Bogotazo –término que Téllez no utiliza en su texto, pero que fue acogido para denominar los fatídicos días tras la muerte de Gaitán- dando cuenta del estado de la ciudad y la reconstrucción necesaria que se presentó en años posteriores.

Este es un punto clave para la investigación por dos puntos importantes. En primera instancia, Bogotá llega a convertirse en un personaje más del relato, quizá el más afectado con los desmanes y las confrontaciones. La capital no solo queda como escenario de tránsito de la sublevación sino que se identifica con características nominales; por ejemplo, los diversos edificios que sufren daños –o alcanzan a salvarse, como la sede de Semana, medio que publica la crónica 17 días después de la muerte de Gaitán- son parte de la ciudad, son ‘extremidades’ o zonas domesticadas que cumplen una función en el escenario de convivencia de los bogotanos. La importancia de los lugares, en el texto, confluye por dos vías: la primera, por la función específica del lugar (Edificio de Comunicaciones, por ejemplo, el cual es destruido) y la segunda, por el valor histórico social y el sentido de pertenencia que genera en los bogotanos o en el mero reconocimiento de la capital. Se señalan, por ejemplo, los “Edificios de la Avenida República”. La frase acentúa o le da importancia a la Avenida como un símbolo bogotano, más que a lo que pudiese encontrarse en las edificaciones aledañas.

En segunda instancia, El 9 de abril de 1948 significó un ‘antes y un después’ para Bogotá. No solo hubo una reconstrucción arquitectónica, sino que con ello se consolidaron diversas nociones y construcciones de sentido que derivaban de los nuevos espacios de tránsito. Empieza, por ejemplo, la ‘americanización’ de Bogotá, que implica la adquisición de tendencias extranjeras que se expresaban, principalmente, mediante aspectos culturales – música, lenguaje, vestimenta; entre otros-.

Así como se levantaron nuevas edificaciones, también se configuraron nuevas formas de domesticar los escenarios y de relacionarse con la ciudad y sus habitantes. Lo cierto es que

con el fallecimiento del líder político liberal se marcó un episodio tétrico en la historia de Bogotá. El mayor reconocimiento a este suceso es el monumento hecho a Jorge Eliécer Gaitán en la esquina en la que cayó tras los impactos de bala. Con este detalle simbólico perfectamente puede iniciarse una nueva forma de domesticación, pues el habitante capitalino hablará, durante mucho tiempo, de aquella esquina donde se conmemora la muerte del mítico líder liberal.

Puede ser un punto de referencia en muchos sentidos: geográfico, político, histórico, tradicional; este último punto ayuda en el trazo de la idiosincrasia bogotana ‘pos Bogotazo’, pues no hay un 9 de abril – en términos generales- en el que no se recuerde el hecho.

Junto con el mito de Gaitán –un solo hombre, con su muerte, levantó a miles de bogotanos y desató olas de violencia en zonas rurales colombianas-, aparecen otros tantos hechos ‘heroicos’ que van más allá de la labor de militares o policías, a quienes se les reconoce, literalmente, como héroes en el relato. Cuando se habla del tránsito por la ciudad de los políticos que se movilizaban de un lugar a otro, se presenta un término bastante particular e ‘impropio’ de seres humanos comunes: ‘Esquivar la bala’. Cuando los políticos transitan por Bogotá en aquella época de caos tienen que esconderse, escabullirse, encontrar refugios de pausa y proseguir con velocidad para no ser alcanzado por las armas de fuego o las revueltas ciudadanas. Los valores que priman en este accionar se relacionan con la valentía, la gallardía, en última instancia, el heroísmo.

Téllez narra, cronológicamente, lo que sucede durante la semana fatídica y establece varios puntos conexos en el relato. Por ejemplo, habla del estado de los edificios que albergaban medios de comunicación como El Siglo y El Tiempo y la importancia que tuvo el palacio presidencial en las diversas reuniones entre políticos liberales y conservadores. También, el palacio como punto de referencia en la ciudad toma un papel protagónico dado que en su entrada, a manera simbólica, dejan el cadáver de Juan Roa Sierra, el asesino de Gaitán, durante dos días.

Entre los nombres propios y algunas anécdotas de los capitalinos, el relato de Téllez cierra con una especie de alianza entre Mariano Ospina Pérez –presidente en su momento- y Darío Echandía, cabeza visible del partido Liberal tras la caída de Gaitán al pavimento. Así mismo, relata que el entierro del caudillo se llevó a cabo después de la agitación, el martes 20 de abril

de 1948. Sin duda alguna, según Téllez, hubo una conglomeración sorprendente de simpatizantes de Gaitán, quien fue enterrado en la sala de su casa.

De allí que la residencia de Jorge Eliécer se haya transformado en un museo y haya modificado los valores estructurales e interpretativos de su lugar en la ciudad. Desde ese momento, hasta hoy, dejó de ser una simple residencia bogotana.

MATRIZ DE ANÁLISIS:

MEDIO DE PUBLICACIÓN Y FECHA: Publicado en la antología ‘Elogio de las alturas’ en 2017. Inédito.

TÍTULO: La calle para el que la camina

AUTOR: Antonio Morales Riveira

JUICIOS VALORATIVOS: Uno de los aspectos principales de la ciudad es el espacio público de convivencia, de consigna de diversos vínculos con otros actores o con el escenario mismo. La calle, el andén, la avenida; varios son los puntos de la ciudad en los cuales la domesticación puede presentarse. El caminar por la calle puede considerarse un acto de mayores proporciones que el mero tránsito ciudadano.

DESCRIPCIÓN DE LOS ACTORES:

La ciudad: Bogotá se convierte en el protagonista del relato. La crónica describe el cúmulo de actitudes y elementos que componen el espacio público en la ciudad. Pero no solo ello, pues repasa y da diversos argumentos de por qué Bogotá puede considerarse en ese momento –que es a la vez atemporal: pertenece a diversas lecturas de la realidad- como un conglomerado de agitaciones y desesperos. En definitiva para esta crónica la ciudad ya ha crecido de manera abismal.

La historia: Es fundamental que, acorde al discurso de las nuevas realidades urbanas, también se piense cuál ha sido el papel de las consignas históricas en las modificaciones de Bogotá, qué nos dice la historia sobre los nuevos comportamientos en los espacios y, sobre todo, hasta qué punto es necesario rememorar para encontrar la inflexión en el proceso de crecimiento como espacio de hábitat pero no como espacio de convivencia.

FORMATO DEL TEXTO: Impreso en el libro recopilatorio de Elogio de las alturas.

RESEÑA DEL RELATO: Las complejidades del espacio público reciente de la ciudad quedan al descubierto en la descripción de la crónica: las dificultades para caminar; el tránsito inerte de los ciudadanos; la conglomeración de multitudes en pequeños espacios que no son acordes al volumen de gente y la verdadera importancia de las ciudades en la consolidación de la historia y los relatos que acompañan a las sociedades, que las une, que las vincula.

OBJETO DE REFERENCIA: Las realidades urbanas del tránsito por los espacios públicos.

PERSONAJES DEL RELATO:

Protagonistas: Cualquier bogotano que se aventure a caminar por su ciudad, a reconocer sus espacios, a aprehender de los escenarios que recorra, a vincularse con los sitios históricos de la capital. En el inicio del relato, incluso, Morales Riveira le habla a un ‘usted’ que no es más que cualquier lector.

Antagonista: La ciudad en su máxima expresión, en este caso, es su propia némesis: y no se habla tanto de particularidades arquitectónicas ni de sobrepoblación, no se enfatiza en la desconexión de las relaciones sociales entre habitantes de la capital y también entre los ciudadanos y su territorio; es un todo, una Bogotá que, probablemente, tenga dificultades hace mucho tiempo para soportarse.

GÉNERO INFORMATIVO: Crónica.

TIEMPO HISTÓRICO: Se establece, por lo menos, que el tiempo de evolución de lo narrado data desde 1949.

TIEMPO SOCIAL: Segunda mitad del siglo XX y siglo XXI.

TIEMPO EXISTENCIAL: Permanencia infinita, dado que hace alusión a una situación cotidiana que puede ocurrir en cualquier momento.

ANÁLISIS DE “La calle para el que la camina”

Es una crónica de ‘viaje’, de tránsito por la ciudad. En definitiva, Morales Riveira establece su relato en una época álgida para Bogotá trazada por varios elementos: muchas personas, muchos espacios acomodados con complejidad para los ciudadanos, ausencia de sociabilidad y consolidación de nociones un tanto individuales, que rozan con la completa austeridad.

El espacio público, entonces, es el momento clave tanto de la crónica como de la realidad social evidenciada: es allí, en el encuentro con el otro, que se establecen los primeros vínculos

–pasos de gigante- con la ciudad. El primer acercamiento con quien convivimos establecerá las bases para domesticar la ciudad, los espacios, al reconocer estos como ese sitio compartido, ese lugar que se convierte en escenario común de relatos, narraciones y discursos que consolidan las nociones, en este caso, de los bogotanos.

Sin embargo los elementos entrelazados no producen mayor sosiego entre los transeúntes. Así mismo, Morales Riveira establece un aparte fundamental: *“En Bogotá se ha cometido una gran equivocación: la historia de las ciudades no las hacen los gobernantes sino las gentes en los espacios públicos. La memoria y la identidad nacen del uso cotidiano y espontáneo del patrimonio común”* (Morales Riveira, 2017; pg. 114)

‘Identidad’ y ‘Memoria’, son dos palabras clave que Morales conecta para dar cuenta qué características son las que, finalmente, terminan cohesionando una ciudad en toda su integralidad. La importancia de la ciudad, en este caso, va mucho más allá de la travesía relatada por el cronista: la ciudad en sí tiene la capacidad para construir costumbres, memoria, tradiciones y configuraciones que permitan, entre otras cosas, apuntar a la domesticación de los espacios.

Aunque se trata de un relato inédito hasta la aparición en el libro, Morales Riveira propone algunas claves para comprender a nivel temporal a qué hace referencia.

En primera instancia se menciona el 9 de abril de 1948. Para el cronista esta fecha –la muerte de Gaitán y el desencadenamiento de El Bogotazo- fue de modificaciones sustanciales desde todos los escenarios tanto para la ciudad como para el país. Se modificaron comportamientos, significados y espacios urbanos. Tras ello o, más bien, a causa de lo planeado para ‘reformular’ la ciudad tras el desastre de mitad de siglo, empezó el desvanecimiento del equilibrio citadino: a mayor población menor espacio de convivencia; a mayor gente en tránsito menores escenarios públicos de encuentro.

La cita mencionada en párrafos anteriores, por ejemplo, hace alusión al ‘quehacer’ de la historia en la consolidación de las ciudades. Y, sobre todo, resalta que somos nosotros, como ciudadanos, quienes construimos y revitalizamos los espacios urbanos de vinculación y convivencia, ligados completamente a la memoria- los relatos de las ciudades en cuanto a

costumbres y tradiciones permiten la adaptación, modificación, desaparición o pervivencia de actitudes y nociones.

Ahora bien, el ‘problema denunciado’ por el cronista no reside en una época silenciosa del siglo XX. No es que, de manera tajante, el paso de las décadas derrumbó las dificultades de convivencia en la ciudad, dado que Morales Riveira se adentra en el siglo XXI para dar cuenta que, en la actualidad, estamos en la cumbre de algunas problemáticas urbanas, sociales, culturales e identitarias.

Puede que la crónica no establezca lapsos de tiempo específicos y que su fecha de publicación tampoco dé muchas pistas, pero finalmente el relato responde a las inquietudes de la investigación: qué somos y qué hemos sido como ciudad.

MATRIZ DE ANÁLISIS:

MEDIO DE PUBLICACIÓN Y FECHA: Publicado en la antología ‘Elogio de las alturas’ en 2017- publicado en ‘Guía de Bogotá’ sin fecha.

TÍTULO: Elogio de las alturas.

AUTOR: Antonio Morales Riveira

JUICIOS VALORATIVOS: El título presenta una visión de Bogotá desde ‘lo alto’, desde arriba, viendo la metrópoli desde el esplendor de una superficie, destacando sus matices, sus virtudes y defectos. Un vistazo panorámico de la capital.

DESCRIPCIÓN DE LOS ACTORES:

La ciudad: En las crónicas de Morales Riveira la ciudad acoge un papel protagónico bastante particular. Una tendencia que empezó a evidenciarse en los diversos relatos de la segunda mitad del siglo XX y que pervive, quizá, hasta nuestros días. Los espacios de la ciudad y los acontecimientos, las narraciones y los significados urbanos son, finalmente, lo que conectan a la ciudad con quien la habita, la transita, se vincula.

FORMATO DEL TEXTO: Impreso en el libro recopilatorio de Elogio de las alturas.

RESEÑA DEL RELATO: Antonio Morales realiza una exploración de la ciudad que, de algún modo, atraviesa temporalmente diversos escenarios: pueden aparecer los resquicios coloniales de La Candelaria o los sitios de rumba en Bogotá –puede ser tanto Chapinero como la Calle 85-; puede hablar de las costumbres de finales de siglo así como de las nuevas tendencias que acogen a los bogotanos y que a nuestros días todavía perduran, probablemente con algunas modificaciones. Bogotá, en esta crónica, es una especie de metarrelato infinito de sí misma.

OBJETO DE REFERENCIA: Las convergencias y diversos escenarios que se entrelazan para formar la idiosincrasia de Bogotá a nivel urbano y cultural.

PERSONAJES DEL RELATO:

Protagonistas: La ciudad aparece repleta de matices, por ello, es protagonista y antagonista al tiempo: los espacios se establecen con precisión pero a la vez se da cuenta de los volubles cambios a los que son sometidas las creencias, las nociones y las vinculaciones con el escenario urbano. Ciertos contrastes se evidencian como marcados, existentes y completamente visibles, pero a pesar de las modificaciones drásticas que se pueden percibir en el tránsito de un espacio a otro, Bogotá se compone en esencia de ello desde los cimientos de su historia.

GÉNERO INFORMATIVO: Crónica.

TIEMPO HISTÓRICO: La ciudad, tal cual se narra en la crónica, se ‘comporta’ de esa manera desde, aproximadamente, los años 70.

TIEMPO SOCIAL: Segunda mitad del siglo XX y siglo XXI.

TIEMPO EXISTENCIAL: Décadas finales del siglo XX, momento desde el cual la ciudad adquiere los matices intrínsecos que componen su relación con el habitante urbano.

ANÁLISIS DE “Elogio de las alturas”

Morales Riveira es enfático en denominar a la ciudad desde los primeros apartes de la crónica con un término más que preciso para poder hablar de la Bogotá de los años 70 hasta nuestros días: *“Son precisamente sus habitantes la clave para entender por qué Bogotá no solo seduce en el silencio de su pasado y el alboroto de su contemporaneidad, sino en cierta atemporalidad en evolución”* (Morales, 2017; pg.127)

Esas modificaciones desde lo atemporal acentúan el comportamiento de Bogotá tras la adopción de diversas tendencias extranjeras a nivel nacional e internacional: el pasillo o la música de cuerda en sí empieza a relegarse de a poco – a volverse ‘música de los papás y abuelos’- para dar paso a otros ritmos que incentivaron el baile más allá del jazz o el vals, como la salsa, el rock, la música tropical y otros tantos sonidos que se conglomeraron en la

ciudad para empezar a crear los visos de diversidad y significación que, a día de hoy, prácticamente trazan el punto de partida de la idiosincrasia bogotana.

El cronista también rescata la confluencia de lugares de otros tiempos en un mismo escenario: todavía sobrevivían –en ese momento- algunos cafés literarios de las primeras décadas del siglo XX, pero también aparecen los billares, bolos y clubes de otros deportes a mediados de ese siglo y, sumado a ello, empiezan a proliferarse los lugares de encuentro de otro tipo en las décadas de los 60, sitios en donde primaba la rumba, la amistad y otros tantos valores idiosincráticos que sacudieron a Bogotá en los años posteriores a El Bogotazo y a las otras formas críticas dentro del panorama político –Rojas Pinilla, Frente Nacional, formación de grupos subversivos; etc.-.

Bogotá, según la describe Morales Riveira, es un conglomerado de muchas tendencias y muchas nociones de sentido en un mismo espacio, ¿problema o virtud? La narración toma varios giros y, aunque no ‘saca por la tangente’ esa discusión, demuestra cómo cada espacio se ha construido a partir de los vínculos urbanos y la creación de actitudes y formas correspondientes a cada espacio- Morales, por ejemplo, narra en otra crónica la pasión por la salsa que en su juventud, años 60 y 70, lo llevaba cada viernes a los sitios en los cuales podía desfogarse bailando. Otros más asistían a espectáculos de rock y otro grupo, seguramente, buscaría quedarse en casa escuchando radio o los primeros vestigios de la ‘música para planchar’.

Esta crónica resulta fascinante para conocer a Bogotá desde un punto de vista panorámico, encima de todo, desde las alturas –como reza el título del relato-. La ciudad se compone, según Morales, de aquella ‘atemporalidad’ que funciona como una urdimbre en la cual se cruzan los diversos pensamientos, las acciones y las relaciones socio- culturales que derivan en el vínculo con la capital.

Importantísimo lo que Morales resalta del discurso presente en la vestimenta –aspecto que vino a cobrar relevancia social desde los años 70-: *“En las últimas décadas el tradicional tono oscuro, el gris de vestir, le ha dado paso a un variopinto universo de colores. Aunque las ruanas y las gabardinas todavía andan maravillosamente por ahí, las gamas de rojo, el azul o el amarillo han invadido las calles. La influencia del jipismo y de las culturas indígenas hizo que los jóvenes asumieran un modo de vestir (...) posmoderno, alternativo”*

(Morales, 2017; pg. 127) En definitiva, el aspecto de la forma de vestir tomó parte fundamental en la construcción idiosincrática de los jóvenes y, de nuevo, se resalta el gran ‘metarrelato bogotano’, pues esta tendencia en sí mantiene vigente otro tipo de vestidos como el gris tradicional y las ruanas.

Es una crónica pertinente a la investigación porque busca dar idea, desde la detección y la observación de la conducta humana, de la composición de Bogotá desde todas sus aristas: como ciudad, como capital, como epicentro, como escenario urbano, como espacio de convivencia, como un hábitat compuesto de innumerables relatos que, paulatinamente, se pueden ir modificando. Aunque la mayoría perviven.

“De norte a sur de la ciudad, salvo el centro histórico aceptablemente conservado, se han mezclado caprichosamente todos los estilos arquitectónicos” (Morales, 2017; pg. 129) El cronista no pudo haberlo dicho mejor: Hasta en los niveles arquitectónicos, hasta en el paisaje urbanístico, Bogotá se compone de diversos elementos conglomerados tímidamente en un mismo escenario. Y no es tan descabellado lo que plantea: cerca de la Plaza de Bolívar está el barrio La Candelaria, con sus casas coloniales de techo todavía rojizo y sobria arquitectura, y también están los enormes edificios, los grandes pasajes comerciales y las tiendas de licores, de ropa y de artesanías quizá impuestas en procura del turismo, también creciente en Bogotá durante las últimas décadas.

Frente a la enormidad de la Torre Colpatria está una pequeña residencia de arquitectura colonial, todavía con el marco de madera de sus puertas intacto. Y además alberga un McDonalds.

Termina Morales haciendo alusión a la dualidad de Bogotá: ser a la vez el protagonista y el antagonista no tanto de la crónica como de su propia historia de ciudad. *“Temerosa de sí misma, fortín de diletantes y enfermos de la erudición y la retórica (...) Baja de estatura y sensual, ciudad mujercita marginal. Tan llena de aguaceros y de amores que los líquidos no caben en sus calles (...) ciudad iconoclasta, ciudad mercado y cruce de caminos, burgo que no deja de mirar hacia la risa”* (Morales, 2017; pg. 131)

MATRIZ DE ANÁLISIS:

MEDIO DE PUBLICACIÓN Y FECHA: Publicado en La Prensa el 3 de enero de 1989- Recopilado en la Antología ‘Zoológicos urbanos: historias mutantes de Rafael Chaparro Madiedo’.

TÍTULO: Siete veces Séptima.

AUTOR: Rafael Chaparro Madiedo.

JUICIOS VALORATIVOS: Desde el inicio de la crónica se ofrece una travesía urbana por uno de los espacios más simbólicos de la capital: La carrera Séptima. La narrativa y el estilo de Chaparro crean un fascinante imaginario sobre qué clase de relato presenciara el lector.

DESCRIPCIÓN DE LOS ACTORES:

La carrera Séptima: Es el espacio de encuentro de los ciudadanos con el tiempo de fin de año. Chaparro describe con genialidad y precisión lo que sucede en un tránsito breve por esta avenida, lo que se ve, lo que huele y lo que se come; una descripción concisa de Bogotá expresada en uno de sus escenarios tradicionales y, también, uno de los que más se ha modificado con el paso de los años.

La gente: Parece obvio que hablar de la ciudad es hablar de la gente, sin embargo, en los relatos de Chaparro los habitantes y transeúntes capitalinos recobran una sustancial importancia, pues es a través de ellos que las diversas consecuencias de habitar y recorrer la ciudad se dan a conocer.

FORMATO DEL TEXTO: Impreso en el libro recopilatorio de Zoológicos Urbanos.

RESEÑA DEL RELATO: El paseo por Bogotá inicia en un bus, el cual inunda con smog todos los rincones de una capital que se conglomerada sobre la carrera Séptima. Adentrarse en esta avenida es cruzarse –o sentirse atropellado, según las sensaciones del relato- por las diversas tendencias culturales y sociales, además del clima lluvioso que siempre acompaña los relatos de Chaparro Madiedo- sobre todo porque es la lluvia intermitente e impredecible la que acompaña el acontecer cotidiano de la ciudad.

OBJETO DE REFERENCIA: Un recorrido por la carrera Séptima que deja al descubierto las características principales de la idiosincrasia de Bogotá.

PERSONAJES DEL RELATO:

Protagonistas: La carrera Séptima actúa como un escenario protagónico dado que alberga todo lo que ve el cronista: la reseña de las referencias populares y el cúmulo de guiños a la cultura local con el intento de mezcla con los aspectos y las tendencias extranjeras. Otros tanto objetos cobran protagonismo en esta crónica como los buses y su ‘dosis’ de smog a la ciudad y las personas y la consolidación de sus hábitos al transitar por la Séptima.

Antagonista: Así como Morales Riveira, la ciudad aquí toma contrastes: es a la vez verdugo y víctima de sus propios inventos. Sin embargo, sobrevive a pesar de sí misma y se adapta los propios cambios que produce.

GÉNERO INFORMATIVO: Crónica.

TIEMPO HISTÓRICO: La ciudad en víspera del inicio de los años 90.

TIEMPO SOCIAL: Últimas décadas del siglo XX. La ciudad se configuraba de a poco para el siglo XXI.

TIEMPO EXISTENCIAL: Final del año de 1989; un diciembre sobre la carrera Séptima.

ANÁLISIS DE “Siete veces Séptima”

Chaparro Madiedo tiene un ingenio particular que le permite consolidar varios elementos en un mismo relato que jamás pierde el tinte cotidiano. La aparición de los buses y el smog es un tema de discusión que apenas empieza a plantearse a finales del siglo XX, por lo cual puede considerarse este aspecto medioambiental como algo novedoso en los relatos de la ciudad.

Así mismo, el cronista evidencia que la lluvia es el clima insigne de Bogotá, por lo menos en la crónica. Un clima que, al ser considerado como poco festivo, disipa la posible alegría que

los transeúntes pudiesen adquirir en un recorrido insomne por la Séptima. Así como en los relatos de Morales Riveira –en los cuales la ubicación temporal puede establecerse en la segunda mitad del siglo XX-, la conglomeración de personas es un aspecto relevante para hablar de Bogotá: una población creciente que, cada vez, resalta con ahínco la noción de epicentro de la ciudad.

Sin duda alguna uno de los principales elementos de la crónica es el uso y mezcla de referencias culturales: para Chaparro Madiedo, John Lennon está al lado de las Hermanitas Calle seguramente en una tienda de discos. Una realidad inherente a la Bogotá actual, en la cual es posible encontrar todo tipo de expresiones artísticas de diversos lugares del mundo. Así mismo –con una simpatía sin precedentes- el cronista compara a Batman con Condorito, dos ‘héroes’ de distintos contextos pero unidos por pertenecer al ámbito cultural- gráfico de las historietas.

Es muy particular que a Yayita –la novia de Condorito en las historias- y a Batichica –la compañera de Batman en sus historias- las ubique en un sitio denominado ‘solo kukos’. Más allá del humor que esto puede causar, da cuenta de los negocios tradicionales que se adscribieron a la idiosincrasia bogotana a modo de ‘remates’, es decir, sitios en los cuales los productos son de bajo costo y, por supuesto, al alcance de cualquier habitante de la ciudad. Estas son nociones de comercio que aún se mantienen vigentes en la capital, especialmente en la carrera Séptima, donde hay bastantes ‘baratillos’.

Las diversas alusiones a la cultura popular heterogénea evidencian la conglomeración de sentidos existente en Bogotá. Y si esto se produce en la carrera Séptima como lugar representativo de la ciudad, de alguna manera marcará la idiosincrasia del habitante de la capital o por lo menos del transeúnte que detecte las dinámicas ejercidas a su alrededor.

Hablar de buses y busetas es propio de aquel tiempo, de los años 80, pues antes quizá los tranvías dominaban las narraciones urbanas a nivel de transporte público. Sin embargo, hoy en día los buses y busetas desaparecen paulatinamente y se da paso al Transmilenio o a los colectivos del Sistema Integrado de Transporte Público –SITP-.

Otro aparte interesante es explorar la visión del turismo en Bogotá. Según lo relatado por Chaparro Madiedo, varios son los turistas ‘gringos’ que acuden a la capital y son reconocidos

no tanto por sus rasgos fenotípicos como por su particular vestimenta: cuenta el cronista que los extranjeros continúan en camiseta y pantaloneta a pesar de los climas helados que abundan en la ciudad, lo que somete a reflexión aquella visión del trópico que se tiene sobre Colombia.

Paradójicamente, un país conocido por sus climas cálidos y su cercanía a los mares –así maneje todo tipo de pisos térmicos- tiene como capital un territorio envuelto en cordilleras donde llueve y hace frío con la misma intermitencia con la que hace calor.

Es preciso decir que lo descrito por Chaparro no difiere mucho con un recorrido cotidiano por la Séptima en la actualidad. Aún hay diversos negocios en los que se venden todo tipo de artículos y a todo tipo de precios, todavía hay extranjeros que visitan la capital con atuendos propicios para las playas o territorios más cálidos, aún hay conglomeraciones de personas que transitan por este espacio icónico de la ciudad y todavía las nociones culturales pueden revitalizarse con Batman, Condorito, John Lennon o las Hermanitas Calle sin diferencia.

Y todavía llueve.

MATRIZ DE ANÁLISIS:

MEDIO DE PUBLICACIÓN Y FECHA: Publicado en La Prensa el 12 de marzo de 1989- recopilado en la antología ‘Zoológicos urbanos: historias mutantes de Rafael Chaparro Madiedo’

TÍTULO: Chicha, cerveza y adobe.

AUTOR: Rafael Chaparro Madiedo.

JUICIOS VALORATIVOS: El título de la crónica se compone de tres de los elementos principales que, en el relato, pertenecen a un barrio tradicional de la capital que quedó en una especie de limbo, pues no pertenece con exactitud a la Bogotá colonial pero tampoco a la Bogotá poscolonial por sus características. Es el barrio La Perseverancia, uno de los primeros rincones obreros de la ciudad.

DESCRIPCIÓN DE LOS ACTORES:

Leo Kopp: Al fundar la cervecería Bavaria, este alemán decidió que necesita obreros campesinos para que trabajaran en la producción de cerveza. Por ello los ubicó en el barrio La Perseverancia, el cual se ubicaba en cercanías a la fábrica de licor. Hoy en día el barrio aún existe.

Los obreros: Lo fundamental del relato se da en la fundación de un barrio por y para los obreros, para los trabajadores. Ellos mismos, dice la crónica, construyeron sus casas, habituaron sus costumbres e incluso mantuvieron el nombre –La Perseverancia- que pensaba ser cambiado.

FORMATO DEL TEXTO: Impreso en el libro recopilatorio de Zoológicos urbanos.

RESEÑA DEL RELATO: Chaparro Madiedo hace un repaso por la historia del barrio La Perseverancia, ubicado en las inmediaciones del Museo Nacional y la Plaza de toros de Bogotá. Cuenta cómo y con qué propósito se consolidó un barrio obrero, algunas anécdotas de su fundación y la batalla por la supervivencia de este tradicional sector que permanece vigente desde el principio del siglo XX.

OBJETO DE REFERENCIA: La historia de unos de los primeros barrios obreros en Bogotá que se mantiene vigente.

PERSONAJES DEL RELATO:

Protagonistas: Al resaltar la cultura y las tradiciones habituales de los trabajadores que habitaron La Perseverancia se evidencia la importancia del barrio como un punto icónico que ha sido testigo del tránsito de la historia de la capital. Estos obreros, quienes por mucho tiempo participaron en la elaboración de cerveza de Bavaria, son los protagonistas no solo del relato sino de la historia misma de la ciudad. No hay antagonismos o alguien o algo en específico que cause malestares coyunturales en la narración.

GÉNERO INFORMATIVO: Crónica.

TIEMPO HISTÓRICO: Principios del siglo XX y transcurso del mismo hasta los años 50.

TIEMPO SOCIAL: Un vistazo transversal del siglo XX por completo.

TIEMPO EXISTENCIAL: Aproximadamente 80 o 90 años.

ANÁLISIS DE “Chicha, cerveza y adobe”

Rafael Chaparro Madiedo realiza un ejercicio de memoria parecido al hecho por Osorio Lizarazo con los bohemios de principios de siglo, dado que explora los orígenes del barrio La Perseverancia y, mediante la narración crece y va tomando forma el sector mencionado, se revela la importancia de uno de los escenarios obreros de la ciudad que han sobrevivido a pesar de las dificultades –como El Bogotazo- y las muchas modificaciones a las que se ha sometido Bogotá; si bien este barrio ya no es propiamente obrero y mucho menos se ubican allí trabajadores de Bavaria, en la actualidad es reconocido por su historia.

Esto es un punto interesante de analizar, dado que el barrio realmente vive de su historia y de los acontecimientos entrelazados con el paso del tiempo. Sí existe una especie de memoria histórica que siempre ubicara La Perseverancia en sus orígenes con mayor precisión que el

panorama actual del sector –es un barrio popular común, reconocido quizá por su plaza de mercado-.

El cronista también revela varios puntos de un tema imprescindible de la idiosincrasia tanto de la ciudad como del país: el licor y la vinculación social mediante el consumo étílico. Al mencionar la chicha y la cerveza en el título lo hace porque uno fue la antítesis del otro en materia de licores. A la chicha se le culpó, entre otras cosas, de ser la que propició –por los estados alucinatorios- los desmanes de El Bogotazo. Esto la prohibió y dio paso a la cerveza como bebida tradicional popular, dejando también en el aire ese sinsabor comercial y de competencia empresarial, ¿sería verdad que la chicha provocaba los mayores malestares sociales, o fue una estrategia para impulsar la cerveza?

Pues bien, el cronista no se detiene en estos polémicos detalles y continúa su relato por la historia de La Perseverancia. Da cuenta de que el barrio en verdad es obrero desde sus cimientos, pues fueron los mismos trabajadores quienes construyeron y conservaron sus hogares mientras Bavaria funcionaba en las cercanías. También, el adobe proviene de la anterior ‘primicia’ del sector, pues antes del arribo de la cervecería en ese espacio se producía adobe en cantidades volubles. Ello desapareció poco a poco con el auge del sector residencial obrero.

El cronista da cuenta del aspecto del barrio en su momento -1989- y propone una reflexión para esta investigación, ¿cuál es el aspecto de La Perseverancia en la actualidad? Bueno, pues continúa denominándose así, continúa con habitantes populares en sus viviendas que, eso sí, en su mayoría han sido mejoradas conforme el transcurso del tiempo. Una plaza de mercado es el aspecto más relevante del sector aunque se sigue viviendo de los relatos históricos en los cuales nunca falta la chicha, la cerveza y el adobe, tres elementos que construyeron los primeros significados de un espacio todavía vigente de la ciudad. Modificado, sí, pero vivo aún.

BREVES CONSIDERACIONES

El análisis de estas crónicas fue el eje fundamental de la investigación, dado que a partir del reconocimiento de los elementos de los relatos fue posible hacer una comparación con la realidad actual de los espacios narrados.

Las modificaciones encontradas fueron innumerables. No hay un solo espacio, práctica o costumbre narrada que no se haya transformado a partir del contexto que establecían los cambios en la capital con el paso del tiempo. Sin embargo, todavía hay aspectos a resaltar que continúan vigentes, entre ellos, el barrio La Perseverancia, los elementos que se narraron en un breve trayecto de la carrera Séptima y la multiplicidad de voces, relatos y nociones que expuso Morales Riveira en su Elogio de las alturas.

Empero, otros espacios sí desaparecieron o su transformación fue tan drástica que, prácticamente, solo existen en el rescate de la memoria. Por ejemplo, al pasar en la actualidad por el Parque Santander no hay fotógrafos como la docena o más que exponía Ximénez en sus crónicas. Sí existen algunos ‘pescadores de imágenes’ en la Plaza de Bolívar y sus alrededores, pero no en el espacio mencionado en la crónica. De hecho, si alguien quiere capturar una foto en el Santander, solo debe accionar su celular. Este es uno de los aparatos principales que bordean la cotidianidad del siglo XXI dado que ofrece servicios de comunicación y, entre otras tantas funciones, reemplaza a las cámaras fotográficas de algún modo, o por lo menos vuelve más práctico el acto de capturar momentos.

Los cafés de la bohemia han desaparecido. Ninguno de los mencionados por Osorio Lizarazo existe. Hubo un segundo aire de la tertulia literaria en los años 40, pero también desapareció paulatinamente. Hoy en día hay otros escenarios bohemios que ofrecen otro tipo de elementos o características quizá no tan acordes a aquellas reuniones étlicas de poetas y otros artistas. Sin embargo, es cierto que las tiendas de venta de café continúan siendo puntos de encuentro y de referencia para los habitantes capitalinos. Finalmente, a este espacio – como a muchos otros- lo modificaron las circunstancias dinámicas de los habitantes, las nuevas demandas o las nuevas peticiones idiosincráticas.

El elemento principal de la crónica de Hernando Téllez –y, sin duda alguna, de todos los relatos analizados- es el rescate y la recuperación de la memoria. No es posible buscar elementos urbanos similares en la Bogotá actual a los que narra Téllez–tranvías incendiándose, tiendas siendo asaltadas, cuerpos por doquier en la Plaza de Bolívar-, pero sí es posible encontrar resquicios simbólicos de este lamentable episodio capitalino.

Para bien o para mal El Bogotazo, desatado por la muerte del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán, marcó un punto de inflexión histórica, social, cultural, urbana y política en la capital. Bogotá no fue la misma y, a pesar de que su historia muestra que siempre ha estado en constante cambio y se mantendrá en movimiento durante mucho tiempo, en la segunda mitad del siglo XX las transformaciones idiosincráticas tuvieron mayor connotación incluso a nivel nacional e internacional –el turismo no era el aspecto más fuerte de la Bogotá de principios del siglo XX, como sí lo fue en la Bogotá de los años 90 y de la actualidad, por ejemplo.

Este ejercicio de aproximación a la memoria de la ciudad enriquece el significado que de Bogotá tienen quienes la transitan. Sabemos, ahora, que no estamos pasando meramente por rincones etéreos de la ciudad, sino que recorreremos una y otra vez la historia que no se detiene, que se transforma, que a veces desaparece pero que es esencial recordar.

CONCLUSIONES FINALES

La crónica urbana periodística puede considerarse como un documento histórico de consulta y comparación en cuanto narra una ciudad pasada, acontecimientos lejanos – principalmente- en los cuales los sucesos están ligados a lugares de los territorios que resultan ser puntos clave para la buena interpretación y el análisis de las nociones y los modos de vida de un punto específico temporal de la historia. Gracias a la (re)lectura de las narraciones desde el género de la crónica fue posible encontrar similitudes, divergencias, ausencias o discrepancias de lo relatado por los cronistas con la Bogotá que se puede transitar en la actualidad.

Se evidenció que la mayoría de elementos tuvieron una profunda transformación más que una desaparición; sin embargo, esto posee todavía mayor peso para la investigación, dado que la modificación de los lugares modifica a la par las conductas, los comportamientos y la idiosincrasia en sí de todos aquellos que conviven en el territorio. No solo pasa con los elementos de la ciudad sino que, más bien, se conjuga con estos: la música, las tendencias, el lenguaje y la construcción de diversas ritualidades se legitiman o cobran relevancia en cuanto el escenario urbano, testigo principal de estos aspectos, permite su desarrollo.

Por otro lado, aunque no desaparecieron los lugares sí desaparecieron varias costumbres. En sí, el café o los sitios de encuentro para charlar con la compañía de un café perviven en la capital, continúan con una vigencia un tanto aceptable. Aun así, la época de la bohemia de principios del siglo XX –tal cual como se relató en las crónicas- de alguna manera desapareció y ha tratado de ‘revivirse’, cuanto menos, con un ejercicio de memoria en el cual este movimiento artístico y político de la ciudad obtenga su merecido lugar en la historia capitalina.

Otras situaciones, como el asunto de los arrabales y las condiciones de los lugares periféricos de la ciudad, han permanecido en el tiempo e, inclusive, es probable que sean características fundamentales en la estructuración idiosincrática de Bogotá. Una crónica presentada en esta investigación narraba lo visto por el periodista en un barrio de invasión en 1939. Hoy, 2018, es posible encontrar aquella descripción cercana a nuestra realidad dado

que todavía existe una notoria desigualdad en lugares de la capital que se trazan desde lo arquitectónico para derivar en otros tantos elementos como los servicios públicos, la seguridad, el aspecto de salubridad, la consolidación de espacios públicos transitables; etc.

Más allá del reconocimiento de elementos de la ciudad, se puede establecer que un riguroso vistazo a la prensa del pasado puede servir como ‘lente’ para recrear con mayor detenimiento las épocas anteriores de un territorio, en este caso, de Bogotá. Gracias a las consignas y la relatoría cotidiana de la prensa masiva fue posible encontrar los distintos rostros de la capital presentados en la investigación, a través de los relatos de testigos presenciales de los sucesos quienes, en su mayoría, ya han fallecido –solo Antonio Morales Riveira continúa vivo.

La indagación de aspectos históricos de Bogotá puede configurar un ejercicio de aprendizaje a través de una actividad tan cotidiana que se ha banalizado no solo en la ciudad sino, quizá, en todos los lugares a lo largo de la historia: caminar. El tránsito por la capital permitirá detectar elementos que, en primera instancia, configurarán la idiosincrasia establecida en la actualidad, la que aprehendemos y adaptamos a partir de nuestras diversas particularidades. Con ello, se pasará al encuentro con relatos históricos que describan a los ciudadanos de antaño, las estructuras arquitectónicas del pasado y los sentidos y principios que delimitaban las acciones sociales anteriores –a su vez, consolidaban el paralelo pertinente de los relatos: bueno-malo, protagonista-antagonista, héroe-villano-. Así, una comparación de relatos dará a conocer una Bogotá difícil de conocer a simple vista, pues la historia que va más allá del recuerdo se consigna en distintos documentos o rastros en clave de reconstrucción del ‘ayer’.

El reconocimiento de Bogotá en su amplitud histórica puede crear mayor arraigo sobre el territorio que a diario se transita. Pensar en el centro histórico de Bogotá como algo más que arquitectura colonial superviviente causará mayor vinculación con los espacios en tanto aquellos aparecen como escenarios de acontecimientos, de relatos y narraciones desde mucho antes de la época en la que vivimos.

Pensar en la ciudad como un cúmulo de acontecimientos temporales es pensar a los ciudadanos como sujetos que viven de la historia en cuanto recorren a diario los lugares narrados. Son ‘testigos’ de los vestigios de las acciones de otros tiempos. Son protagonistas

de las nuevas acciones que, de algún modo, serán registradas y compiladas para la historia, para que el rejuvenecimiento de recuerdos, que parecen a blanco y negro, parta de la fascinación por el aprendizaje, por el reconocimiento de nuestro papel como habitantes y transeúntes no solo de la ciudad sino de todo lo que en ella ha acaecido y que ha formado, finalmente, la consolidación idiosincrática que se trasluce en la actualidad.

La historia seguirá siendo narrada, compilada y consignada. Esta investigación centró su mirada en la prensa escrita en el siglo XX dado que, al ser masiva, se convirtió en una fuente importante de encuentro con lo que sucedía en el territorio, en Bogotá, en la ciudad, en la capital.

BIBLIOGRAFÍA:

- Arciniegas, Germán. *Los Comuneros*. 1973. Bogotá. Editorial Bedout S.A.
- Baudelaire, Charles. *El Spleen de París*. Sin fecha. Sin editorial.
- Bedoya, Gustavo Adolfo. *La prensa como objeto de investigación para un estudio histórico de la literatura colombiana. Balance historiográfico y establecimiento de corpus*. 2011. Antioquia. Publicado en la revista Estudios de literatura colombiana No 28 de la Universidad de Antioquia.
- Benito, Luis Guillermo. *La guerra en el campo colombiano a través del relato de no ficción: una comparación entre Alfredo Molano y Salud Hernández*. 2018. Bogotá. Tesis de la Pontificia Universidad Javeriana.
- Benjamin, Walter. *Iluminaciones II: BAUDELAIRE un poeta en el esplendor del capitalismo*. 1972. Frankfurt, Alemania. Taurus.
- Cuervo Prados, Mónica. *Del espacio público en Bogotá en el siglo xx: una mirada histórica desde las prácticas sociales*. Medellín. 2008. Revista Folios No 13.
- García, Horta, Salive y Lozano, y otros. *Iniciales poéticas de la ciudad*. 2015. Bogotá. Editorial Universidad Nacional de Colombia.
- Jaramillo, Juan Carlos. *La ciudad y la domesticación de sus espacios*. 2003. Bogotá. Revista Universitas Humanística No 56 páginas 81-101.
- Jiménez, José Joaquín. *Las famosas crónicas de Ximénez*. 1996. Bogotá. Editorial Planeta.
- Martinengo, Alessandro. *La cultura literaria de Juan Rodríguez Freyle*. Sin ciudad. 1964. Revista Thesaurus No 2.
- Martínez Osorio, Gilberto. *Bogotá a comienzos del siglo XX: el final de una ciudad bucólica, la imagen de la ciudad desde la revista Cromos (1916-1920)*. Bogotá. 2013. Revista Nodo No 14.

- Morales Riveira, Antonio. *Elogio de las alturas*. 2017. Bogotá. Editorial Uniediciones.
- Ocampo Madrid, Sergio. *Limpieza de oficio: El retrato del cronista del siglo XX*. Bogotá. 2018. Biblioteca Nacional. Conversatorio.
- Ortega, Chaparro, Escobar y otros. *Disfraz y pluma de todos: Opinión pública y cultura política, siglos XVIII y XIX*. Bogotá. 2012. Publicado por la Universidad Nacional de Colombia.
- Osorio, Raúl Hernando. *Comprensión de la teoría del periodismo (contribuciones colombianas)*. Brasil. 2013. Revista Brazilian Journalism Research No 1.
- Puerta, Andrés. *El periodismo narrativo o una manera de dejar huella en una sociedad de época*. Medellín. 2011. Revista Anagramas No 9.
- Restrepo Valentina y Otero Lorena. *Antecedentes de la crónica urbana en Bogotá: los semanarios Clarín y Sucesos*. Bogotá. 2008. Trabajo de grado de la Facultad de Comunicación Social de la Pontificia Universidad Javeriana.
- Samper Pizano, Daniel. *Antología de grandes crónicas colombianas*. Bogotá. 2003. Editorial Aguilar.
- Serrano, Martín. *La gesta y la parábola en la comunicación pública*. Sin fecha. Zacatecas, México. Ponencia para el Congreso de Zacatecas- sesiones plenarias.
- Silva, Armando. *Bogotá imaginada*. 2003. Bogotá. Convenio Andrés Bello- Taurus-Alfaguara S.A.
- Szurmuk, Valdata y otros. *Diccionario de Estudios Culturales latinoamericanos*. 2009. México. Siglo XXI Editores.
- Vanderhuck, Felipe. *Historia del arrabal. Los bajos fondos bogotanos en los cronistas Ximénez y Osorio Lizarazo, 1924-1946*. Reseña. Sin ciudad. 2017. Revista Trashumante No 10.

- Vergara Aguirre, Andrés. *Crónicas bogotanas inspiradas en la literatura extranjera, 1925-1945: Los casos de dos neofolletinistas Osorio Lizarazo y Ximénez*. Bogotá. 2011. Revista Lingüística y Literatura No 60.
- Vergara Aguirre, Andrés. *Ximénez, un prodigio en la prensa colombiana*. Medellín. 2007. Revista Agenda Cultural de la Universidad de Antioquia No 129.

CIBERGRAFÍA:

- Berman, Marshall. *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. 1988. Madrid, España. Siglo XXI Editores. Recuperado el 30 de mayo de 2018 de: <https://antroporecursos.files.wordpress.com/2009/03/berman-m-1982-todo-lo-solido-se-desvanece-en-el-aire-la-experiencia-de-la-modernidad.pdf>
- Escobar Angie y Ortega Nataly. *La crónica urbana, un medio para construir memoria a través de una mirada semiótica en la ciudad de Pasto*. 2015. Nariño, Pasto. Universidad de Nariño. Recuperado el 30 de mayo de 2018 de: <http://biblioteca.udenar.edu.co:8085/atenea/biblioteca/90844.pdf>
- Hoyos, Héctor. *Observaciones para una poética de la literatura urbana bogotana*. Sin fecha. Bogotá Revista Otras Voces No 11. Recuperado el 30 de mayo de 2018 de: https://res.uniandes.edu.co/pdf/data/Revista_No_11/10_Otras_Voces2.pdf
- Johnson, Ben. *Bogotá desde los márgenes: Ximénez y Osorio Lizarazo*. 2013. Colombia. Razón Pública. Recuperado el 30 de mayo de 2018 de: <https://razonpublica.com/index.php/cultura/7030-bogota-desde-los-margenes-ximenez-y-osorio-lizarazo>

- Malaver, Nancy. *Literatura, historia y memoria*. 2013. Bogotá. Revista Hallazgos No 20. Recuperado el 30 de mayo de 2018 de:
<http://www.scielo.org.co/pdf/hall/v10n20/v10n20a03.pdf>
- Monje, Camilo. *Los cafés en Bogotá (1948-1968) Historia de una sociabilidad*. 2011. Bogotá. Editorial Universidad Del Rosario. Recuperado el 30 de mayo de 2018 de:
<http://repository.urosario.edu.co/bitstream/handle/10336/11059/Los%20cafes%20de%20Bogota.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Salazar Escalante, Gilberto. *La ciudad como texto: La crónica urbana de Carlos Monsiváis*. 2003. México D, F. Tesis de la Universidad Nacional Autónoma de México. Recuperado el 30 de mayo de 2018 de:
http://www.academia.edu/1841513/La_ciudad_como_texto._La_cr%C3%B3nica_u rbana_de_Carlos_Monsiv%C3%A1is_Tesis